



JANA  
WESTWOOD

*Los pecados  
heredados*



# **Los pecados heredados**

Jana Westwood

Estamos en la segunda mitad del siglo XIX. Caroline Wilkie, dueña de un singular temperamento desde niña, posee una destacable inteligencia y un enorme afán por aprender. Hija ilegítima, su misterioso origen es un secreto muy bien guardado por su madre.

Amelia Wilkie, la vieja criada Annie y el huraño y malcarado Braden componen todo su universo. Caroline es feliz viviendo en el pequeño pueblo de Winpenham, en el norte de Inglaterra. Pero un terrible suceso pondrá su mundo patas arriba y la llevará hasta Landrock Hoo, la mansión de los condes de Southbourg.

En su nueva vida, Caroline conocerá la amistad y el amor fraternal, pero también sufrirá experiencias terribles y estremecedoras que la ayudarán a descubrir lo auténticamente valioso.

# Contenido

Contenido

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Querid@ lector@,

Worthington Hall I. Enséñame a amarte

Capítulo 1

© Jana Westwood  
Portada: Jana Westwood  
1ªEdición: julio de 2017

Todos los derechos reservados. Queda prohibida, bajo la sanción establecida por las leyes, la reproducción total o parcial de la obra sin la autorización escrita de los titulares del copyright

# Capítulo 1

Tumbada en el brezal miraba el cielo y dibujaba con el dedo graciosas formas que él debía adivinar.

—La señora Hershaw —dijo el muchacho riendo.

—¡Es una vaca, tonto! —exclamó Caroline riendo también.

—Pues eso —dijo él apartándose para esquivar un manotazo—. Ven, vamos hasta la colina.

Echaron a correr retándose mutuamente como solían hacer siempre en todo aquello que acometían, ya fueran las matemáticas que les enseñaba la madre de Caroline o una carrera indómita a través de los prados.

—¿Tú crees en Dios, Braden? —Caroline miró a su amigo a los ojos con aquella mirada que tenía el poder de desarmar a quien fuese objeto de su atención—. No me refiero a creer lo que dice el reverendo Storey, me refiero a creer de verdad. A sentir en tus huesos que hay alguien que nos observa mientras estamos aquí sentados los dos solos.

El muchacho pensó durante un buen rato antes de responder.

—No, Caroline, no creo que haya nadie observándonos —dijo convencido—. Pero esto no se lo diría a nadie que no fueses tú. Mi madre me correría a zapatillazos si me oyerá y mi padre me estamparía la botella de vino en la cabeza.

Caroline pasó un brazo por los hombros del chico y apoyó la cabeza en la suya.

—No te preocupes, Braden, no dejaré nunca que Dios se enfade contigo —dijo con seguridad—. Tu corazón es puro y Él lo sabe, no creo que le importe que tengas la cabeza tan dura. Además, yo estoy decidida a ablandártela.

—Será mejor que regresemos ya —dijo Braden poniéndose de pie—. Tu madre me castigará sin merienda si llegamos tarde.

Caroline sonrió al tiempo que se levantaba.

—Mi padre dice que dentro de unos años seré más alto que tú —dijo el niño que, teniendo un año más que Caroline, era mucho más bajo que ella, algo que le molestaba enormemente.

—Pero nunca serás más listo que yo —dijo Caroline echando a correr.

—«Buena gente cristiana, he venido aquí para morir, de acuerdo a la ley, y según la ley se juzga que yo muera, y por lo tanto no diré nada contra ello. He venido aquí no para acusar a ningún hombre, ni a decir nada de eso, de que yo soy acusada y condenada a morir, sino que rezo a Dios para que salve al rey y le dé mucho tiempo para reinar sobre ustedes, para el más generoso príncipe misericordioso que no hubo nunca: y para mí él fue siempre bueno, un señor gentil y soberano. Y si alguna persona se entremete en mi causa, requiero que ellos juzguen lo mejor. Y así tomo mi partida

del mundo y de todos ustedes, y cordialmente les pido que recen por mí. Oh, Señor, ten misericordia de mí, a Dios encomiendo mi alma».

Amelia Wilkie había recitado de memoria el discurso que hizo Ana Bolena antes de ser decapitada, y los dos adolescentes la miraban extasiados mientras dejaban que su imaginación volase libre por aquellos lejanos días de la corte del rey Enrique VIII.

—Si la espada estaba bien afilada la reina no debió sentir gran cosa —dijo Braden.

—El rey hizo venir a un verdugo de Calais que tenía fama por su buen hacer en esos lances —explicó Amelia—. Normalmente los ejecutores utilizaban un hacha, pero este esgrimidor de Calais prefería la espada de doble filo. Además, se dice que urdió un ardid para distraer a la dama, pidiendo en voz alta a un criado que le trajese la espada cuando esta ya viajaba en dirección al suave y delicado cuello de la reina.

Caroline se llevó las manos al cuello, estaba pálida y sus ojos brillaban.

—¡Qué terrible desconsuelo morir a manos del hombre al que amas! —exclamó al tiempo que las lágrimas caían de sus ojos—. Abandonada por él y sin poder ver su rostro por última vez sabiendo que te odia tanto como para desear tu muerte.

Braden la miró y movió la cabeza, estaba acostumbrado a su talento para el drama, debería haberlo previsto dado el tema de la clase de hoy.

Caroline se puso de pie y caminó hasta la ventana.

—¿Cuál sería su último pensamiento? Seguro que recordó algún momento feliz en el que se sintió amada —dijo y suspiró con honda pena—. O quizá la última imagen que se recreó en su mente fue un desplante o desprecio, aquel que dio inicio al fin del amor que rey y reina se profesaban.

—Caroline, vuelve a tu sitio —dijo su madre con voz cansada, y se dejó caer en la silla al sentir que perdía las fuerzas.

Braden se puso de pie rápidamente y fue a sostenerla al ver que se desmayaba.

En los años siguientes la salud de Amelia se fue deteriorando hasta acabar postrándola en una cama. Al principio siguió dando clases a los dos niños, aunque la asiduidad fue mermando con el paso del tiempo. Braden tenía que ayudar a su padre en la granja y cada vez tenía menos libertad para hacer lo que quería y Caroline debía ayudar a su madre que empeoraba a ojos vista. Aun así, los dos jóvenes seguían encontrado algún rato en el día para pasarlo juntos. Eran almas gemelas y se comprendían casi sin necesidad de emitir el más mínimo sonido.

El padre de Braden se equivocó por poco y cuando el muchacho cumplió los quince años ya era mucho más alto que Caroline.

—¿Hoy tampoco se ha levantado? —preguntó él.

Tumbados en el brezal miraban al cielo, como cuando eran niños, aunque ya no dibujaban vacas que confundían con orondas vecinas.

—Está muy débil —dijo Caroline sin apartar la vista de las nubes—. Quisiera poder subir por encima de ellas y alejarme tanto del suelo que todo el dolor que siento desapareciese.

Braden sabía lo que quería decir. Podía sentir la tristeza que emanaba de su cuerpo, la angustia por no poder hacer nada para impedir lo inevitable. Deslizó uno de sus brazos bajo su cuello para abrazarla.

—¿Cómo voy a vivir sin ella? —sollozó la joven apoyando la cabeza en su pecho.

Lord Cornforth bajó del carruaje con rapidez y atravesó los metros hasta la puerta que la señora Mathews mantenía abierta. La anciana mujer lo había visto llegar desde la ventana y había corrido con sus pasos cansados hasta la entrada.

—Dese prisa, lord Cornforth, la señorita no podrá resistir mucho más —dijo con tristeza.

Andrew Cornforth corrió a las escaleras y las subió de dos en dos. Hacía ya tiempo que había entrado en la madurez, pero seguía estando en plena forma. Cuando entró en la habitación en penumbra sintió un estremecimiento en su espíritu. Amelia yacía en el lecho con los brazos encima de la colcha. Su cuerpo se veía tan pequeño y delgado que le recordó la primera vez que la vio, cuando se la presentó Darrel Symmons.

—¿Quién es esa joven? —le preguntó Andrew Cornforth a su amigo Darrel Symmons.

—Amelia Wilkie. Es hija de un reverendo de Winpenham. Mi hermana la conoció hace unos meses cuando visitó a su amiga Lorelle Pushman y desde entonces no ha parado de decir que quería traerla a Southbourg. Es su buena obra para estas vacaciones.

Andrew se sintió atraído de inmediato hacia aquella joven que se movía etérea por el salón, paseando del brazo de la hermana de su amigo.

El heredero de los Cornforth no era un mujeriego, pero la atracción que sintió por Amelia Wilkie fue el sentimiento más auténtico que jamás tuvo por una mujer. A pesar de ser un hombre casado.

Su alma se estremeció al verla ahora tan desvalida y el peso de la culpa creció en su corazón. Se acercó despacio para no molestarla y ocupó la silla que había colocada junto a la cama. Con delicadeza cogió una de sus manos como si levantara una pluma, de tan poco que pesaba. Amelia abrió los ojos con lentitud, los párpados le pesaban y su respiración era lenta y difícil.

—Andrew... —susurró.

Lord Cornforth se llevó aquella escuálida mano a la boca y la besó con intensidad.

—Has venido —dijo Amelia, sin fuerzas.

—¿Cómo no me avisaste antes? —dijo él, visiblemente emocionado—. Habría enviado a mi médico...

Amelia negó lentamente al tiempo que sonreía.

—No hay tiempo para eso ahora —dijo utilizando las fuerzas que le quedaban—. No me queda mucho y tengo algo que pedirte.

—¿Para que ha venido ese hombre, Annie?

—Anda, acaba con esas galletas, que voy a meterlas al horno —dijo la vieja señora Mathews tratando de dar esquinazo a las preguntas de la joven.

—¿Va a estar mucho rato? —siguió interrogando Caroline—. No me gusta separarme de mi madre.

Annie miró a la joven con ternura, era una muchachita dulce y adorable que quería a su madre con devoción. Ninguna de las dos había tenido una vida fácil, ser madre soltera no te abría muchas puertas en la sociedad a la que pertenecían y menos siendo la hija de un reverendo. No importaba que todo el mundo en Winpenham sospechase quién era el padre, Amelia Wilkie jamás había dicho su nombre en voz alta a nadie.

Mientras vivió el reverendo las cosas fueron más llevaderas, pero al morir él la vida se volvió muy complicada para Amelia y los pocos que aún la trataban le dieron también la espalda. Si no hubiese tenido el poco dinero que le dejó su madre y no hubiese sido tan buena administrándolo, probablemente madre e hija se habrían muerto de hambre.

Annie movió la cabeza, disgustada, y aquel gesto no le pasó desapercibido a Caroline, que frunció el ceño y se acercó a la anciana con preocupación.

—¿Es él? —preguntó buscando insistente los ojos de la criada—. Annie, ¿es él?

La anciana se mordió el labio, culpable.

—¿Por qué lo has llamado? —preguntó Caroline furiosa—. ¡Debiste preguntarme!

—Fueron órdenes de tu madre —dijo la criada.

Caroline la miró sin dar crédito a lo que oía.

—No es cierto —dijo.

—Sí lo es, mi niña. Tu madre me pidió que lo hiciese venir. —Annie cogió la bandeja con la masa de las galletas para meterlas al horno.

Caroline negaba con una aterrada expresión en su rostro.

—Tu madre pregunta por ti.

La voz del hombre sonó en aquella cocina como un trueno y a punto estuvo de provocar una catástrofe con las galletas.

—Deberías subir —insistió.

Caroline lo miró con profundo desagrado pero, sin poder controlar su curiosidad, analizó cada uno de sus rasgos. Era muy guapo y de él había heredado la mitad inferior del rostro. Se propuso pasar junto a él ignorándolo por completo, pero su madre había sido muy cuidadosa con su educación y le fue imposible hacerlo. Se detuvo un instante para hacer una ligera reverencia antes de correr a las escaleras para subir a la habitación.

—Ven aquí, cariño. —Amelia trató de levantar el brazo pero las fuerzas no la ayudaron.

Caroline corrió a sentarse en la cama y cogió su mano, llevándosela a la cara en un gesto cariñoso.

—Tengo muchas cosas que contarte, pero no me queda tiempo —dijo la enferma—. He aguantado todo lo que he podido, hija, pero ya no me quedan fuerzas y debes dejarme ir.

Caroline sintió que las lágrimas anegaban sus ojos y por más que trató de retenerlas cayeron en una cascada imparable.

—¿Por qué le has hecho venir? —le reprochó—. Él no nos quiere, no deberías haberle llamado.

—Mi pequeña —dijo Amelia con tristeza—, no sabes nada de la vida. ¿Cómo voy a dejarte sola en este mundo tan cruel? ¡Solo tienes quince años!

Caroline negaba sin apartar la mano de su madre de su rostro.

—Escúchame, hija, él cuidará de ti. Se lo he pedido y ha aceptado...

—¡No! —exclamó la joven, aterrada—. ¡No quiero!

—¿Ya no me respetas? —dijo Amelia con severidad—. ¿Es eso? ¿Le has perdido el respeto a tu madre?

Caroline sollozó y negó con la cabeza.

—Entonces no vuelvas a contradecirme —dijo la moribunda—. Él es tu padre, el único pariente vivo que te queda. Cuidará de ti y deberás respetarlo y obedecerlo cuando yo ya no esté.

Los sollozos de Caroline arreciaban con cada palabra que escuchaba.

—Mi pequeña —repitió su madre recuperando la ternura con la que siempre le hablaba—, no puedo dejarte sola. Ahora no lo entiendes, pero cuando tengas hijos lo entenderás.

Amelia dejó de hablar, se sentía agotada y cerró los ojos un momento. Caroline notó que temblaba y se secó las lágrimas enfadándose consigo misma por ser tan egoísta.

—¿Tienes frío, mamá? —preguntó al tiempo que le metía los brazos bajo la colcha.

Amelia asintió con la cabeza y Caroline buscó más ropa con la que tajarla, pero al ver que no conseguía entrar en calor, se tumbó junto a ella y la abrazó. Amelia sonrió con dulzura, pero no volvió a abrir los ojos.

Solo estuvieron cinco personas en el funeral y una de ellas era el pastor que ofició la ceremonia. La gente que es cruel con los vivos también lo es con los muertos. Amelia se fue tal y como había vivido, silenciosa y sin reproches. Para Caroline la presencia de su padre en el entierro fue como un puñal que se hundía profundo en su corazón. Aun así lo atendió con educación y respeto, como habría deseado su madre. Regresaron juntos a la casa y le pidió a Annie que preparase el té, dispuesta a escuchar lo que tenía que decirle. Había meditado mucho y como buena hija de su madre

aceptaría sus designios sin protestar y sin mostrar orgullo alguno. Si su madre había decidido que Lord Cornforth se asegurase de que no le faltase lo necesario, así sería.

—¿Quién era ese joven? —preguntó.

—Braden Locksley —dijo Caroline—, mi madre nos daba clase desde niños. Su padre y sus hermanos trabajan en las minas de los Forrester.

—¿Sois amigos? —preguntó.

Caroline asintió y Andrew frunció el ceño.

—Creo que lo mejor será vender esta casa. —Su padre se llevó la taza a los labios mirando a su alrededor como si estuviese evaluando los beneficios de aquel acto.

Caroline lo miró, desconcertada.

—¿Vender la casa? —preguntó sin comprender—. Aquí es donde vivo.

Andrew Cornforth la miró con aquellos ojos claros y sonrió.

—No puedes quedarte aquí sola —dijo—. Vendrás a Landrock Hoo conmigo.

Caroline abrió mucho los ojos y dejó su taza en la mesa por temor a que se le cayese de las manos.

—Eso no es posible —dijo ella rápidamente—, yo no quiero ir a Southbourg con usted.

El rostro de su padre mostró claramente su sorpresa. Miró a su alrededor, a la humilde casa en la que aquella jovencita había crecido. Ahora se le ofrecía la posibilidad de vivir en una gran mansión, una de las mayores propiedades del condado de Downham, y podía identificar la repulsión que le provocaba esa posibilidad con solo mirarla.

Andrew dejó su taza sobre la mesilla y utilizó la servilleta para limpiarse los labios. Después la miró muy serio y decidido.

—Le prometí a tu madre que cuidaría de ti —dijo—, y yo siempre cumplo mis promesas.

—¿Ah, sí? —Caroline lo miró con desprecio.

Aquella mirada y el tono de su reproche hicieron empalidecer al hombre.

—Estoy seguro de que Amelia te dio una exquisita educación —dijo, severo.

Caroline levantó la barbilla en un acto reflejo de rebeldía y lo miró molesta porque la hubiese llamado por su nombre.

—Mi madre era una mujer culta y educada y pudo encargarse de trasmitirme todo lo que ella sabía. También me enseñó a conocer mi sitio en el mundo, y resulta evidente que alguien como yo no encajaría en un lugar como Landrock Hoo.

—Pues haremos que encajes —dijo él muy serio.

Caroline apretó los labios y tensó la espalda.

—No deseo su ayuda, milord —dijo.

—No es tu potestad decidir eso —insistió su padre—. Como te he dicho, hice una promesa y jamás he faltado a una en toda mi vida.

Caroline le sostuvo la mirada, pero esta vez se mantuvo callada.

## Capítulo 2

—¿Te vas a marchar con él? —Braden la miraba muy serio.  
Caroline se encogió de hombros.  
—¿Qué puedo hacer? Soy mujer, no tengo derechos —dijo.  
Braden cogió una piedra y la lanzó al río Cotchen con fiereza.  
—Prométeme que seguirás estudiando —dijo Caroline, y al ver que no respondía se levantó y lo cogió del brazo.  
—¡Déjame! —exclamó él apartándose con brusquedad.  
Caroline se acercó y antes de que se apartase de nuevo pudo ver que tenía los ojos llenos de lágrimas.  
—Braden —susurró conmovida.  
Él la miró con fiereza.  
—Te quiero, Caroline, te quiero con toda mi alma —dijo y en un impulso la abrazó y trató de besarla.  
—¡No, Braden! —La joven lo apartó decepcionada—. ¿Por quién me has tomado?  
—¡Dios! Perdóname, Caroline —dijo cerrando los ojos, avergonzado.  
Ella lo miraba dolida.  
—¿Tú también piensas como ellos? —dijo señalando hacia las casas—. ¿Ya piensas como ellos?  
—No, Caroline, por favor, no digas eso. Soy un bruto, perdóname.  
Ella movió la cabeza, se sentía tan decepcionada con él que no sabía cómo reaccionar.  
—Te respeto más que a nadie en el mundo —dijo él con la mirada más triste que ella hubiese visto.  
Se puso de rodillas frente a ella.  
—Di que me perdonas —dijo Braden suplicante—, dilo o no me moveré de aquí jamás.  
Caroline se dio la vuelta y se alejó de él, pero cuando había recorrido un buen trecho se volvió y, al ver que seguía en la misma posición, se detuvo. La imagen de su amigo arrodillado la conmovió. Regresó despacio, tomándose su tiempo.  
—Levántate, bobo —dijo.  
Braden negó con la cabeza.  
—Te perdono —dijo Caroline, y su amigo se puso de pie.

Landrock Hoo era una mansión neoclásica con varios jardines y un parque de cuatro kilómetros cuadrados que contenía dos grandes lagos. La casa principal había sido reconstruida después de que un voraz incendio la destruyese casi por

completo. Lord Cornforth la compró antes de su boda con la condesa Meredith Coppenhall.

Caroline miraba a través de la ventanilla de su carruaje y su expresión anonadada daba muestra de la admiración que le provocaba tanta belleza. A pesar de su decaído estado de ánimo por tener que aceptar una situación que no la satisfacía en absoluto, era capaz de reconocer que aquel era el lugar más hermoso en el que había estado jamás.

—Tienes dos hermanos, Jonathan y Meredith —dijo lord Cornforth—. Están deseando conocerte.

Caroline no le miró, pero en su corazón sintió cierto regocijo. De niña soñaba con tener una hermana con la que jugar. Quizá se había equivocado, y que su padre entrase en su vida no sería tan malo después de todo.

Cuando la joven bajó del carruaje sostenida por la mano de su padre se encontró con la enhiesta figura de la condesa, flanqueada por sus dos hijos, uno a cada lado. La esposa de lord Cornforth tenía una serena expresión cuando la muchacha se acercó a ella.

—Bienvenida a Landrock Hoo, Caroline —dijo con voz suave.

Caroline hizo una reverencia y le dio las gracias. Después le ofreció una caja con las mejores galletas que preparaba Annie.

—Lillian —llamó la condesa a una de las criadas que esperaban apostadas en sendas filas tras ellos—. Coge lo que trae la señorita y llévalo a la cocina. Estoy segura de que la señora MacInnes sabrá darles alguna utilidad. Ven, Caroline, vamos dentro, tenemos mucho de lo que hablar.

La condesa la cogió del brazo y entraron en la casa seguidas por el resto de la familia.

—Perkins, encárguese del equipaje de la señorita Caroline, por favor —le dijo lord Cornforth a su mayordomo señalando al carruaje.

—Estos son tus hermanos Jonathan y Meredith —le dijo lord Cornforth cuando estuvieron en el salón—. Esta es Caroline, y va a quedarse a vivir con nosotros.

—Hola Caroline —dijo Jonathan sonriendo.

—Hola Caroline —dijo Meredith con mirada curiosa.

—Encantada —respondió Caroline haciendo una ligera reverencia.

Nadie le había dicho que eran mellizos y le resultó muy curioso comprobar el enorme parecido que tenían. También se reconoció en alguna de sus facciones y eso la hizo sentirse partícipe de algo que escapaba a su control. La condesa la miraba con una expresión extraña, como si estuviese evaluándola.

—Ya tendréis tiempo de conoceros mejor —dijo mirando a sus dos hijos—, pero ahora debéis dejarnos solos a vuestro padre y a mí con Caroline.

Los mellizos asintieron y salieron del salón sin protestar.

—Siéntate, pequeña —dijo la condesa señalándole el sofá mientras ella tomaba asiento en una de las dos butacas—. Mi marido me ha puesto al tanto de la situación, y debes saber que en un primer momento no estuve de acuerdo en que vinieses a vivir con nosotros. Eres muy joven, casi una niña, pero estoy segura de que comprendes que no fue agradable para mí descubrir el vínculo que te une a mi esposo.

Caroline enrojeció.

—Meredith... —la conminó Andrew.

—No te apenes, Caroline, no soy de las que piensan que los hijos son culpables de los pecados de sus padres —dijo la condesa ignorando a su esposo—. Y por eso estás aquí.

Caroline apretó las manos sintiendo que la congoja le subía por la garganta hasta los ojos.

—Después de esta conversación no volveremos a hablar de esto jamás —dijo la condesa—, pero es un trámite que debemos pasar para que nuestras vidas se desarrollen de acuerdo a lo que debe ser. ¿Me estás escuchando, niña?

Caroline asintió al tiempo que tragaba.

—Bien. Eres una hija ilegítima, por lo tanto no tendrás los mismos derechos que mis hijos —dijo—, pero eso no es óbice para que no tengas una vida cómoda y un futuro estable. A ojos de todo el mundo serás nuestra ahijada. Te mantendremos, te daremos una educación esmerada y te proporcionaremos un matrimonio conveniente. A cambio tú no nos avergonzarás, te comportarás como una señorita y honrarás nuestros nombres.

Caroline miró a su padre, le ardían los ojos y apretaba los labios para no decir nada inconveniente. Andrew bajó la cabeza apartando la mirada.

—¿No podría regresar a mi casa? —preguntó al fin—. No es necesario que hagan nada por mí...

—De ningún modo —dijo la condesa—, ahora que sé que eres hija de mi esposo, aunque seas fruto de una relación pecaminosa, no permitiré que malvivas como lo hacías con tu madre. Si no aceptas mis condiciones te enviaremos a un internado, pero no volverás a esa casa de ninguna manera.

Caroline sintió que las lágrimas resbalaban por sus mejillas sin que pudiera detenerlas.

—No llores —dijo la condesa visiblemente molesta por aquella manifestación emocional—, acabarás acostumbrándote, ya lo verás. Aquí vivirás muy bien. A pesar de todo.

Caroline siguió las indicaciones de su padre y llegó hasta el cuarto que había sido de juegos cuando sus hermanos eran niños. Dentro se escuchaba la voz de Meredith, que cantaba una canción sobre una señora que tenía un percance con su sombrilla. Abrió la puerta despacio y se encontró una escena memorable. John aporreaba un piano y su hermana cantaba y bailaba como si no hubiese un mañana. Los dos se detuvieron al verla entrar por la puerta semiabierta.

—Pasa, pasa, no te quedes ahí. —Meredith se acercó a ella y la cogió del brazo cerrando la puerta con el pie.

—¿La condesa ya te ha leído la cartilla? —preguntó John guiñándole un ojo.

—Cuando estamos aquí arriba —explicó Meredith—, ella es la condesa y él es el lord.

Caroline asentía aunque su rostro era la imagen del desconcierto.

—¿Sabes bailar o cantar? —preguntó Meredith—. A mí me gusta escribir, y John pone música a mis historias.

Caroline abrió la boca un poco más.

—Ahora mismo estábamos con mi último cuento. Trata de una señora a la que su criada le esconde las cosas y empieza a preguntarse si se está volviendo loca —explicó la joven con entusiasmo—. ¿Te gusta leer?

—Es lo que más me gusta del mundo —dijo Caroline.

—Entonces nos llevaremos muy bien —dijo Meredith con una enorme y franca sonrisa—. ¿Verdad, John, que te lo dije? Se lo dije en cuanto salimos del saloncito, que nos íbamos a llevar bien.

—Sí que lo dije —corroboró John poniéndose de pie y acercándose a ellas—. Pero primero, lo importante. Debes saber que para estar en este cuarto hay que cumplir unas normas a rajatabla.

—Son unas normas un poco infantiles —dijo Meredith, divertida—, las escribimos con diez años, sé comprensiva.

Caroline miró a los dos jóvenes preocupada. No se le daba bien cumplir normas.

—¿Preparada, Meredith? —preguntó Jonathan mirando a su hermana, y cuando ésta asintió los dos mellizos enumeraron dichas normas a coro—: Lo que pasa en el cuarto, se queda en el cuarto. Si entran los mayores se apagan las luces. Si tienes problemas se convoca el cónclave. Estas normas cumplirás o en el infierno arderás.

Los dos hermanos se estrecharon las manos en señal de aceptación y se volvieron a Caroline con la mano extendida para que ella lo hiciese también.

—¿Qué quiere decir que se apagan las luces? —preguntó Caroline frunciendo el ceño.

—Pues que los mayores no pueden saber nada de lo que hablamos aquí —explicó Jonathan—. Para ellos estamos jugando o leyendo o haciendo cualquier otra cosa normal que se te ocurra, pero nunca debes decirles nada de lo que pasa aquí dentro.

Caroline asintió comprensiva.

—¿Qué es el cónclave? —preguntó antes de comprometerse.

—Es una reunión de urgencia —dijo Meredith—. Si te ocurre algo y convocas cónclave dejaremos lo que estemos haciendo, sea lo que sea, y acudiremos aquí para ayudarte.

—¿De verdad haríais eso? —preguntó Caroline emocionada.

Los dos mellizos asintieron.

—Lo que pasa en el cuarto, se queda en el cuarto —dijo Caroline cogiéndolos de las manos—. Si entran los mayores se apagan las luces. Si tienes problemas se convoca el cónclave. Estas normas cumplirás o en el infierno arderás.

Caroline se convirtió en la ahijada perfecta. Aprendió a callar cuando estaba en presencia de la condesa, a la que no le gustaba demasiado la cháchara de su ahijada. Era correcta y educada con lord Cornforth y se acordaba siempre de preguntarle por su salud. Con sus hermanos era afable y se percibía en su relación con ellos que el cariño era mutuo.

Pero tan solo en el cuarto de juegos de la última planta de la mansión se atrevía a ser ella misma. Por eso únicamente Meredith y John la conocían de verdad. En ese cuarto grande escenificaban las obras que Meredith escribía, y Caroline resultó ser una espléndida actriz capaz de representar a cualquier personaje sin importar su edad, sexo o condición, haciendo las delicias de sus hermanos.

Después de la muerte de su madre imaginó que su vida iba a ser una triste senda lóbrega y solitaria. Por eso, algunas veces, cuando estaba con sus hermanos, tenía que pellizcarse para comprobar que no soñaba.

Y no importaba que la condesa no fuese su madre ni que estuviese allí como una asilada. Poco a poco fue haciéndose un sitio dentro de la familia, y de ser una muchacha silenciosa y tímida pasó a ser una más.

—La señorita Stancombe ha felicitado hoy a Caroline —explicó Meredith durante la cena, el día que se cumplían siete meses desde su llegada—. Dice que es una alumna aventajada y que si las demás hiciésemos como ella, obtendríamos mejores resultados.

—¡Caroline! —exclamó lord Cornforth con entusiasmo—. Me alegra mucho escuchar eso.

Jonathan le guiñó un ojo al ver que se sonrojaba.

—¿Y tú, hijo? —La condesa miró al muchacho con atención—. ¿Ya te has decidido? ¿Irás a la academia militar?

Jonathan asintió poniéndose serio.

—¿Lo has pensado bien como te dije? —Su padre lo miraba con fijeza.

—Sí, padre, lo he pensado y es lo que quiero —respondió el muchacho.

—Estarás guapísimo de uniforme —dijo Meredith sonriendo.

Caroline lo miraba con admiración y sin poder disimular cierto temor.

—Tranquila, hermanita —dijo Jonathan mirándola con cariño—. No me pasará nada.

—Entonces te marcharás en cuanto acabe este mes —dijo la condesa.

—Justo después de nuestro dieciséis cumpleaños —respondió mirando a su hermana.

—Pues la fiesta tendrá que ser la mejor que hayas visto jamás —dijo Meredith dando palmas—. Voy a hablar con la señorita Surman para que comprenda la importancia de esa celebración.

—La señorita Surman conoce muy bien su trabajo, Meredith —le dijo la condesa sonriendo al ver la emoción de su hija—. Caroline, vigila a esta locuela de cerca o nos montará la fiesta del siglo.

—Tranquila, condesa —dijo la joven sonriendo—, me encargaré de ello.

Caroline seguía recordando su vida en Winpenham, no olvidaba a Annie y tampoco a Braden. Siempre hablaba de ellos en el cuarto de juegos y sus hermanos la animaron a escribirles para mantener el contacto. Así lo hizo, pero, contrariamente a lo que cabría pensar, no recibió ninguna respuesta por parte de Braden. Ni una nota. Nada.

Sentada junto a la ventana, con los pies en el sillón y abrazada a sus rodillas, miraba el jardín con semblante triste.

—Pero ¿Braden sabe escribir? —preguntó Jonathan, que tumbado en el diván seguía intentado terminar aquel compás que lo tenía ocupado desde hacía más de media hora.

—Pues claro que sabe —dijo Caroline mirándolo como si fuese tonto—. ¿No te expliqué que mi madre nos enseñó a los dos?

—Perdona, chica, es que estaba concentrado en mi música y no prestaba atención a la conversación —dijo guiñándole un ojo.

Caroline apoyó la boca en sus rodillas y siguió mirando hacia el jardín. Su hermanastro dejó la partitura sobre el asiento y se sentó en el suelo frente a ella.

—Si Braden es como nos has dicho, no se olvidará de ti y cuando menos te lo esperes vendrá a buscarte en su caballo blanco —dijo Jonathan.

Caroline lo miró entrecerrando los ojos.

—Braden no tiene caballo —dijo.

—Dale tiempo —dijo su hermano sonriendo.

Caroline no pudo evitar contagiarse de aquella sonrisa.

—¿Por qué quieres ser soldado, Jonathan? —preguntó con curiosidad.

Su hermano se encogió de hombros.

—Soy un hombre de honor. En ningún otro lugar podré ser más útil.

## Capítulo 3

La noche de la fiesta del dieciséis cumpleaños de los mellizos fue la primera y única vez que Caroline tuvo que convocar un cónclave. Habían organizado una celebración que duraría todo el día y en la que habría juegos, abundante comida y bebida, y al llegar la noche podrían disfrutar de su primer baile.

—Caroline, cuando sea tu dieciocho cumpleaños tendrás una fiesta mucho mejor —le decía Dorinda Bosley agarrada a su brazo, mientras paseaban por la terraza norte observando cómo los muchachos tiraban con el arco—, y no tendrás que compartirla con un hermano.

La hija de lord Bosley era una de las jovencitas mejor consideradas de Southbourg y había congeniado con Caroline casi desde el primer día.

—La tuya será mucho más importante que esta —dijo sonriéndole—. Ese día todos los jóvenes casaderos querrán que bailes con ellos, ya verás. Mi hermano, entre ellos.

Caroline miró a Dorinda, agradecida.

—Eres muy buena conmigo, Dorinda, pero me temo que Carlton no piensa como tú —dijo sonriendo—. Pero no me importa, nunca imaginé que tendría un amiga como tú y eso es mucho más importante para mí.

—No digas eso —la joven Bosley se detuvo para ponerse frente a su amiga. Tenía los ojos húmedos—, me harás llorar.

—Es la verdad. Cuando llegué no sabía con lo que me iba a encontrar. Mi vida había sido tan simple... —dijo Caroline emocionándose también—. Vosotros me acogisteis y me hicisteis sentir una más. Nunca podré agradeceréoslo lo suficiente. Ni a mi familia ni a ti.

Dorinda la cogió por los brazos con cariño y sin apartar la mirada de sus ojos.

—Eres una persona maravillosa, Caroline, siempre te preocupas por los demás sin pensar en ti —dijo—. Seríamos unos mentecatos si no nos hubiésemos dado cuenta de lo mucho que vales. ¿Qué importancia tiene que no tengas dinero? ¿Crees que soy una persona tan superficial como para darle importancia a algo tan nimio?

Caroline negó con la cabeza.

—Ya he comprobado que no.

—Pues no vuelvas a hablar nunca de esto —dijo Dorinda cogiéndola de nuevo del brazo—. Eres mi mejor amiga, lo siento por Meredith, pero es la verdad. Nunca estaré tan unida a otra persona como a ti. Siempre estás dispuesta a escuchar y cuando estoy triste eres la única capaz de sacarme una sonrisa.

Caroline se sentía la persona más afortunada del mundo.

Las dos amigas observaban a Jonathan y Meredith en el primer baile de la noche, cuando Perkins le hizo un gesto a Caroline para que saliese del salón.

—Discúlpame un momento —le pidió a Dorinda, y caminó hasta donde la esperaba el mayordomo.

—Hay un joven en la puerta que dice conocerla —dijo Perkins—. Se llama Braden Locksley.

La joven lo miró con una mezcla de terror y alegría que confundió al criado.

—¿Aquí? —preguntó ansiosa.

—Justo en la puerta, señorita Caroline —respondió el criado.

La joven corrió hacia la puerta con el corazón latiéndole desbocado.

—¡Braden! —exclamó al verlo y sin pensar se lanzó a su cuello para abrazarlo.

Tan solo habían pasado unos meses de la última vez que se vieron, sin embargo el joven había cambiado mucho. Había crecido y su cuerpo ya no era el de un muchacho desgarbado, sino el de un joven fornido y atlético.

—Caroline. —Él parecía no saber qué hacer con las manos y las colocaba en su espalda y las dejaba caer alternativamente.

Caroline se apartó para mirarlo y su alegría era tan evidente que consiguió sacudir al muchacho, que no sabía lo que se iba encontrar.

—Pero pasa, estamos celebrando la fiesta de cumpleaños de mis hermanos —dijo entusiasmada.

Braden la miró de arriba abajo y luego se miró la ropa que llevaba.

—¿Te parece que voy vestido para una fiesta? —preguntó huraño.

Caroline frunció el ceño, desconcertada.

—¿Crees que a tus amigos les gustará que metas a un mendigo harapiento en su lujoso salón?

Caroline sintió el tono cínico de Braden como una bofetada.

—Me gustaría que hablásemos a solas —dijo el joven y señaló a Perkins, que estaba apostado en la puerta detrás de ella—. Será solo un momento.

Caroline se volvió al mayordomo y le sonrió.

—Gracias, Perkins. Yo me encargo.

—¿Está segura, señorita? No creo que a la condesa...

—Eso es todo, Perkins —insistió poniéndose seria.

El mayordomo entró en la casa y cerró la puerta con suavidad.

—¿Damos un paseo? —preguntó Caroline mirando hacia las ventanas de la casa con temor—. Ven, iremos a ver el lago, es un lugar precioso, ya verás.

Los dos jóvenes caminaron con paso decidido. Aquello, más que un paseo parecía una huida.

—¿Y qué has estado haciendo todos estos meses? —preguntó ella tratando de sonar alegre y despreocupada.

—¿Por qué no has respondido a mis cartas? —preguntó él visiblemente enfadado.

Caroline se detuvo en seco y lo miró desconcertada.

—¿Cartas? ¿Qué cartas? —preguntó—. ¡Tú eres el que no ha respondido a las mías!

Braden, que había seguido unos cuantos pasos por inercia, regresó para colocarse frente a ella.

—Te escribí cada semana durante meses sin recibir ni una sola respuesta —dijo con la mirada oscura.

Caroline había empalidecido por completo y negaba con la cabeza. En el rostro de Braden se dibujó una perversa sonrisa al tiempo que asentía.

—Ya veo. Parece que tu nueva familia no es tan buena como pensabas.

Caroline echó a andar hacia el lago y se detuvo en el borde.

—Debí imaginármelo —dijo Braden colocándose junto a ella—. Nunca fuiste una cobarde. Si no hubieses querido saber nada de mí me lo habrías dicho.

—Lo siento, Braden —dijo profundamente apenada al imaginar cómo se debió sentir al no recibir contestación alguna. Ella se había sentido igual—. Yo también te escribí y tampoco recibí respuesta.

Braden la miró con intensidad, como si las palabras que había estado vertiendo en aquellas hojas de papel le quemasen ahora en la garganta.

—No importa —dijo él—. Ahora sé que no te has olvidado de mí, y eso era lo que había venido a averiguar.

El joven se había vuelto hacia la mansión y trataba de abarcarla con sus brazos abiertos.

—Ellos no son como nosotros, Caroline —dijo—. Te dejan estar aquí y te hacen creer que te aceptan, pero no es cierto.

—Me tratan bien —susurró ella—, muy bien, Braden. Mis hermanos me quieren y tengo buenos amigos...

—Claro, así es como consiguen que te pliegues a sus deseos, que hagas lo que ellos quieren —siguió Braden—. Eres la hija ilegítima de Andrew Cornforth. ¿Crees que su mujer te ha aceptado como si nada? Lo que quiere es tenerte controlada para que no manches su buen nombre.

Caroline lo miró dolida por aquellas palabras.

—Has cambiado —dijo.

Braden encogió su mirada y el negro de su pupila captó toda la atención de su amiga.

—Sí, he cambiado —dijo—. Mi padre murió hace dos meses.

—¡Oh, Braden, cuánto lo siento! —dijo ella agarrándolo del brazo.

—Se clavó un pico en el cuello por una estúpida caída —explicó—. Traté de contener la sangre, pero en unos minutos estaba muerto.

Caroline sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas.

—¿Has bajado a la mina? —preguntó casi sin voz. Braden había jurado que no bajaría jamás.

Su amigo agachó la cabeza con pesar.

—Creía que no tenía nada por lo que mereciese la pena luchar —dijo.

Caroline puso una mano en su mejilla con ternura.

—No podía creer que tampoco me contestases entonces —dijo Braden sin apartar aquellas teas ardientes de sus ojos.

Su cuerpo se fue ablandando mientras la furia desaparecía de su rostro. Volvía a ser el mismo de siempre. Caroline lo miraba con ternura y Braden malinterpretó su gesto. La rodeó con sus brazos e intentó besarla, pero ella giró la cara y lo apartó con suavidad.

—No, Braden —dijo.

El joven cerró los ojos un instante y dejó caer los brazos.

—Lo han conseguido —dijo—. Te han apartado de mí.

—No digas eso —dijo Caroline.

—No puedo compararme con ellos —dijo desolado—, nunca podré darte nada de lo que tienes aquí. Ya no eres mi Caroline.

—Soy la misma de siempre —dijo ella molesta.

—No, no lo eres —dijo él mirándola de arriba abajo—. No hay más que verte, vas toda emperifollada y hueles como un montón de flores.

—Eso es solo mi apariencia, pero por dentro sigo siendo yo —insistió.

—¿Te crees que no me he dado cuenta de que me has alejado de la casa? ¿Te piensas que soy estúpido?

—¡Yo no te he alejado! ¡Te he dicho que entrases y no has querido!

—He visto cómo mirabas hacia las ventanas, temiendo que alguno de tus amigos te viese con un andrajoso como yo —dijo, con aquella furia de nuevo en la mirada.

—¿Qué tiene de malo tratar de ser feliz? —dijo enfadada—. ¿Hubieras preferido encontrarme abatida? ¿Llorando por los rincones? ¿Es eso? ¿Querías que fuese desgraciada? ¿Eso es la amistad para ti?

—Tan solo quería encontrar a la Caroline que conocía y no a esta burda imitación superficial y ambiciosa —dijo apretando los dientes—. ¿Ya le has echado el ojo a tu víctima? ¿Ya sabes cuál va a ser el hombre que se encargue de comprarte esos vestidos tan caros?

—Eres un gañán, Braden Locksley, y te detesto —dijo ella con fuego en los ojos.

—Ten cuidado, Caroline —dijo él inclinándose hasta que sus ojos estuvieron tan cerca que podía verse reflejada en ellos—. Estos señoritos cogen lo que quieren de una chica como tú y luego la dejan tirada en cualquier pueblo con una niña a la que mantener.

Caroline levantó la mano para golpearlo, pero él la agarró por la muñeca parando el golpe.

—Eres un bruto desalmado —dijo Caroline con los ojos anegados en lágrimas.

—El mismo bruto con el que creciste —dijo él aguantándose las lágrimas también y sin soltar la garra con la que sujetaba su muñeca—. Pero tú ya no eres la misma.

Muy despacio la atrajo hacia él y rodeó su cintura con el otro brazo.

—Después de besarte me marcharé y si no me detienes será para siempre, Caroline Wilkie.

Se sintió atrapada por aquellos ojos que lanzaban fuego y no se resistió cuando él posó los labios en los suyos. Braden movió su boca sobre la de ella y consiguió abrirse camino con su lengua provocando una escalada emocional en el cuerpo de la joven que no había sentido antes nada parecido. Él la apretó más de manera que sus cuerpos estaban completamente pegados el uno al otro, parecía que quisiera atravesarla. Braden se apartó de repente con un gemido y la soltó haciendo que ella perdiese el equilibrio. Sin decir nada el muchacho se dio la vuelta y comenzó a caminar muy despacio, como si estuviese dándole tiempo para detenerlo.

Caroline estaba confusa; no podía pensar a pesar de los esfuerzos que hacía su cerebro. Trataba de filtrar las emociones que sentía, con los ojos clavados en aquella espalda que se alejaba. Extendió los brazos como si quisiera cogerlo y trató de llamarlo, pero su garganta no emitió ningún sonido. Antes de desaparecer por el recodo del camino, Braden se detuvo un instante. Sin volverse, inmóvil y lejano. Después de unos segundos, siguió su camino y desapareció.

Cuando Braden cruzó por delante de la puerta de la mansión el mayordomo que esperaba en las escaleras lo increpó para que se detuviese.

—¿Dónde está la señorita Wilkie? —preguntó.

Braden miró hacia atrás, por donde había venido, miró al mayordomo levantando una ceja con desprecio y siguió caminando sin responder.

—¿No has escuchado la pregunta, gañán? —Thomas, uno de los criados, bajó las escaleras con rapidez y se interpuso en su camino—. Te han hecho una pregunta.

—Tú eres un criado —dijo mirándolo a los ojos—, si quieres saber donde está tu ama, búscala.

Braden siguió caminando después de golpear al sirviente con su hombro y Thomas lo agarró por la espalda y tiró de su ropa para impedirle seguir.

—Tú no te vas de aquí hasta que veamos que la señorita Wilkie está bien —dijo amenazador.

—Si vuelves a ponerme una mano encima te rompo la crisma —dijo Braden acercándose tanto al criado que este sintió su aliento en la mejilla.

Thomas lo agarró de la pechera y antes de que dijese nada más le propinó un puñetazo en la cara que lo hizo caer al suelo. Braden se levantó como si un resorte lo impulsara y se lanzó contra el criado. A pesar de los gritos de Perkins ordenándoles que parasen ninguno de los dos jóvenes dio muestras de escucharlo y siguieron golpeándose con saña salvaje. La camisa de Braden estaba llena de sangre, tanto de la suya como de la de Thomas, que tenía la cara llena de golpes y le dolían las costillas al respirar.

—¡Braden! —Caroline había echado a correr cuando vio la pelea—. Pero ¿qué haces?

Su amigo estaba en el suelo, sentado a horcajadas sobre Thomas, y lo estaba golpeando casi sin fuerzas ya.

—¡Detente! —le gritó.

Braden la miró a través de sus ojos hinchados y escupió la sangre que se le había acumulado en la boca. Después soltó a Thomas y se puso de pie muy despacio, le dolían la espalda y la nuca.

—Pero ¿en qué clase de persona te has convertido? —dijo ella aterrada.

Su amigo la miró de un modo extraño, como si algo se hubiese roto dentro de él. Sin decir nada se alejó de la casa.

—Braden —lo llamó Caroline, pero él no se volvió.

Caroline no dejaba de llorar y sus hermanos no conseguían consolarla por más que lo intentasen. Los mellizos habían abandonado la fiesta, que se había organizado en su honor, y estaban seguros de que sus padres acabarían dándose cuenta de que habían desaparecido, pero Caroline había convocado el cónclave y esa era una llamada inexcusable.

—¿Cómo ha podido cambiar tanto? —preguntaba paseándose nerviosa por el cuarto—. Tenía una mirada horrible.

—Es un joven despreciable —dijo Meredith muy enfadada—. ¿Cómo se atreve a tratarte así?

Caroline la miró con una expresión conmovedora. Tenía los ojos llenos de lágrimas, la nariz colorada y la cara mojada.

—No hables así de él —suplicó—. ¡Si vieras cómo sufría! ¡Dios! ¡Sus ojos eran los más tristes que haya visto jamás!

Se dejó caer sobre el diván llorando desconsolada. Jonathan se agachó junto a ella y puso una mano en su espalda.

—¿Quieres que vaya a buscarlo? —preguntó—. No habrá ido lejos si iba a pie.

—¡No! —exclamó Caroline—. Se ha comportado de un modo horrible. No os imagináis su cara cuando estaba pegando a Thomas. ¡Parecía haberse vuelto loco!

Jonathan miró a su hermana pidiéndole ayuda y Meredith se acercó para sentarse en el diván junto a ella. Le acarició el pelo y durante unos minutos solo se escucharon sus sollozos.

—¿No vais a tratar de consolarme? —preguntó después de un rato, al tiempo que se sentaba.

Meredith la miró con cariño.

—No quieres que te consolemos, tan solo quieres sacar todo ese dolor que tienes dentro —dijo—. Lo mejor que podemos hacer es estar aquí contigo, hasta que puedas pensar con claridad.

Caroline sorbió por la nariz y aceptó el pañuelo que le ofrecía su hermano.

—Durante años Braden fue mi mejor amigo —dijo más calmada—. El único que había tenido.

Meredith apartó un mechón de pelo que caía sobre uno de sus ojos.

—Estoy segura de que fue un buen amigo —dijo—. El tiempo pasará y él comprenderá...

Caroline movió la cabeza. Ella sabía que no, él nunca podría comprender por qué lo había traicionado.

—Si de verdad te quiere como te ha dicho —dijo Jonathan sentándose junto a ella—, deseará tu felicidad. Ahora no, porque es demasiado doloroso para él, pero llegará el día en el que solo le importará que seas feliz.

Su hermana lo miró con la súplica en los ojos.

—¿Lo crees de verdad? —preguntó.

Jonathan asintió.

—Te lo prometo.

## Capítulo 4

—Caroline, te presento a Cora Davenant —dijo la condesa—. Los padres de Cora han estado viviendo los últimos años en Boston y acaban de regresar.

—Encantada —dijo su ahijada—. Y, dígame, señorita Davenant, ¿es cierto que Boston es una ciudad maravillosa?

—Así lo creo, señorita Wilkie —respondió con tristeza—. Me va a costar mucho acostumbrarme a vivir lejos de allí.

Caroline asintió comprensiva.

—Sé bien cómo se siente —dijo cogiéndola del brazo para alejarla de la condesa, que acababa de preguntarle a lord Maloy por la salud de su esposa—. Yo tuve que marcharme de Winpenham, que está a solo cuarenta kilómetros, y me sentí muy triste durante meses.

Cora Davenant la miró con una tensa sonrisa y se soltó con suavidad de su brazo simulando que tenía mucho calor.

—Me gustaría conocer a sus amigos —dijo señalando hacia Dorinda, que en esos momentos charlaba con su hermano y Lawton Kernow.

Caroline no estaba segura de cómo debía sentirse, pero trató de hacer caso omiso a sus malas sensaciones y la llevó junto a los tres jóvenes.

—Quiero presentaros a la señorita Cora Davenant, que acaba de llegar de Boston.

—¿Qué opinas de la señorita Davenant? —preguntó Dorinda cuando pudo quedarse con su amiga a solas—. ¿No crees que es un poquito estirada?

—Ha vivido casi toda su vida en América —la excusó Caroline—, ya sabes que la vida allí es distinta.

—Pues no sé qué decirte —dijo Dorinda sin apartar la vista de Cora, que en ese momento se reía muy alegremente con su hermano Carlton—. Es guapa. Es muy guapa, pero no sé...

—Creo que tu hermano piensa lo mismo —dijo Caroline sonriendo.

—No digas tonterías —dijo Dorinda mirando a su amiga—, mi hermano no puede fijarse en nadie que no seas tú. ¿Cómo va a competir esa bostoniana contigo, querida? Eso es imposible, nadie te cambiaría por ella.

Dorinda negaba con la cabeza sin dar crédito a las insinuaciones de su amiga, pero Caroline ya no prestaba atención a Cora Davenant y tenía la vista clavada en Meredith y Alston Bourne.

—Hacen buena pareja —dijo Dorinda.

—Sí —dijo Caroline con tristeza—, muy buena pareja.

—¿No estás contenta por ellos? —preguntó su amiga—. Te he oído alabar a ese muchacho muchas veces.

Caroline asintió.

—Claro que estoy contenta, Dorinda —dijo sin mucho entusiasmo.

Su amiga le rodeó la cintura con su brazo.

—Ya sé lo que te pasa —dijo—, piensas que nunca te va a pasar a ti y eso te pone triste. Pero no tienes que pensar eso, porque pronto serás tú la que celebrará su compromiso. Y yo seré tu dama de honor.

Caroline miró a Dorinda y sonrió con ternura.

—Serás la dama de honor más hermosa que se haya visto.

—No estés triste, Caroline —Meredith abrazaba a su hermana—, no puedes estar triste viéndome tan feliz.

—No estoy triste, Meredith, es solo que te voy a echar mucho de menos —dijo tratando de sonreír.

—Pero a ti te gusta Alston, ¿verdad que sí? —preguntó mirándola a los ojos—, siempre habláis de libros y se nota que estáis a gusto juntos.

—Sí, me gusta Alston, sobre todo porque te quiere muchísimo —dijo Caroline sonriendo al fin.

—Pues ya está, ahora seré la señora de Alston Bourne y mi hermana vendrá a visitarnos muy a menudo —dijo Meredith dirigiéndose a su armario para sacar el vestido que pensaba ponerse—. Te quedarás largas temporadas con nosotros y conocerás a un distinguido caballero que no podrás rechazar, como hiciste con Bart Sparton.

—Bart Sparton tiene casi la edad de nuestro padre —dijo Caroline recogiendo la ropa que su hermana iba dejando tirada por todas partes.

—Te he dicho un millón de veces que no hagas eso, Caroline —la regañó Meredith.

Su hermanastra dejó la ropa sobre la cama y se sentó en ella prometiéndose mentalmente que se estaría quieta.

—Es cierto que Sparton es viejo —dijo Meredith—, pero tiene una considerable fortuna.

—Hablas igual que tu madre —dijo Caroline con tristeza.

Su hermana se volvió a mirarla y dejó el vestido que tenía en las manos para ir a sentarse junto a ella.

—Perdóname, Caroline —dijo con tristeza—, soy una egoísta por pensar en mí.

—¡Pero qué dices, Meredith! Eres la persona más generosa que he conocido nunca —dijo su hermana cogiéndole las manos.

—No debería hablar de mi boda a todas horas —dijo—, y menos sabiendo que eso va a provocar que vivamos separadas.

—Tarde o temprano tenía que ocurrir —dijo Caroline.

—Yo siempre pensé que te casarías tú primero —dijo Meredith con una triste sonrisa—. Estúpido Bosley.

Carlton Bosley era el elegido por Meredith para casarse con Caroline. Desde la primera vez que los vio bailando juntos decidió que era perfecto para ella. Además era el hermano de Dorinda, su mejor amiga. Por eso cuando anunció su compromiso con Cora Davenant, solo cinco meses después de que los hubiesen presentado, se enfadó tanto que se marchó de la fiesta. Sorprendentemente, Dorinda pareció encantada con la noticia, a pesar de las veces que había fantaseado, frente a la que decía era su mejor amiga, sobre lo maravilloso que sería que se convirtiesen en hermanas.

Todo aquello pareció diluirse después del compromiso. Las dos futuras cuñadas pasaron a ser íntimas en apenas unas semanas y, ciertamente, Dorinda fue la hermosa dama de honor de su mejor amiga. Lo que había cambiado en aquella promesa era la destinataria de ese dudoso título.

—Un Bosley no se fijaría nunca en mí —dijo Caroline sonriendo resignada—, ni un Allan, un Flannery o un Maloy...

—¡Estúpidos! ¡Todos estúpidos! —dijo Meredith poniéndose de pie y recogiendo la ropa que había dejado mal puesta por todas partes—. No saben lo que se pierden. Eres mucho más guapa que todas esas pánfilas que han escogido y muchísimo más inteligente.

Caroline no pudo evitar echarse a reír ante el arrebato de su hermanastra.

—Te voy a echar muchísimo de menos —dijo con tristeza.

Meredith corrió a abrazarla.

—En nuestra boda todos se fijaran en la preciosa dama de honor de la novia —dijo—. Entonces comprenderán su error, pero ya será demasiado tarde para ellos.

Caroline levantó una ceja con una expresión que mostraba a las claras lo poco que la convencían los argumentos de su hermana.

—No sé por qué Jonathan tuvo que alistarse en el ejército —se lamentó Meredith, viendo que no la animaba—, si al menos él estuviese aquí...

—Si él estuviese aquí probablemente ya estaría casado —dijo Caroline—. No te preocupes por mí, de verdad, Meredith, estaré bien.

Su hermana se sentó de nuevo junto a ella en la cama.

—Lo que ocurre es que todavía piensas en él —dijo cogiéndole las manos—. Últimamente te he visto esa expresión melancólica que tenías cuando llegaste aquí. Tienes que olvidarle. Se marchó hace años, y si no dejó ningún lugar en el que pudieses localizarlo es porque no quería que lo encontrases.

Caroline negó con la cabeza.

—Me porté mal con él —dijo—, eso es todo.

Meredith puso cara de circunstancias.

—Ya lo hemos hablado muchas veces —dijo Meredith, tajante—. Se comportó como un energúmeno. Thomas también, pero él pagó por ello con su despido.

—Lo sé, lo sé —dijo Caroline.

—Braden no supo comportarse —dijo Meredith con sinceridad—. Sabes que siempre te he apoyado en todo, pero debes reconocer que pertenecéis a mundos distintos. Es cierto que por circunstancias totalmente azarosas vuestras vidas confluyeron un tiempo, pero eso ya pasó. Él no tiene cabida en tu vida, Caroline.

Su hermana le soltó las manos, dolida, y se puso de pie para empezar a recoger la ropa de Meredith.

—Crecimos juntos —dijo aguantándose las lágrimas—. Si yo pude encajar no veo por qué él no.

Meredith corrió junto a ella y la obligó a detenerse agarrándola por los hombros para que la mirase a los ojos.

—Porque él no quiere —dijo—. Es así de simple, Caroline.

Caroline movió la cabeza, apenada.

—Me mortifica saber que no le di opción de explicarse...

—No tienes nada de qué culparte —dijo Meredith.

Caroline volvió hasta la cama para sentarse.

—Siempre fue muy orgulloso —dijo en voz baja.

—Mal atributo para alguien como él —dijo Meredith sentándose junto a ella.

—Pero aquella furia en su mirada —dijo pensativa—. No la había visto jamás.

Meredith le hizo un cariño en la mejilla.

—No pienses más en él —dijo—. Braden te borró de su vida y tú debes hacer lo mismo.

Caroline se limpió las lágrimas que caían por su mejillas. Aquello no la reconfortaba lo más mínimo.

Caroline seguía agitando la mano a pesar de que Meredith ya no la veía. Se quedó frente a la puerta de la mansión, mirando hacia el camino desierto con una terrible sensación de soledad. Hacía ya más de seis meses que su hermana se había casado con Alston, y aún sentía aquel vacío en el corazón cuando tenía que despedirse de ella. Después de un rato se dio la vuelta, subió las escaleras de entrada y atravesó las puertas que Perkins mantenía abiertas.

—Señorita Wilkie, la condesa desea que vaya al saloncito azul —dijo.

—Gracias, Perkins —dijo Caroline apresurando el paso.

Cuando entró en el pequeño salón avanzó hasta el sofá en el que la condesa disfrutaba de una segunda taza de té.

—Pensé que no ibas a entrar nunca —dijo levantando la mirada con condescendencia—. ¿No te parece que exageras un poco? Cada vez que Meredith y su esposo se marchan después de una visita se te queda esa cara de pena. Cualquiera diría que os habéis despedido para siempre.

—Esta vez van a estar un mes fuera visitando a la abuela de Alston —dijo Caroline sintiendo que la congoja volvía a atacarla.

—Ya está otra vez ahí esa expresión —dijo la condesa perdiendo la paciencia—. ¿Por qué ya no frecuentas tanto a la señorita Bosley? Aún recuerdo cuando erais inseparables.

Caroline se encogió de hombros.

—Desde que Cora Davenant y su hermano Carlton se casaron, su cuñada se ha convertido en su prioridad. Casi nunca tiene tiempo para que nos veamos.

La condesa movió la cabeza con evidente disgusto.

—Cada día tengo más claro que necesitamos encontrarte un marido.

Caroline abrió los ojos con curiosidad y se sentó junto a la condesa, dispuesta a ilusionarse.

—¿Un marido? —preguntó divertida—. ¿Alguien se ha interesado por mí?

—Tu padre está haciendo indagaciones dentro de nuestro círculo más cercano. ¿Que opinas de Walter Mathews? Es un joven apuesto...

—¿Walter Mathews? —Caroline arrugó la nariz con desagrado—. Es muy bajito.

—También está Lawton Kernow...

—Lawton está siempre mirándose en todos los espejos, no me gustaría que mi marido fuese más presumido que yo —dijo negando con la cabeza.

—Pues Jed Crossan. —La condesa miraba a su ahijada sin dar crédito.

—Jed Crossan no ha leído un libro en su vida —dijo Caroline sin percatarse de la expresión de la condesa—. Imagine las conversaciones tan aburridas que mantendríamos sentados frente al fuego.

Se puso de pie y comenzó a escenificarlo como solía hacer con sus hermanos.

—*Buenas noches, querida, ¿qué tal tu día?*

—*Muy bien, esposo. ¿Y qué tal el tuyo en la fábrica?*

—*Excelente, querida.*

—Después yo esperaré ansiosa a que continuase hablando y me explicase las dificultades de un largo día de trabajo —dijo Caroline volviendo a sentarse junto a su madrina—, pero él bajaría la vista a su periódico sin prestarme la más mínima atención y yo me moriría de aburrimiento sin poder hablar con nadie. ¿Es eso lo que quieren para mí?

—No tienes remedio —dijo lady Cornforth—. Algún día tendrás que encerrar esa imaginación tuya en un lugar muy profundo de tu cerebro o acabará contigo. No puedes estar siempre soñando despierta, Caroline. A los hombres no les gustan esas cosas.

—Pues a mi marido tendrán que gustarle —dijo con resolución—. Y querrá que le explique historias todas las noches y no podrá dormir sin escuchar mi dulce voz narrándole las vicisitudes de mis heroínas. Y él tendrá que ser igual de prolífico, y me contará historias de caballeros con brillante armadura, que rescatan a humildes y tristes doncellas...

—Ya he tenido bastante —dijo la condesa dando por zanjada la conversación—, anda, ve a hacer lo que sea que tengas que hacer a estas horas y déjame tranquila.

—¿Entonces no va a decirme con quién piensa hablar mi padre? —preguntó Caroline con expresión desvalida.

—Ya te lo dirá él cuando llegue el momento.

—¿Un baile? ¿Estás seguro?

La condesa miraba a su esposo desde el espejo de su tocador mientras se quitaba los pendientes.

—Es la mejor manera de que alguno de ellos dé el paso —dijo lord Cornforth—. Ya he hablado con todos nuestros amigos con hijos en edad casadera.

—Con todos no, espero —dijo la condesa.

—No, no he visitado a Darrel Symmons —dijo lord Cornforth mirándola con severidad.

—Su hijo nació sin meñiques —dijo la condesa quitándose los anillos—. Y eso que sepamos...

—¡Meredith, por favor! —exclamó su esposo con desagrado—. No es necesario ser cruel.

—¿Cruel? Padre e hijo son dignos especímenes de hombres sin nada que aportar a la Humanidad. El padre es un borracho y el hijo un vividor.

—Sabes cómo es la gente. Lo único que hace ese chico es mantenerse lo más alejado de su padre que puede y sí, le gusta divertirse, pero eso no significa...

—Bueno, bueno, sea como sea, está claro que ese joven no es un buen candidato para Caroline.

—Lo sé y por eso no he ido a hablar con Darrel, a pesar de que hubo un tiempo en el que fuimos amigos —dijo su esposo.

La condesa se volvió para mirarlo cara a cara.

—No es buena idea recordarme aquella época, ¿no crees? —dijo con firmeza.

—No he sido yo el que ha sacado el tema —dijo molesto, mirando para otro lado.

—¿Me estás reprochando algo? —preguntó la condesa.

—No es reproche —dijo él—, pero eres tú la que me prohibiste hablar de aquella época. Y siempre he respetado tus deseos.

—Siempre no —dijo ella con una gélida mirada.

—Meredith —su esposo se acercó a ella con una súplica en la mirada—, algún día tendremos que hablar de aquello. Tendrás que dejarme explicar...

—No —dijo rotunda—. Y será mejor que dejemos este tema antes de que tengas que acabar durmiendo en el cuarto de al lado.

Lord Cornforth se encogió de hombros resignado y se alejó de ella. Alguna ventaja tenía hacerse mayor. Las cosas que antes importaban, habían dejado de hacerlo.

—Esa mujer es una arpía.

Darrel Symmons cogió la botella y sirvió el whisky en dos vasos, después le acercó uno a su hijo que estaba sentado en la butaca con una pierna apoyada en el reposabrazos.

—A mí me importa un bledo que no me inviten a esa fiesta, papá —dijo Norwell.

—Pero a mí sí me importa. Está claro que están buscando un marido para la bastarda —dijo Darrel enrabiado—. Andrew se ha paseado por todas las casas de nuestros amigos sondeando sus posiciones respecto a ella, hablándoles de la suculenta dote que le ofrecerá...

Norwell sonrió perverso.

—Solo la he visto una vez —dijo—, y no me pareció mala chica.

—¿Estás escuchando lo que digo o tienes el cerebro tan lleno de esas estupideces tuyas que ya no puedes ni pensar con claridad? —dijo su padre furioso.

Norwell no dejó de sonreír y levantó su vaso a modo de brindis antes de beber un trago.

—No va a haber ninguna mujer que quiera casarse contigo —dijo su padre—. Estoy harto de tus viajes, y de todas esas tonterías en las que te ocupas, estoy cansado de que no te tomes interés por los negocios.

Norwell bajó los dos pies al suelo y apoyó los codos en sus rodillas mirando el vaso entre sus manos. Después levantó la vista y fijó en su padre sus ojos verde esmeralda.

—¿De qué negocios hablas, papá? —preguntó muy serio—. ¿Te refieres a la usura? ¿A dejar dinero a pobres miserables para luego quitarles hasta el último penique? Siempre hemos sido muy sinceros el uno con el otro, ¿verdad? Tú me enseñaste eso la noche que murió mi madre. Yo no dejaba de llorar y me dijiste que llorar era de niñas y me preguntaste si quería que me comprases un vestidito. Después me llevaste hasta el cadáver de mi madre y la sacudiste para que viese que no despertaba. ¿Recuerdas lo que me dijiste? Porque yo sí lo recuerdo, no he olvidado ninguna de tus palabras, y esas palabras me dieron una idea clara de lo que era la vida.

Darrel miró a su hijo como si no lo comprendiese. Norwell se puso de pie y se acercó a él, dejando el vaso sobre la mesilla al pasar junto a ella.

—Aquella noche me dejaste solo con el cuerpo de mi madre aún caliente. Te fuiste y volviste completamente borracho. ¿Tampoco lo recuerdas? —preguntó mirándolo a los ojos—. No me interesan tus negocios, ni lo que tengas que enseñarme sobre la vida, prefiero vivirla según mi criterio. En cuanto a esa joven, quizá deberías casarte tú con ella.

Se dio la vuelta y caminó hacia la puerta para salir, pero la voz de su padre lo detuvo.

—Ya veremos qué dices cuando te quedes sin dinero. Cuando no puedas hacer esos viajes que tanto te gustan. Entonces ya veremos si dices lo mismo —dijo Darrel Symmons arrastrando las palabras por el alcohol.

Su hijo lo miró con desprecio.

—Hasta ahora he vivido del dinero que me dejó mi madre —dijo—. No he tocado un solo penique tuyo. ¿Y sabes qué? Cuando ya no te quede dinero dejarás de jugar para perder, y de beber hasta caer inconsciente en el suelo. No me parece tan malo.

Norwell sonrió con cinismo y salió de la habitación sin volver la vista atrás.

—¿Te importa si no te acompaño a la tienda del señor Smith? —Caroline se había detenido delante del escaparate de la librería del señor Hardly y miraba a Dorinda con la súplica en los ojos—. Sé que no te interesan nada los libros y tengo un encargo que debo recoger. Tú ve a por los lazos y yo mientras tanto miraré un par de cosillas que quiero ver.

—Está bien, vendré a buscarte en cuanto haya comprado los lazos que me ha pedido mi madre —dijo su amiga con gesto de aburrimiento, sabiendo que si la dejaba se pasaría horas allí dentro—. Ya sabes que no puedo entretenerme mucho porque he quedado para comer con Cora y de ningún modo llegaré tarde.

Caroline le dio un sonoro beso y entró en la librería con la enorme sonrisa de siempre.

—¿Qué tal está hoy, señor Hardly? —preguntó acercándose al adorable anciano.

—Me duelen un poco los huesos, señorita Caroline, seguro que no tardará en llover. Veo que usted sigue siendo la joven más bella de Southbourg.

—Estoy segura de que hace unos años era usted un peligro para las jovencitas —dijo ella sonriendo—. Déjese de zalamerías y dígame si ya ha llegado.

—Pues sí, llegó ayer —dijo—, pero resulta que hay otro cliente interesado y me temo que se le ha adelantado.

El anciano señaló a un joven que sostenía un libro en las manos y lo hojeaba con interés.

—¡Oh! —exclamó Caroline decepcionada—. Llevaba semanas esperando verlo.

El caballero levantó la vista y sus ojos verdes se posaron sobre los de Caroline. Aquello fue suficiente para que la joven se acercase a él con una dulce sonrisa.

—Veo, caballero, que se muestra usted interesado en la historia del Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha —dijo señalando el libro—. La verdad es que llevaba mucho tiempo esperando poder leerlo...

—¿Usted es...? —preguntó el caballero de un modo muy poco cortés.

—Discúlpeme —dijo ella haciendo una ligera reverencia—. Me llamo Caroline Wilkie, soy la...

—... ahijada de lord Cornforth. —Lo dijo de un modo que provocó el desagrado instantáneo de la joven.

—¿Nos conocemos?

—He oído hablar de usted —dijo él.

Caroline esperó muy seria a que el caballero se presentase, pero al fijarse en las manos que sostenían el libro comprendió que se trataba de Norwell Symmons.

—Veo que ya ha descubierto mi identidad —dijo él siguiendo su mirada divertido y provocando que Caroline enrojese por su falta de tacto.

—Yo no... —susurró.

Él siguió sonriendo y pasó las páginas del libro de Cervantes como si buscara algo. Después lo cerró y se lo ofreció.

—Puede quedárselo —dijo— ya lo he leído y cuento en mi biblioteca con las traducciones de Shelton, Jarvis y los seis tomos de Bowle.

Caroline lo miraba boquiabierta.

—Deduzco que es un gran entendido en la obra —preguntó cuando se recuperó de su sorpresa.

—Creo que es una excelente sátira —dijo—. Si le deja, el desdichado Don Quijote la sacudirá del letargo en el que vive.

Caroline frunció el ceño desconcertada.

—¿Por qué piensa que vivo aletargada? —preguntó molesta.

—Cuando lo lea entenderá a qué me refiero —dijo Norwell volviendo a ofrecérselo.

Caroline lo cogió y lo abrió por la primera página.

—Pero espere a llegar a su casa, señorita Wilkie —dijo el caballero sonriendo—. No es un libro que pueda dejarse una vez se comienza.

La joven sonrió también y asintió.

—Pues para eso falta todavía un rato —dijo—, mi amiga está comprando en la tienda del señor Smith y me temo que hay algo maligno en esa tienda que obliga a quien entra a quedarse durante un tiempo interminable, nunca inferior a las dos horas.

Norwell no pudo evitar una carcajada espontánea.

—No se ría —dijo Caroline—. Está claro que no ha estado en esa tienda, de ser así no se reiría.

—Parece que me ha salvado usted de una atroz maldición —respondió él sin dejar de reír.

—Vaya —dijo Caroline señalando hacia la puerta de la librería—, vaya si no me cree y compruébelo por usted mismo.

—Lo tomaré como el reto del día —dijo él inclinándose para decir algo en voz baja—. Suelo proponerme un difícil reto diario, eso me mantiene consciente y vivo.

Haciendo una ligera reverencia salió de la librería y la joven se acercó a la ventana para comprobar si realmente entraba en la tienda del señor Smith. Antes de atravesar la puerta de dicho establecimiento, Norwell se detuvo y miró hacia ella santiguándose como si necesitara alguna clase de protección divina.

Caroline se acercó al señor Hardly con el libro en las manos.

—Me lo llevo —dijo—, guárdelo a buen recaudo, lejos de la atención de los demás clientes, no vayan a querer quitármelo. No creo que me lleve ningún libro más, pero no quiero marcharme sin echar un vistazo. Por si acaso, ya sabe.

—Mire, mire todo lo que guste —dijo el anciano con una sonrisa, sabiendo que no podría resistirse, como siempre.

Caroline, con la expresión satisfecha de un niño al que dejan jugar un rato más, se perdió entre los libros hasta que su amiga acudió a buscarla.

## Capítulo 5

—Enséñame tu carnet de baile —dijo la condesa mirando a su ahijada muy seria.

Caroline hizo lo que le pedía y lady Cornforth asintió satisfecha.

—Presta atención a esos caballeros, Caroline —dijo en tono muy bajo para que nadie más que ella la escuchase—, entre esos jóvenes está tu futuro marido.

Caroline empalideció y volvió a mirar su libretita. No había ninguno entre aquellos nombres que le pareciese lo suficientemente interesante como para pasar el resto de su vida con él.

—¿Me van a obligar a decidir esta noche? —preguntó asustada.

El tono que había utilizado era más alto de lo que la condesa hubiese deseado y la mujer miró a su alrededor para ver lo grande que había sido el desastre. Al parecer tan solo dos ancianas damas estaban lo suficientemente cerca para haberlo escuchado y no creía que tuviesen el oído muy fino, así que se relajó.

—Niña, cuida tus modales —dijo mordiendo las palabras—. No es necesario que tú misma te pongas en evidencia.

Caroline asintió y bajó la mirada, de repente aquella fiesta ya no le parecía divertida. Dorinda se acercó a ellas y después de los saludos la condesa se disculpó con ellas.

—Estás bellísima —dijo mirando a Caroline con admiración—, ese color rosa te favorece muchísimo.

—Tú también estás muy hermosa, Dorinda —dijo su amiga.

—Como ves al final te he hecho caso y me puesto el azul de organdí, a pesar de que a Cora le gustaba más el amarillo —dijo sonriendo—. He querido darte una alegría.

Caroline se fijó en el vestido, vaporoso y etéreo, esos eran los calificativos que había empleado para describirlo y así era como Dorinda se veía en ese momento.

—El baile está a punto de empezar —dijo Dorinda cogiendo el carnet de su amiga—, veo que vas a estar muy solicitada esta noche.

—Todos estos jóvenes están aquí obligados por sus padres —dijo Caroline con disgusto—. Me siento como si estuviera en una feria de ganado y yo fuese el ternero al que van a subastar.

—No digas eso —la reprobó su amiga.

—Es la verdad, ¿por qué no habría de decirlo? —Caroline se abanicó con el cuadernito—. Tengo que salir a que me dé el aire.

Se alejó hacia la terraza y Dorinda la siguió presurosa.

—Nunca imaginé que encontrar marido fuese una transacción comercial —dijo Caroline—. De hecho me consta que para Meredith no fue así. Se enamoró de Alston en cuanto le vio y a partir de ese momento nuestra vida giró alrededor de ese hombre.

—Meredith no estaba en la misma situación que tú —dijo Dorinda tratando de sonar lo menos dura posible.

Caroline miró a su amiga sin poder disimular que le había dolido.

—Lo sé —dijo—. Soy una arrimada que no tiene dónde caerse muerta.

—¡No hables así! —exclamó Dorinda espantada.

—¿Por qué no? Es la verdad. Todos lo piensan, incluso tú. Solo han aceptado venir a esta fiesta por la gran dote que han ofrecido mis padrinos —dijo dolida—. ¿Por qué crees que no están aquí los Allan, los Flannery o los Maloy? Ellos tienen demasiado dinero como para plantearse ni siquiera mirarme.

—Estás diciendo cosas horribles, Caroline.

—¿Has visto mi carnet de baile? —preguntó enseñándoselo—. Voy a tener que bailar con Herman, con Alvin, ¡con Elden Pool!

—Sé lo que te hizo Elden Pool, pero entonces era un crío —dijo Dorinda.

—¿Un crío? Los dos tenemos los mismos años. Y tenía dieciséis cuando me tocó con un palo y dijo delante de todos que lo hacía para no mancharse.

—Debes olvidarte de aquello —dijo Dorinda visiblemente incómoda con su actitud—. Eras nueva aquí, nadie te conocía.

Caroline se acercó a la balaustrada y se apoyó en ella contemplando las sombras que proyectaba en el jardín la severa y oronda luna.

—Todavía echo de menos mi casa en Winpenham. Correr por el brezal con Braden, las lecciones de mi madre. A la vieja Annie y sus galletas, que me quemaban los dedos porque no tenía paciencia para esperar a que se enfriasen...

Dorinda puso una mano en su espalda con cariño.

—Te estás poniendo melancólica y a la condesa no le gusta. Anda, vamos dentro. Es tu fiesta y tienes la obligación de pasarlo bien —dijo.

—Ve tú, déjame un momento sola. Te prometo que cuando entre ahí volveré a ser tan alegre como siempre —pidió Caroline.

Dorinda no se hizo de rogar y volvió al salón de baile, más que conforme.

—Me gustaría probar una de esas galletas.

Caroline se volvió sobresaltada y de las sombras emergió Norwell Symmons con su característica e irónica sonrisa.

—¿Ha estado escuchándonos? —preguntó Caroline, que no era capaz de discernir si estaba más enfadada o avergonzada.

—En mi descargo diré que yo me escondí aquí primero —dijo él deteniéndose frente a la joven.

—Debería haber hecho algún ruido para delatar su presencia —dijo Caroline, empezando a decantarse por el enfado—. Un caballero sabe eso.

—Pensé que ya se había dado cuenta de que no soy ningún caballero —dijo Norwell.

Ella lo miró con severidad.

—Le ruego que me deje sola, señor Symmons —dijo levantando la barbilla, orgullosa.

—¿Y por qué habría de querer estar sola? —dijo mirándola con curiosidad—. Ya ha oído a su amiga: tiene la obligación de divertirse. Esta fiesta es en su honor. De hecho estoy algo ofendido porque no se me ha brindado la oportunidad de disfrutar de las mismas oportunidades que al resto de los jóvenes de Southbourg. Es imperdonable que su padre no fuese a hablar con el mío, a pesar de que fueron buenos amigos en otro tiempo. De hecho, tengo entendido que fue mi padre quien le presentó a su madre. ¿Lo sabía?

El rostro de Caroline había perdido por completo el color. Desde que estaba en Southbourg nadie había hecho mención al parentesco que la unía con el marido de la condesa. Y jamás nadie había mencionado la relación entre su madre y el lord.

—Es usted...

—¿Sincero? —la cortó—. Sí, y me jacto de ello.

Dio un paso hacia ella y Caroline no pudo apartarse porque tenía la balaustrada pegada a su espalda. Estaba tan cerca que podía notar su aliento amaderado haciéndole cosquillas en la nariz.

—No suelo mentir nunca, pero mucho menos le mentiría a alguien a quien creyese digno de respeto —dijo con voz profunda—. Tiene usted mi promesa, jamás le diré una mentira por muy dolorosa que sea la verdad.

Caroline se quedó perdida en aquellos ojos esmeralda mientras un escalofrío recorría su espalda y se aceleraba su respiración.

—¿Es usted lo bastante valiente como para hacerle a alguien una promesa así? —preguntó Norwell en un susurro.

Caroline soltó el aire que estaba conteniendo porque no quería que ni su aliento lo tocara.

—No tengo por qué prometerle nada, señor Symmons —dijo y se maldijo por que su voz le temblara.

Norwell sonrió con ironía.

—No he hablado de mí. —Dio un paso atrás—. No me considero tan importante.

Caroline entrecerró los ojos.

—Pero seguro que hay alguien que merecería esa distinción —dijo el joven sin apartar la mirada—. ¿Braden, quizá?

Caroline sintió aquel antiguo peso en su corazón.

—Braden es un recuerdo infantil —confesó y se dio la vuelta apoyándose en la balaustrada.

Norwell se colocó junto a ella.

—Debió ser difícil para usted abandonar todo aquello —dijo y había sinceridad en su voz.

Caroline no dijo nada, tan solo apoyó la barbilla en su mano con la vista perdida entre los árboles.

—Escribir es un buen revulsivo contra la soledad —dijo Norwell—. Las palabras son capaces de exorcizar todos nuestros demonios. Viajar es otra manera. La primera vez que te alejas de todo aquello que conoces, donde te sientes seguro a pesar de saber que no encajas, las sensaciones se ven amplificadas.

Caroline giró la cabeza para mirarlo con atención.

—Cuando llegas a un país en el que nadie sabe quién eres ni cuál es tu historia, en el que ni siquiera hablan tu lengua —dijo muy serio—, entonces es cuando comprendes que nada es tan terrible como pensabas. Porque nada es como pensabas. Entonces te sientas y vomitas en el papel todo lo que llevas dentro y los demonios desaparecen.

—Habla usted como un filósofo —dijo Caroline sonriendo ligeramente.

—Mi amigo Walter dice que hablo como un viejo —dijo él sonriendo también. Se encogió de hombros—. Lo que determina el momento vital no es la edad, sino la experiencia. Lo que usted necesita, señorita Wilkie, son experiencias.

Caroline puso las manos en la balaustrada y jugó con ellas como si tocara las teclas de un piano.

—Me encantaría ser un hombre y poder hacer esos viajes de los que usted habla —dijo con tristeza—, pero no se me ha concedido ese privilegio y tendré que conformarme con tener la vida que mis protectores decidan para mí.

Norwell se agarró a la barandilla y elevando la pierna se subió sobre ella y comenzó a caminar como un equilibrista poniendo un pie delante de otro.

—Si se cae se romperá algún hueso —dijo Caroline apartándose para dejarle paso.

—Entonces no me caeré —dijo él cruzando delante de ella.

Cuando llegó al final saltó de nuevo a la terraza y se acercó a Caroline, que respiraba de nuevo aliviada.

—¿Me permite? —Norwell cogió su carnet de baile y el lápiz que lo acompañaba y escribió su nombre en la última línea.

Hizo una inclinación respetuosa y se dio la vuelta para marcharse.

—Se lo prometo —dijo Caroline irguiéndose con seguridad.

Norwell se detuvo y giró la cabeza para mirarla.

—Le prometo que nunca le diré una mentira —dijo—. Por muy desagradable que sea lo que piense sobre usted, siempre le diré la verdad.

El joven Symmons sonrió y sin decir nada volvió al salón de baile.

—¿Lo estás pasando bien? —le preguntó Dorinda en un entremés—. He visto cómo te reías con Morven Varley.

—La verdad es que Morven es un muchacho encantador —dijo Caroline sonriendo—, lástima que sea cinco años menor que yo.

—Ese problema se arregla con los años —dijo su amiga—. Ahora es muy evidente porque es casi un crío, pero dentro de cinco años no se notará.

—¿Quieres que me case con él y espere a que crezca? —dijo su amiga riendo.

Dorinda se rió también ante semejante ocurrencia. Caroline miró su carnet de baile y contó los que le faltaban hasta Norwell Symmson. No podía contarle a su amiga que su cambio de humor se debía a ese hecho. A la emoción que le producía cada minuto que pasaba y la acercaba más a ese momento. Eso la había ayudado a sobrellevar las aburridas charlas de los jóvenes con los que había bailado. Los pisotones de Alvin, el mal aliento de Elden o las torpes manos de Herman, que habían rozado su pecho en dos ocasiones.

Al levantar la vista de su carnet de baile se topó con los incisivos ojos de un hombre que la observaba apoyado en uno de los ventanales.

—¿Quién es? —le preguntó a Dorinda.

—¿No lo conoces? —preguntó esta a su vez, extrañada—. Es Darrel Symmons.

Caroline sintió que un escalofrío recorría su espalda y se estremeció como si una corriente de aire helado hubiese invadido el salón. Parecía demasiado joven para ser el padre de Norwell. Aunque, ahora que lo sabía, veía que tenía su mismo porte y elegancia. Pero su mirada perversa contrastaba con la que mostraban los ojos verdes de su hijo.

—Creo que es mi turno, señorita Wilkie —dijo Onslow Beaman acercándose a ella y sacándola de sus malos pensamientos.

—Así es, señor Beaman —corroboró Caroline sin mirar el carnet. No hacía falta, se había aprendido la lista de memoria de tanto revisarla.

Mientras bailaba y fingía escuchar la aburrida conversación de Onslow, que había decidido explicarle con todo lujo de detalles su última jornada de caza en las tierras de lord Cornforth y lo mucho que este lo había alabado por su destreza, Caroline no dejaba de buscar con la mirada a su última pareja de baile. Hacía mucho rato que no lo veía por el salón y temió que se hubiese cansado de esperar y hubiese decidido marcharse.

Norwell entró por la puerta este en el momento en el que Caroline y Lawton Kernow empezaban el penúltimo baile. La joven no pudo evitar que el rubor tiñese sus mejillas cuando el joven Symmons se acercó hasta el borde de la pista y se colocó de manera que podía verlos sin que nadie se interpusiese entre ellos. Caroline trató por todos los medios de comportarse de un modo natural, conversando con Lawton cuando el baile lo permitía.

—Los bonnet más elegantes son los de terciopelo y raso, me encantan con fruncidos aunque mi hermana los prefiere con volantes —decía Lawton mientras observaba a los bailarines con los que compartían la pista—. Me encanta cómo realzan el contorno del rostro, y no necesitan más adorno que una pequeña flor.

Caroline no podía mostrarse más sorprendida de lo mucho que Lawton Kernow sabía de esos temas.

—¿Y no le parece que los corsés son uno de los mejores inventos que se han creado en cuanto a moda femenina? Mi hermana opina, igual que yo, que una mujer esbelta es mucho más elegante, y en eso el corsé es un gran aliado de las damas.

—La moda es muy particular y subjetiva dependiendo del lugar en el que nos hallemos —dijo Caroline—. Leí en un libro que hay una tribu en Tailandia que coloca

a las niñas unos collares en espiral y van añadiendo aros a medida que crecen para estirar su cuello como el de una jirafa. Se llaman Padaung...

—¡Pero eso es terrible! —exclamó Lawton horrorizado—. ¿Cómo puede comparar semejante salvajada con nuestra elevada y primorosa moda?

—El corsé empuja nuestros órganos y los desplaza... —dijo Caroline consciente de que a su pareja de baile le escandalizaba que hablase de ese modo.

—Será mejor que dejemos de hablar de estos temas —dijo Lawton con severidad.

—Me había parecido que la moda era su tema de conversación favorito —dijo ella desconcertada.

—Me temo que de moda entiende usted más bien poco, señorita Wilkie —dijo Lawton con un gesto afeminado que trató de corregir de inmediato.

Norwell puso su mano en la cintura de Caroline y le ofreció la otra sin apartar la mirada de sus ojos. Estaba claro que quería ver su expresión al tocar su mano deforme y la joven aceptó el reto sin inmutarse cuando la música del vals *Della crudele* Isotta de *L'elisir d'amore* de Donizetti empezó a sonar.

—He visto que ha disfrutado mucho de su fiesta —dijo Norwell después de los primeros compases.

—No soy muy aficionada a esta clase de eventos —respondió Caroline con expresión taciturna—, supongo que por haber vivido enclaustrada durante años en nuestra pequeña casa, con la única compañía de la vieja Annie y de mi pobre madre enferma.

Norwell entrecerró los ojos ligeramente.

—Estos años bajo la protección de la condesa y su esposo, rodeada de buena gente, de gran posición y mayor cultura, han tenido un peso considerable en mi ánimo —siguió Caroline, que miraba a los otros bailarines mientras hablaba como si hubiese estado ensayando ese discurso y lo tuviese bien preparado—. Jamás imaginé que podría vivir una velada como la de hoy, con tan enriquecedora compañía.

Al decir esto último volvió a posar sus ojos sobre los de Norwell, en cuyo rostro empezó a dibujarse una gran sonrisa.

—Ya veo —dijo.

—¿Le ocurría algo a su vista? —preguntó Caroline—. Pues a juzgar por cómo se mueve por la pista de baile da la impresión de haber nacido en una. A diferencia de mí, que aún recuerdo la primera vez que asistí a un baile y no fue nada memorable. Meredith y Jonathan, a pesar de ser un poco más jóvenes que yo, tuvieron que enseñarme porque no tenía ni idea de bailar y todos temían que hiciese el ridículo más espantoso.

—Va a estar hablando todo el tiempo para que yo no pueda preguntarle nada —dijo él, aprovechando que necesitaba coger aire para respirar.

—¿Preguntarme? —dijo ella fingiendo serenidad—. ¿Y por qué tendría que preguntarme algo? Estoy segura de que es usted un hombre educado y sabe que no se le hacen preguntas a una señorita...

—¿No le parece que ha sido un poco dura con el pobre Lawton?

—¿Dura? ¿Por qué piensa eso? —preguntó desconcertada.

—¿Los Padaung? ¿En serio?

—¿Qué tiene de malo? Es bueno saber cómo viven en otras partes del mundo, eso nos da criterio a la hora de juzgar nuestras costumbres con un poco más de apertura de miras, ¿no cree? Le dije que no había viajado, pero he leído muchos libros de viajes.

—Estoy totalmente de acuerdo con usted —dijo Norwell—, pero los dos sabemos que no era su intención abrir la mente de nuestro amigo.

Caroline bajó la mirada y trató de esconder una sonrisa culposa.

—¿Ha empezado ya a leer nuestro libro? —preguntó su partener.

Caroline asintió con la cabeza antes de responder.

—De hecho ya lo he terminado —dijo—. Como me dijo alguien, una vez que lo empiezas no puedes parar.

Norwell no pudo disimular su satisfacción.

—Veo que es usted una lectora voraz —dijo—. Me jacto de leer rápido y de que mi comprensión no se ve menoscabada por ello. Sé reconocer a un igual cuando lo tengo delante.

—¡No podía dejar de leer! —dijo Caroline dejando de lado toda prevención—. Don Quijote y Sancho Panza me han robado el corazón. Dos personajes tristes, pero maravillosos.

—Tristes, cierto —dijo Norwell, sorprendido—. Durante mucho tiempo se tomó la obra de Cervantes como una historia cómica, pero esta obra es mucho más que eso.

—Reconozco que yo también me he reído mucho con sus andanzas —explicó Caroline—. El mentecato siempre recibía de todo el mundo, pero no podía dejar de percibir esa tristeza que acompaña al personaje durante toda la historia. Era como si Cervantes me mostrase su alma y esta estuviese encogida y arrugada por la tristeza y la soledad.

—Tantos libros de caballería no podían hacerle ningún bien —dijo Norwell con expresión irónica.

Caroline lo miró con franqueza.

—No eran los libros de caballería en sí. Él se acercaba a esos libros buscando algo que no tenía. No podía aceptar el mundo tal y como era y con la excusa de las historias que narraban aquellos libros, sobre caballeros que luchaban contra gigantes, se creó una realidad paralela que lo alejaba de la suya propia —dijo—. Comprendo bien a Don Quijote.

Norwell la miró con intensidad y Caroline sintió que su mano se afianzaba en su espalda atrayéndola suavemente.

—Es usted una jovencita muy interesante —dijo bajando la voz.

Caroline notó que su corazón se aceleraba sin motivo y deseó que la música parase para poder separarse sin desvelar que su cercanía la intimidaba.

—¿Yo le parezco interesante? —preguntó Norwell sin dejar aquella expresión divertida—. No olvide la promesa que me hizo.

Caroline lo miró sin misterio.

—Sí, señor Symmons, me parece usted interesante.

—Bien —dijo él satisfecho.

—Interesante como la vida de la mantis religiosa, que devora la cabeza del macho mientras se aparea con ella —añadió ella.

Norwell no pudo disimular su sorpresa ante semejante comentario y se echó a reír a carcajadas llamando la atención de los otros bailarines.

—Hay que reconocer que es usted una jovencita poco usual —dijo bajando la voz.

—Lo tomaré como un cumplido —dijo ella sin perder el paso.

—¿Aparte de a bailar, sus amigos le han enseñado alguna otra actividad que pudiésemos hacer juntos en un lugar, digamos, menos concurrido? —preguntó Norwell directo.

—¿Es usted aficionado al tiro con arco? —preguntó Caroline.

Norwell la miró sorprendido.

—¿Por qué se sorprende? —dijo ella sin poder disimular su regocijo—, pertenezco a la *Royal British Bowmen* desde hace seis meses y no me admitieron por tener unos bonitos brazos. Claro que si no tiene buena puntería...

—Tengo la sensación de que me está retando, señorita Wilkie —dijo él.

—Para que sea un reto debe haber una apuesta y un premio —dijo ella.

—No me gustan las apuestas —respondió muy serio—. Pero acepto gustoso el reto, cuyo premio usted decidirá cuando pierda.

El baile llegó a su fin y Norwell se despidió de ella con una inclinación formal y una sonrisa, antes de retirarse de la fiesta.

## Capítulo 6

Caroline tocó a la puerta del despacho de lord Cornforth y esperó a que su padre le diese paso.

—Buenos días, querida. ¿Qué se te ofrece? —Su padre se había puesto de pie y le indicaba una butaca frente a su mesa para que se sentara.

—Buenos días, milord —dijo ella tomando asiento—. Quería pedirle permiso para hacer una visita a Winpenham.

—¿A qué se debe esta petición? —preguntó el hombre frunciendo el ceño.

—Me gustaría ver a Annie, está muy mayor y no querría retrasar más esa visita. Lord Cornforth asintió.

—Tienes mi permiso —dijo mirándola con interés—. Aprovechando que estás aquí me gustaría hablarte de la fiesta de la otra noche.

—Fue muy agradable, muchas gracias por organizarla —dijo Caroline.

—Te vi hablando muy alegremente con el joven Norwell Symmons —dijo lord Cornforth—. Me da la impresión de que su carencia física no te intimida.

Caroline frunció el ceño confusa.

—¿Intimidarme? ¿Que no tenga meñiques? —preguntó extrañada.

—Ese detalle le ha supuesto al muchacho más de un desplante —dijo su padre—. De hecho se comenta que ha llevado una vida más que licenciosa al verse abocado a relacionarse con mujeres de moral dudosa.

Caroline no pudo evitar que sus mejillas enrojeciesen.

—No conozco al señor Symmons más que de unas pocas charlas y debo decir que su vida privada no me incumbe. En cuanto a sus meñiques, o mejor dicho a la falta de estos, solo puedo decir que me parecen dos dedos muy poco útiles y que no creo que los haya echado en falta en ocasión alguna.

Lord Cornforth no pudo evitar una sonrisa ante el sabio comentario de su hija.

—¿Entonces no es el señor Norwell el hombre elegido? —preguntó.

Caroline frunció el ceño.

—¿Elegido para qué? —preguntó.

—Para cortejarte, por supuesto.

Caroline pensó bien la respuesta antes de hablar.

—Me temo que, como mujer, tengo poco que decir a eso. Son el padre y el pretendiente quienes dirimen esa posibilidad y yo no tengo de lo uno y, por lo que vi en el baile, tampoco voy a tener de lo otro.

Lord Cornforth la miró con una mezcla de disgusto y vergüenza. Caroline ya había visto antes esa expresión y se apresuró en intentar arreglarlo.

—Si lo que quiere saber es si el señor Symmons puede ser de mi agrado, debo decirle que no tengo elementos de juicio suficientes para decidirme. Es un joven sumamente atractivo, pero como dice Jonathan: con la belleza no se come. De modo

que ese no puede ser un argumento de peso. Así que me centraré en lo que verdaderamente me parece importante en un hombre para considerar la posibilidad de pasar el resto de mi vida con él.

—¿Su capital? —preguntó lord Cornforth sin poder disimular una sonrisa por la disertación de la joven.

—Ese punto es importante, negarlo sería inmaduro y poco creíble. Un hombre debe tener un futuro para poder compartirlo con alguien. Y más si ese alguien es una mujer como yo, que no contará con una gran fortuna para embellecerla —dijo Caroline pensando concienzudamente en ello—. Pero creo que el elemento más importante, para que una relación pueda ser duraderamente soportable, es la conversación. La conversación debe ser agradable, fluida y sin deseos de que acabe. Y debo decir que mis conversaciones de la otra noche con los diferentes candidatos fueron más bien decepcionantes. Y en ese aspecto el señor Symmons fue una excepción. Claro que teníamos la premisa del valeroso Hidalgo Don Quijote...

Lord Cornforth se había perdido por completo y no tenía ni idea de qué estaba hablando la joven, así que decidió interrumpirla antes de que le provocase un dolor de cabeza que tuviese que soportar el resto del día.

—Bien, si no necesitas nada más —la cortó—, tengo trabajo que hacer y tú tendrás que preparar ese viaje para ver a tu vieja criada.

Caroline se quedó algo descolocada en medio de su inacabado discurso, pero se levantó obediente e hizo una inclinación de cabeza como despedida para su padre antes de salir de la habitación.

Annie había envejecido mucho. Estaba claro que la inactividad no había jugado a su favor. La anciana se mostró muy alegre al verla y su hermana Greta, con la que vivía y a la que llevaba quince años, fue la encargada de preparar el té.

—¡Oh! ¡No sabes cuánto he echado de menos estas galletas! —exclamó Caroline cuando Greta sacó la caja.

—Las hace Kitty con su receta —dijo la mujer señalando a su hija de dieciséis años—, y bajo las estrictas órdenes de su tía.

Caroline sonrió, sabía bien lo dura que podía ser Annie.

—Estás hecha toda una mujer —dijo la anciana y se le humedecieron los ojos.

Caroline puso una mano sobre las suyas y la miró con ternura.

—Tenía muchas ganas de venir —dijo—. Al principio no, porque habría sido muy duro. Echaba mucho de menos mi vida y debía acostumbrarme a ellos. Pero de repente me encontré con un montón de ocupaciones y sin tiempo para nada.

—Me alegra que hayas sacado tiempo para venir a ver a esta vieja.

—Al casarse Meredith, y con Jonathan en el ejército, mi vida es más tranquila —dijo Caroline acariciando su mano con ternura—. Pero habría venido igual, solo necesitaba instalarme y aceptar mi nueva vida.

—¿Te tratan bien, mi niña? —preguntó la anciana.

Caroline asintió.

—Muy bien —dijo—. La condesa es algo arisca con todo el mundo, pero tiene buen corazón. Lord Cornforth...

—Tu padre —dijo la vieja criada, y Caroline la miró con severidad.

—Son mis padrinos —dijo la joven—. Los dos se portan muy bien conmigo y no me falta de nada.

—Como debe ser —dijo la vieja Annie.

—Pero con quien mejor me he entendido desde el principio es con Meredith y Jonathan. Son dos personas maravillosas, Annie. Me trataron como verdaderos hermanos desde el principio y nunca me hicieron sentir extraña.

—Me alegra oír eso. Sufrí mucho pensando cómo te tratarían, hasta que recibí tu primera carta.

Caroline asintió y cogiendo una de las galletas se la comió con deleite.

—¿Has pasado por tu casa? —preguntó la anciana.

La joven negó con la cabeza.

—Aún no —dijo—. Quiero visitar a los Locksley antes.

—Ah, ese muchacho —dijo la vieja Annie—, Braden. Vino a verme antes de la visita que te hizo.

Caroline la miró con curiosidad.

—Al parecer te escribió muchas cartas y no respondiste a ninguna de ellas —dijo la vieja criada y sonrió con ternura al ver que aquello la mortificaba—. Quería saber qué pensaba yo. Le dije que probablemente no te habrían dejado leerlas.

—¿De verdad le dijiste eso, Annie? —preguntó ella, sorprendida.

—Fue eso lo que pasó, ¿verdad?

Caroline asintió.

—Ya lo imaginaba —dijo la anciana—. Se lo dije, pero él estaba dolido contigo porque no entendía que no hubieses tratado de ponerte en contacto de algún modo...

—Lo hice, Annie, yo también le escribí —dijo Caroline con tristeza.

La anciana estiró el brazo y acarició el rostro de la joven con ternura. Caroline sujetó aquella mano que parecía no tener suficiente fuerza para mantenerse por sí sola.

—Ahora tienes otra vida —dijo repitiendo las palabras de Meredith—. Él se marchó y no volverá. Al menos no volverá para ti.

De repente una oleada de recuerdos la arrolló. Al mirar los ojos de la anciana los momentos de su infancia volvieron a visitarla y trajeron con ellos los olores y sonidos del pasado.

—Annie, la echo tanto de menos —dijo mirándola con tristeza.

—Y yo, mi niña, y yo. —La criada no pudo contener las lágrimas.

Caroline se bajó del carruaje frente a la granja de los Locksley. Los más pequeños de la casa corrieron a vitorearla como si su presencia fuese todo un acontecimiento social. Los gritos de los niños alertaron a su madre, que salió a ver qué pasaba secándose las manos en el delantal.

—¿Caroline? ¿Eres tú? —preguntó la mujer sin dar crédito a sus ojos.

—Hola, señora Locksley. Espero no importunarla con mi visita —dijo entrando en la casa cuando la mujer se apartó para dejarla pasar.

La madre de Braden la guió hasta el comedor, que estaba hecho un desastre. Había ropa por el suelo y los niños corrían entre los muebles tirando las sillas a su paso.

—¡Salid a jugar fuera! —gritó la mujer.

Los niños obedecieron y trasladaron sus juegos a la calle.

—Son los pequeños de mi Albert y mi Julen —dijo la mujer, orgullosa.

Caroline asintió al comprender. Albert era el hermano mayor de Braden. Después de él estaban Julen, Sondra, Tina y Malcolm. Braden era el pequeño, quizá por eso dejaron que estudiara, pues había sido el único en hacerlo.

—Siéntate —dijo la mujer colocando las sillas que se habían caído—, prepararé un té.

Caroline no quería más té, pero imaginaba que la madre de Braden malinterpretaría su rechazo, así que aceptó con un gesto de cabeza. Cuando las dos estuvieron sentadas frente a sendas tazas del humeante líquido, Lucy Locksley la miró a los ojos por primera vez.

—Braden no está —dijo—. Se marchó hace dos años y no hemos vuelto a saber de él.

Caroline asintió con tristeza.

—¿Ninguno de sus hermanos sabe a dónde fue? —preguntó.

—Julen dice que hablaba mucho de ir a América, pero eso son cosas que dicen los jóvenes, ya sabes.

Caroline bebió un sorbo de té y sintió el rancio amargor de las hojas demasiado prensadas. Hizo acopio de sus dotes teatrales y sonrió.

—Está delicioso —dijo.

—Está amargo como las tuercas —respondió Lucy riéndose—. Nunca has sabido mentir, chiquilla.

La mujer retiró las tazas y puso sobre la mesa una botella de vino y dos vasos.

—Nos tomaremos un vasito de vino —dijo.

—Sentí mucho lo de su esposo —dijo Caroline.

—Fue horrible, sí —respondió Lucy—. Mi pobre Braden estaba con su padre en la mina. Él, que había jurado no bajar nunca y tuvo que pasarle eso. Estuvo semanas sin hablar.

Caroline sintió que se le humedecían los ojos al pensar en las cartas que Braden le había enviado y que le habían interceptado. Después de la visita de su amigo interrogó a la servidumbre sin éxito y no fue hasta que le pidió ayuda a sus hermanos que descubrió la verdad.

Jonathan averiguó dónde estaban las cartas y las consiguió para ella una semana después. Caroline pasó toda una noche leyéndolas. Todas y cada una de ellas, con ansia por acabar y temiendo que terminasen. Lloró hasta que le dolieron los ojos y se abrazó a la almohada varias veces para ahogar sus gritos de rabia. Leer las cartas de Braden le recordó lo que él significaba para ella, lo que significaron el uno para el otro.

Empezó a pensar que los cambios que se habían producido en su vida la habían obnubilado haciéndola creerse otra persona. Las cartas la devolvieron a su ser auténtico, pero le robaron la alegría. Trató de ponerse en contacto con Braden, pero era demasiado tarde, él ya se había ido sin decir a dónde.

La madre de Braden puso una mano sobre las suyas.

—Sigue con tu vida, Caroline —le dijo—. Tienes una oportunidad única que no suele darse. Puedes tener la vida que tu madre debió tener. Hónrala aprovechando esa oportunidad.

Caroline sintió que las lágrimas la delataban.

—Le fallé —confesó—, vino a buscarme y le fallé.

Lucy asintió con la cabeza.

—Lo sé —dijo—, me contó que iba a ir a verte. Ya no podía soportar tu silencio y quiso enfrentarse a la verdad fuese la que fuese.

—Nunca recibí sus cartas —dijo Caroline entre sollozos—, y tampoco se enviaron las mías. Yo creí que él me había olvidado y él debió pensar lo mismo.

—No —dijo Lucy—, mi Braden jamás creyó eso. Él siempre pensó que te habían prohibido contestarle. Pero cuando volvió aquella noche...

Lucy movió la cabeza, no quería hacer sufrir a Caroline.

—Le hice daño —sollozó la joven—, le hice muchísimo daño, lo sé.

Lucy también lloraba al recordar cómo llegó su hijo, golpeado y hundido.

—Estuvo dos días en la cama como le ordenó el doctor. Yo no podía creer que le hiciese caso, ya sabes cómo es —dijo su madre—. Qué ilusa fui, se quedó en cama para recuperarse porque había decidido marcharse para siempre. Al tercer día se levantó, se dio un baño, desayunó y se despidió de todos. Besó a los niños y a sus hermanos uno a uno. A mí me dejó para el final.

Ahora fue Caroline la que tuvo que consolarla, se levantó y abrazó a la mujer que lloraba con un llanto silencioso y triste.

—Pensé que iría a Londres a buscar trabajo en alguna fábrica —movió la cabeza—. No hemos vuelto a saber de él.

Cuando Caroline subió al carruaje su corazón iba más ligero que cuando llegó, pero sentía una profunda tristeza. Por fin había aceptado que Braden se había marchado para siempre, y que se llevaba con él una parte de ella misma.

Caroline fue la primera en tirar y Norwell se mantuvo callado a la espera del milagro. No conocía a muchas mujeres a las que les gustase aquel deporte y, desde luego, ninguna menor de treinta años. Lanzó un tiro certero y muy cercano al centro de la diana, pero que le dejaba margen para superarla. Cogió el arco y sus manos rozaron las suyas.

—Supongo que no le debió resultar fácil cuando era niño —dijo Caroline cuando lo vio tensar la cuerda.

Norwell destensó y giró la cabeza para mirarla.

—¿A qué se refiere? —preguntó.

—A sus meñiques —dijo la joven con una expresión que dejaba ver a las claras que no había ninguna maldad en aquel comentario.

Norwell la miró extrañado, nadie se atrevía a hablar de su carencia física. A pesar de que veía la expresión de sorpresa la primera vez que estrechaba la mano de alguien y de que había captado más de un gesto de repugnancia en algún rostro femenino, nunca nadie hacía el más mínimo comentario al respecto, no desde que era un adulto.

—Tuve una infancia difícil —reconoció—, pero mis meñiques no pesaron mucho en eso.

—¿Le molesta hablar de ello? —preguntó Caroline haciéndole un gesto para que siguiese con su tiro—. No volveré a mencionarlo si es así.

—No me molesta —dijo con una irónica sonrisa—. Mi infancia no fue fácil porque, al morir mi madre, mi padre se excedió en el consumo de alcohol. Más de una vez estuvo a punto de morir y dejarme huérfano. En cuanto a la ausencia de meñiques, para mí era algo normal, ya que nací sin ellos.

Norwell se encogió de hombros y tensó de nuevo la cuerda del arco. La joven se sacudió una brizna del vestido justo en el instante en el que el arquero dejaba ir la flecha.

—Parece que en este primer tiro he ganado —dijo Caroline satisfecha a pesar del ceño fruncido de su contrincante—. Me toca.

El joven Symmons le entregó el arco empezando a adivinar su estrategia.

—Debió ser una conmoción para usted descubrir que lord Cornforth era su padre —dijo justo cuando Caroline tenía la cuerda tensada y fijaba la diana.

La joven, al contrario que él, no se inmutó. Dejó que el aire saliese de sus pulmones con suavidad y soltó la flecha de igual modo, y esta fue a clavarse en el aro central de su objetivo.

—Mi madre se estaba muriendo —dijo Caroline, entregándole el arco con una fría mirada en sus ojos—. Como comprenderá, en aquellos momentos, descubrir quién era mi padre no fue algo importante para mí.

Norwell se arrepintió de haber dicho aquello y eso pesó en su ánimo mientras se preparaba para lanzar su segunda flecha. Esta vez, Caroline no dijo nada. Se mantuvo inmóvil y en silencio. Curiosamente aquello estresó más al tirador, que colocó la peor tirada de las cuatro. Cuando le devolvió el arco a su rival tuvo la sensación de que sus ojos se reían.

—Tengo la impresión de que no le han hablado muy bien de mí —dijo Norwell cuando terminaron.

Caroline lo miró sorprendida.

—¿Por qué piensa eso? —preguntó.

El joven se encogió de hombros.

—Cuando conversamos parece sentirse a gusto en mi compañía, pero de pronto y sin que ocurra nada que lo justifique se pone a la defensiva y saca las garras —dijo mirándola con la sonrisa en los ojos.

Caroline bajó la cabeza y se miró los zapatos, pensativa.

—Debe perdonarme —dijo—. Braden siempre decía que tenía aristas cortantes, pero que poco podían hacer para protegerme porque dejaban el corazón expuesto.

—Hábleme de Braden —dijo Norwell.

Caroline lo miró sorprendida de que le pidiese aquello. Lo pensó un poco y finalmente se encogió de hombros aceptando.

—No hay mucho que contar —dijo—. Es el pequeño de seis hermanos de una familia de mineros, cuatro chicos y dos chicas. Él siempre juró que jamás bajaría a la mina, porque odiaba estar en lugares cerrados.

Caroline se sentó en una piedra y Norwell apoyó un pie a su lado mientras la escuchaba.

—Mi madre se ofreció a dar clases a los niños del pueblo para ganar algo de dinero —siguió contando—, pero tan solo los Locksley enviaron a su hijo pequeño, Braden, un muchacho huraño y malcarado que no me habló durante días. ¿De qué se ríe?

Norwell bajó el pie y se sentó junto a ella.

—Me imagino lo amigable que debió ser con el pobre muchacho —dijo.

—Pues aunque no lo crea lo traté muy bien desde el primer momento —dijo Caroline recordando—. Había algo en él que me empujaba a querer protegerlo.

—¿Hace mucho que no se ven? —preguntó sin mirarla.

Caroline asintió.

—Se marchó hace tiempo sin decir a dónde —dijo ella.

Norwell la miró y sus ojos verdes la acariciaron sin tocarla.

—Volverá —dijo—. Seguro que volverá.

Caroline sonrió agradecida.

## Capítulo 7

—¿Has vuelto a quedar con la bastarda? —El padre de Norwell rellenó su vaso y fue a sentarse frente a su hijo.

—Se llama Caroline —dijo el hijo con un suspiro de cansancio.

—Qué más da cómo se llame. Lo importante es la dote. Hubiese sido mucho mejor la hija legítima, pero ese Alston se nos adelantó.

—¿De verdad ha perdido tanto dinero? —Norwell miraba a su padre tratando de que el desprecio que sentía hacia él no se reflejase en su rostro.

—No es mi culpa —dijo el hombre apurando el whisky casi de un trago—. Soy un hombre de honor y si me retan debo...

—¿Si le retan? —dijo Norwell perdiendo la paciencia—. ¡Ya nadie le reta! Eso era antes, cuando era un buen jugador, padre, pero ahora siempre pierde.

—¿Cómo te atreves a hablarme así?

—Caroline es una buena chica...

Su padre lo miró con sorna.

—¿Qué pasa? ¿Te has enamorado? —preguntó riéndose—. Bueno, así el trato será más placentero para ambos. No es necesario que sea un contrato desagradable.

—¿Con la dote sería suficiente para cubrir todas las deudas? —dijo Norwell, al que aquellas palabras le amargaban en la garganta.

—Una vez casados estoy seguro de que su padre no dejará que os falte nada y podrás ayudarme a deshacerme de algunas propiedades y recuperar cierta liquidez —dijo el padre, pensando que su hijo tendría que ayudarlo mucho más de lo que estaba dispuesto a decirle en voz alta.

Norwell miró a su padre con desprecio. No era ningún tonto aunque su padre lo creyese. Era plenamente consciente de que los planes de su padre estaban dirigidos únicamente a conseguir su propio beneficio.

—Quizá debería pretenderla yo —dijo Darrel soltando una carcajada—. Sería todo mucho más sencillo.

Norwell empalideció. Su padre era un hombre atractivo y se conservaba muy bien para su edad. Temió que estuviese hablando en serio.

—Si tantos reparos tienes, quizá me lo plantees —dijo el señor Symmons mirando a su hijo con cinismo.

—Será mejor que me vaya a la cama antes de que haga algo de lo que tenga que arrepentirme —dijo Norwell poniéndose de pie.

—¿Tanto te repugna la idea de casarte con ella? —preguntó su padre—. ¿O lo que temes es perder tu libertad? No tienes de qué preocuparte. Un matrimonio solo ata a la mujer, el hombre es libre de divertirse cuanto guste.

Norwell movió la cabeza con desagrado y se dirigió a la puerta del salón.

—Si no voy a poder contar contigo será mejor que lo digas cuanto antes —le dijo su padre antes de que saliese—. Tengo que encontrar una solución para mis terribles problemas y si no puedo apelar a la ayuda de mi hijo, tendré que buscarla en otro lugar.

Norwell no respondió y salió del salón dando un portazo. Darrel Symmons se levantó y rellenó el vaso de nuevo acabando con el contenido de la botella. Miró en el mueble bar y comprobó que estaba vacío. No iban a fiarle más y si no hacían algo pronto todos descubrirían la verdad. Quizá debería vender la casa de Londres, valía mucho dinero y solo la utilizaba él. Pero, entonces, ¿dónde se alojaría cuando estuviese en la ciudad? Allí era donde se jugaban las mejores timbas.

Apuró su vaso y lo dejó sobre el sofá a su lado. ¿Qué diría María si levantase la cabeza? Si su mujer viese cómo había dilapidado la fortuna familiar volvería a morir mil veces. Daba gracias a Dios por mantener a los muertos lejos de los vivos, de ese modo no podían decepcionarlos.

Norwell entró en Landrock Hoo y siguió al mayordomo hasta el salón en el que le esperaban lord Cornforth y la condesa.

—Buenos días —saludó después de que el mayordomo lo anunciase.

—Buenos días, Norwell —dijo el padre de Caroline poniéndole una mano en la espalda y llevándolo hasta la condesa—. Espero que tu padre se encuentre bien.

—Muy bien, señor. Señora condesa —dijo besándole la mano—, gracias por recibirme.

—Tenemos mucha curiosidad por saber cuál es la intención de esta reunión —dijo lady Cornforth muy seria.

—Supongo que ya supondrán que tiene que ver con Caroline —dijo el joven—. Deseo pedirles permiso para iniciar una relación formal.

La condesa lo miró impassible mientras su esposo se movía nervioso buscando un lugar en el que sentarse.

—Sentémonos —dijo señalándole una butaca y tomando asiento junto a su esposa—. Todo esto es un poco precipitado. En realidad hace muy poco que se conocen.

—Nos hemos visto unas cuantas veces —explicó Norwell—, y debo decir que su ahijada es una joven muy interesante. Es una gran conversadora y no mencionaré su belleza aunque resulta evidente.

—Sabe usted que Caroline es tan solo una protegida para nosotros, ¿verdad? —dijo la condesa—. Dada la posición de su familia me veo en la obligación de aclararle este punto.

Norwell sintió una punzada de culpa al mirar a la mujer y tuvo que esforzarse para que no se evidenciase en su rostro.

—Caroline es alguien demasiado valioso por sí misma —dijo—. No creo que sea necesario entrar en esos temas...

—No estoy de acuerdo en absoluto —insistió la condesa—. Estos temas deben tratarse ya que pueden dar lugar a confusiones muy desagradables. Caroline es nuestra

ahijada, una protegida, y nos comprometimos a darle estabilidad social y una buena posición. También tendrá a su alcance una dote para su matrimonio, que incluirá una asignación humilde pero nada despreciable. Como única propiedad posee la casa de su madre, que antes fue de su abuelo, en Winpenham. Eso es todo.

Norwell la miró a los ojos y mantuvo su mirada durante unos segundos antes de responder.

—Le agradezco su sinceridad en lo que vale, condesa —dijo muy serio—. Y estoy seguro de que con sus explicaciones no está insinuando que yo sea un cazafortunas. Igual que estoy seguro de que ha indagado sobre mí y eso le habrá dado suficiente información sobre mi falta de ambición.

Norwell carraspeó tratando de recuperar la tranquilidad con la que se había presentado aquella mañana.

—Señor y señora Cornforth, tan solo les pido la oportunidad de que Caroline y yo nos conozcamos —dijo poniendo en sus palabras la máxima sinceridad posible—. Lo que suceda a partir de eso, ya se verá...

—¿A qué te dedicas, Norwell? —Ahora fue el conde quien inició el interrogatorio—. Me refiero a cuál es tu ocupación. Tengo entendido que no participas de los negocios de tu padre.

—No, no me gustan los bancos —respondió el joven—. Tengo unas tierras de mi madre que me producen una modesta renta y algunas inversiones que, de tanto en tanto, producen algunos beneficios, no mucho, pero sí lo suficiente para permitirme viajar, que es mi mayor pasión.

—Según sé —siguió Cornforth—, tienes esas tierras subarrendadas.

—Así es —afirmó Norwell—. Se encargan de ellas dos familias de granjeros. Los Wyeth y los Fielden.

Andrew Cornforth asintió.

—Y vigilas que cumplan los compromisos de manera honrada, supongo.

—¿Se refiere a si me presento de improviso para saber si me roban? —preguntó Symmons frunciendo el ceño—. Pues debo confesarle que no. Tan solo voy a visitarlos cuando me invitan a alguna de sus celebraciones. Creo que la última vez que fui fue hace seis meses para la boda de Rosalind, la hija mayor de los Wyeth. Por suerte las dos familias se llevan muy bien y también invitaron a los Fielden, así pude verlos a todos sin tener que desplazarme.

Andrew Cornforth escudriñó el rostro del muchacho para averiguar si se estaba burlando de él, pero parecía estar hablando en serio.

—Esas dos familias tienen tanto interés como yo en que la tierra dé su fruto y poder vivir de ella. Saben que soy justo, ¿por qué iban a robarme? —Norwell movió la cabeza.

—Tienes mejor opinión de la especie humana que yo, muchacho —reconoció el conde.

La condesa lo observaba con atención e interés, sin decir nada.

—Bien —dijo lord Cornforth—, entonces solo queda un trámite para que demos nuestra autorización, ¿verdad, querida? Hablaré con Caroline y dejaremos que ella decida.

Norwell se puso de pie y estrechó la mano del conde y después se inclinó para besar la mano de su esposa, antes de marcharse ante la atenta mirada de la condesa.

Andrew Cornforth se volvió a su mujer.

—¿Qué opinas? —preguntó.

—No sé —dijo lady Meredith con expresión dubitativa—. El muchacho parecía sincero, pero había algo en su mirada... Algo turbio.

—¿Qué opinión te merece el joven Symmons ahora que ya has tenido ocasión de verlo unas cuantas veces? —preguntó lord Cornforth a su hija.

Estaban sentados en su despacho, uno a cada lado de la mesa, y el hombre miraba a la joven con evidente interés.

—Es un joven interesante —dijo ella.

—¿Interesante? —preguntó su padre, sorprendido.

Caroline asintió.

—Se puede hablar con él casi de cualquier cosa —dijo—. Es culto, divertido y tiene un punto infantil que hace que sea fácil tratar con él.

—Diría que te has vuelto muy pragmática —dijo su padre.

Caroline pensó unos segundos antes de responder.

—Supongo que su petición viene de su deseo de cortejarme y, de ser así, esta relación acabará frente al altar. Debo plantearme cuáles serán nuestros puntos en común, ya que una relación en la que no haya ningún nexo puede ser una tortura.

—¿No incluyes el amor en esa lista de objetivos? —preguntó lord Cornforth.

Caroline frunció el ceño.

—Por lo poco que he podido conocer del amor, no es un sentimiento que provea de mucha felicidad a quien lo sufre —dijo.

Lord Andrew Cornforth empalideció al comprender que hablaba de su madre.

—Bien, aceptaré tu visión pragmática del mundo. ¿Debo asumir, entonces, que no ves a Norwell Symmons con malos ojos? —preguntó.

Caroline se encogió de hombros.

—Le pondré una prueba objetiva —dijo—. Si es capaz de ganarme con el arco, me plantearé considerarlo un firme candidato.

Caroline y Norwell paseaban acompañados por Penélope, la doncella de los Cornforth a la que habían encomendado la tarea de vigilarlos en todo momento mientras estuviesen juntos.

—Te he traído esto —dijo Norwell poniendo una lámina en sus manos.

—Es Don Quijote —dijo Caroline mirando la triste figura—. ¿De quién es el dibujo?

—Ahora, tuyo, por supuesto —dijo sin responder a su pregunta, pero con una elocuente sonrisa.

—¡Lo has dibujado tú! —exclamó sorprendida—. No me habías dicho que, además de escribir, también te gustase dibujar.

—No soy lo suficientemente bueno como para ir presumiendo de ello —dijo con modestia.

—Es un dibujo excelente —dijo Caroline con sincera admiración.

Norwell sonrió emocionado. No solía hablarle a nadie de esa afición, no casaba bien con la idea que tenía todo el mundo de él.

—Cuando era niño mi madre dibujaba conmigo —dijo con emoción—. Guardo aquellos momentos en mi memoria como un tesoro.

—Me siento honrada —dijo Caroline.

Norwell negó con la cabeza cuando ella hizo ademán de devolverle la lámina.

—Ya te he dicho que ahora es tuya —dijo.

Caroline asintió con satisfacción. Siguieron caminando y sin querer sus manos se rozaron en el suave vaivén. Ninguno de los dos rechazó el contacto y con disimulo sus dedos jugaron a encontrarse.

—¿Qué opina de las cartas? —preguntó Norwell de repente.

—¿A qué cartas se refiere?

—A las de amor, por supuesto —dijo él mirándola divertido desde aquel verde cristalino—. Supongo que habrá leído las de Abelardo y Eloísa.

Caroline lo miró emocionada y recitó:

—«En este silencioso y triste albergue, de la inocencia venerable asilo donde reina la paz sincera y justa en sosegado y plácido retiro...»

—«...y la verdad austera y penitente, sujeta la razón el albedrío; ¿qué tempestad, qué horror tan impensado vuelve a turbar el corazón tranquilo...» —añadió él.

—¡Oh, qué sorpresa! —exclamó Caroline—. He disfrutado tantas veces de esa lectura, ni por asomo pensé que pudieran gustarte.

—Me has tuteado —dijo él sonriendo.

—Así es —dijo Caroline sonriendo también—. Creo que ya hemos franqueado la barrera de la amistad y es de recibo que le demos la importancia que merece. Debemos recordar que este fue el instante preciso en el que empezamos a hablarnos en confianza.

Norwell afirmó con un gesto de cabeza.

—Así sea.

—¿Es bueno contigo? —preguntó Meredith mirándola a los ojos con atención.

Caroline asintió antes de responder.

—Lo es —dijo.

—No tiene muy buena fama —dijo su hermanastra—. Todos piensan que es un libertino y un vividor, igual que su padre.

—Lo sé —dijo Caroline encogiéndose de hombros.

—¿Lo amas? —preguntó su hermanastra.

Caroline volvió a encogerse de hombros.

—No lo sé —dijo.

Meredith frunció el ceño.

—¿Qué significa que no lo sabes? —preguntó.

—Pues eso, que no lo sé. ¿Cómo se sabe si amas a alguien?

—Compáralo con lo que sentías por Braden —dijo Meredith.

—No, eso no es posible —dijo Caroline—. Braden era mi amigo.

—¿Qué crees que es el amor, Caroline? —preguntó Meredith sonriendo—.  
¿Mariposas revoloteando por tu estómago?

Su hermanastra la miró con preocupación.

—¿Por qué hablas así? ¿Es que no amas a Alston? —preguntó.

—Claro que lo amo, tonta —dijo la joven—, pero no tiene nada que ver con lo que relatan esos libros románticos que leéis las jovencitas. No ocurre nada en mi estómago. No hay mariposas ni ningún otro insecto revoloteando dentro de él. Lo que siento es menos extraordinario, pero mucho más profundo.

Meredith se sentó en la cama de su hermana mientras esta terminaba de arreglarse para salir. Había ido a buscarla para ir a visitar a la tía abuela Erwina, y Caroline se esforzaba mucho en todos los detalles, pues sabía que la vieja repararía su atuendo con su cristal de aumento.

—Voy a tratar de explicártelo para que lo comprendas, Caroline —dijo Meredith—. Amar a alguien no es que el corazón se te acelere cuando lo tienes delante. Es cierto que al principio se te acelera, sí, pero no es porque haya mariposas en tu estómago sino porque imaginas todo lo que te hará sentir si se acerca un poco más.

Caroline miró a su hermana con reprobación y las dos se echaron a reír.

—Hermanita, alguien tendrá que explicarte lo que ocurre en la alcoba de un matrimonio —dijo su hermanastra—, de no ser así tu noche de bodas será de lo menos placentera.

Caroline se sonrojó y trató de ignorar a su hermana esperando que dejase aquel incómodo tema.

—¿Sabes lo que ocurre la primera vez que yaces con tu esposo, hermana? —preguntó Meredith.

—No es necesario que la mujer sepa demasiado ya que es el hombre el que deberá hacer todo el trabajo —dijo Caroline mirándola de soslayo—. Y deja de hablar de estos temas si no quieres ir sola a ver a la tía Erwina.

—¡Cuán equivocada estás, hermanita! La función de una esposa es mucho más que la de mero receptáculo —exclamó Meredith—. Pero si lo que quieres es descubrirlo por ti misma, respetaré tus deseos.

Caroline dudó un instante y miró a su hermana con curiosidad.

—¿Es que tú no lo descubriste por ti misma? —preguntó.

Meredith sonrió ampliamente.

—A mí me lo explicó Gladys Harborne la noche de nuestro compromiso —dijo.

Caroline se llevó la mano a la boca para ahogar una exclamación de sorpresa.

—¿Gladys Harborne? —repitió el nombre para asegurarse.

Meredith asintió repetidamente.

—¡Pero si no está casada! —exclamó su hermana.

—Pues debo decir que sabía muy bien de lo que hablaba porque fue exactamente tal y como ella me dijo que sería —dijo Meredith, que parecía estar disfrutando de escandalizar a su hermanastra—. No hables con nadie de esto, lo negaré si lo haces.

—¿Y a quién iba a decírselo? —preguntó Caroline, que no daba crédito—. Me muero de la vergüenza solo de pensarlo.

## Capítulo 8

Erwina Livermore era una anciana enjuta y de aspecto severo que se movía con pasos cortos pero decididos y lo miraba todo como si nada fuese de su agrado. Le había costado mucho aceptar la presencia de Caroline, pero lo había conseguido ignorando intencionadamente que fuese la hija ilegítima de su único sobrino vivo. A pesar de los muchos esfuerzos de la ahijada de los condes por conseguir el cariño de la anciana, Caroline se había dado finalmente por vencida en el momento en el que la anciana señora se jactó, delante de todos los invitados a la boda de Meredith, de que la señorita Wilkie, como ella la llamaba, no sería jamás incluida en su testamento. Y no fue por ese hecho monetario concreto, sino porque lo hizo delante de todos los invitados y durante el brindis que dedicó a los novios, de manera que no solo la repudiaba sino que, además, lo hacía en público para que todo el mundo tuviese clara su opinión sobre aquella pintoresca «adquisición» de los condes.

—¿Es cierto eso que dicen? —preguntó la anciana mirando a Caroline.

—¿A qué se refiere, tía? —preguntó ella a su vez.

—A que vas del brazo de Norwell Symmons —dijo con mala cara—. Ese joven disminuido no me parece una buena compañía para una jovencita respetable. Aunque teniendo en cuenta tu ascendencia, quizá no puedas aspirar a nada mejor.

Caroline empalideció y su hermana la cogió de la mano y se adelantó a ella.

—Tía Erwina, tengo entendido que usted tuvo mucha amistad con el abuelo de Norwell. Incluso he oído decir a mi madre que el viejo Symmons pidió su mano...

—Así es —respondió la anciana—, por eso sé de lo que hablo. Su abuelo era un bravucón pendenciero al que le gustaba demasiado correr tras las faldas de todas las mujeres.

—¿Por eso no se casó usted con nadie? —siguió preguntando Meredith.

—Ese tema no te incumbe, niña —dijo su tía abuela de un modo áspero que despertó la curiosidad de Caroline—. Pero ahora no hablábamos de mí, sino de esta jovencita. Debes alejarte de esa familia.

—Norwell es muy correcto conmigo.

—Es hijo de su padre y ese Darrel es un mal bicho —dijo la anciana.

Caroline la miraba aturdida por tanta vehemencia.

—Él fue quien urdió ese malévolo plan. Él le presentó a tu madre al insensato de tu... de Andrew. Y te aseguro que no hubo nada inocente en su conducta.

—Tía, no creo que hablar de...

—¿Me vas a decir tú a mí de lo que debo o no debo hablar, Meredith? —la cortó con mirada severa.

Su sobrina bajó la cabeza, avergonzada.

—Darrel Symmons estaba enamorado de Meredith desde que eran unos críos —dijo la anciana señalando a Caroline con sus dedos llenos de anillos—. Lo que buscaba

era acabar con su matrimonio, y por Caín que casi lo consiguió con la ayuda de aquella mequetrefe.

Caroline se había puesto tan blanca que su hermana temió que se desplomara allí mismo.

—Tía, no tiene por qué ser tan dura con Caroline. Y tampoco con Norwell, los hijos no son culpables de los pecados de sus padres —dijo Meredith repitiendo lo que había oído decir tantas veces a su madre.

—Paparruchas —dijo la anciana mirando a Caroline—, de tal palo, tal astilla y si no, al tiempo.

Caroline no pudo aguantar más, se levantó y salió de aquella casa consciente de que peor opinión sobre ella no podía tener, así que no volvería a esforzarse.

—Señorita Wilkie —dijo Norwell inclinándose.

—Señor Symmons —dijo ella con un gesto de cabeza.

—¿Me concede este baile? —preguntó el caballero ofreciéndole su brazo.

—Encantada —respondió ella poniéndose de pie.

Caminaron hasta la pista de baile y se colocaron dispuestos a esperar a que la música diese comienzo. Las primeras notas del vals de L'elisir d'Amour de Donizetti se escucharon en el salón de baile de los Bosley.

—¿Ha sobornado usted a los músicos, señor Symmons? —dijo Caroline divertida.

—Líbreme Dios de hacer semejante cosa —dijo él con cara de inocente—. Ha sido fruto de la casualidad, me temo, aunque debo reconocer que ha sido providencial.

La joven sonrió abiertamente.

—Deberemos instaurar esta pieza como nuestra, ¿no crees? —dijo él susurrando.

—No sabía que eso pudiese hacerse —respondió ella.

—Le contaremos a nuestros nietos cómo se inició nuestro perpetuo amor mientras una de nuestras hijas toca esta pieza al piano —dijo Norwell.

—¿Cuál de nuestras hijas será diestra al piano? —preguntó Caroline—. Porque quiero que tengas claro que serán muy inteligentes y pienso hacer que estudien tanto como sus hermanos varones.

—Por supuesto —dijo él mirándola con intensidad—, se parecerán a su madre.

La atrajo hacia él, afianzando su mano en su espalda, y la llevó dando vueltas hasta la terraza. Siguieron bailando fuera del salón bajo la única compañía de la luna y siguieron moviéndose la una en los brazos del otro cuando la música cesó.

—Nunca he sentido una emoción semejante —dijo él acercando los labios a su mejilla.

Caroline respiraba con dificultad, su pecho subía y bajaba oprimido por el corsé y gotas de sudor perlaron su frente.

Norwell posó sus labios en su mejilla y después en su mandíbula sin que ella se atreviese a moverse.

—Caroline Wilkie, te amo sin remedio —dijo él mirándola a los ojos—. Eres la mujer más inteligente, divertida y bella que he conocido jamás.

—Norwell Symmons, yo también te amo sin remedio —dijo ella sosteniéndole la mirada—. Eres el hombre más inteligente, divertido y bello que he conocido jamás.

Norwell se echó a reír a carcajadas y sus ojos brillaron lanzando destellos verdes.

—Tengo que besarte —dijo poniéndose serio de repente.

Caroline asintió y él cogió su cara entre las manos y acercó los labios posándolos sobre suyos. Suavemente acarició la piel jugosa y rosada dejando que sus fluidos se reconociesen. Después se adentró en su boca con una lengua juguetona. Caroline aceptó el juego y no dudó en imitarlo sin pudor. Norwell sentía que su sexo se endurecía y la rodeó con sus brazos para aplacar el ansia, pero esa ansia no hizo más que crecer de modo que la joven la sintió presionando contra su vientre. Se apartó de golpe, avergonzada.

—Lo siento —dijo él rápidamente—, no quería violentarte. Discúlpame.

—No está bien... —dijo ella.

—No volverá a pasar —dijo Norwell mirándola mortificado.

Caroline sonrió.

—¿Te ha gustado mi beso? —preguntó él.

—Sí —dijo ella recordando su promesa.

—Podría estar besándote la noche entera —dijo él acercándose de nuevo, pero sin tocarla.

—¿Y te conformarías solo con eso? —preguntó ella.

Él negó con la cabeza recordando también su promesa.

—Si alguna vez puedo besarte durante toda una noche será para hacerte mía, Caroline Wilkie. Eso también es una promesa.

—¿Ya has pedido su mano? —preguntó Darrel furioso mirando a su hijo con los ojos enrojecidos por el alcohol.

—Si lo hago no permitiré que se aproveche de ello —dijo Norwell enfrentándose por fin a su padre—. Hablaré claramente con lord Cornforth nuestra situación, le explicaré que solo puedo contar con lo poco que yo tengo...

—¿Lo poco que tienes? ¡Lo poco que tienes! —Darrel se echó a reír a carcajadas—. ¡Dile más bien que estás en la ruina!

Norwell empalideció.

—No tienes ni idea —dijo el hombre con el rostro desencajado por la ansiedad—. El banco se lo va a quedar todo. ¡Todo! Incluidas tus exiguas pertenencias.

—No puede ser —musitó Norwell.

—Claro que puede ser —Darrel se dejó caer en el sillón sin fuerzas—. Si le cuentas la verdad el padre de la bastarda no dejará que se case contigo. Y en cuanto

todo el mundo sepa la situación en la que estamos se apartarán de nosotros como de apestados.

—¡No puede ser! —exclamó Norwell de nuevo.

Darrel Symmons buscó a su alrededor tratando de ver dónde había dejado la botella. La había encontrado escondida entre los libros y para su desgracia era la última que le quedaba.

—¿No recuerdas que me diste plenos poderes sobre tus activos? —preguntó mirando a su hijo.

—Dios mío —susurró Norwell completamente pálido. La furia inundaba su pecho a oleadas—. Tengo que salir de aquí antes de...

—¿Antes de qué? —Lo enfrentó su padre con mirada pendenciera—. ¿Te crees que podrías conmigo? No me pongas a prueba si no quieres que te rompa esa bonita cara que tienes.

Norwell lo miró impotente.

—¿Cómo ha podido hacerlo? ¡Ha robado a su propio hijo!

—Te di la vida, no hay nada más valioso que eso —lo dijo con desprecio.

—¡Era la herencia de mi madre! —gritó Norwell. La furia lo estaba venciendo.

—Tuve que aguantar a tu madre durante años —dijo Darrel con una mirada perversa—. No sabes lo duro que fue para mí tener que meterme en su cama para engendrarte. Estoy seguro de que por eso naciste lisiado, por los esfuerzos que tenía que hacer para poder cumplir como un hombre con ella.

Su hijo lo agarró de la pechera y levantó el puño para golpearlo, pero el padre reaccionó con rapidez y le propinó un golpe en el riñón que hizo que se doblara. Antes de que se recuperase le dio otro puñetazo en el estómago y después lo empujó haciendo que cayera al suelo.

—Lárgate de aquí antes de que te haga daño —dijo mirándolo con desprecio—. A los mequetrefes como tú me los zampo yo para desayunar.

Norwell lo miró con odio. Lo había intentado, pero no podía levantar su mano contra él. A pesar de todo era su padre. Para cruzar esa línea tendría que dejar de ser la persona que era y para esa traición no estaba preparado. Corrió hacia la puerta del despacho y salió de la casa como alma que lleva el diablo.

Perkins, el mayordomo, entró en la biblioteca a buscarla.

—Señorita Wilkie, un muchacho ha traído esta nota para usted.

Caroline cogió el sobre y sacó el papel que contenía.

*Señorita Wilkie,*

*Me veo en la obligación de hablar con usted como padre que soy. Hay algo urgente que debo comunicarle, pero es algo tan grave que no puede decirse por carta. Lo que debo contarle atañe a la vida de mi hijo y espero que comprenda que nadie más que usted debe saberlo, por su seguridad. La espero esta tarde a la hora del té. Confío en su discreción, guarde esta nota para que nadie pueda leerla y tráigala*

*cuando venga a verme para que pueda destruirla. Si el peligro que acecha a mi hijo llegase a oídos de alguien que quisiera hacerle daño...*

*Si no acude a mi llamada entenderé que no piensa ayudar a Norwell y no la molestaré más.*

*Atentamente,*

*Darrel Symmons*

Caroline tocó la campanilla de la puerta y esperó. La puerta se abrió y el padre de Norwell apareció al otro lado.

—Ha venido —dijo muy serio y con aspecto preocupado—. Por favor, entre.

Caroline se volvió hacia Penélope, que la esperaba dentro del carruaje, y después entró en la casa y se apartó para que Darrel Symmons cerrase la puerta. La casa estaba silenciosa y Caroline tuvo un instante de duda cuando el padre de Norwell le indicó que lo siguiera.

—¿La ha traído? —preguntó refiriéndose a la nota.

Caroline asintió y abrió la mano para que viese que la llevaba en ella.

—No podemos hablar aquí —dijo Darrel con un gesto de impotencia—. Cuando oiga lo que tengo que decirle comprenderá lo grave de la situación de mi hijo. Vayamos al salón, por favor, lo tengo todo preparado.

Caroline lo siguió. Atravesaron el *hall* y el señor Symmons abrió una puerta y le indicó que entrase delante.

—Mi hijo no tardará en volver —dijo cerrando la puerta detrás de él—. Debemos darnos prisa.

Caroline no se dio cuenta de lo que ocurría hasta que notó que le cubrían la boca con un trapo. Trató de zafarse de aquello que no la dejaba respirar, pero los ojos se le cerraban, las rodillas se le doblaron...

Abrió los ojos, parpadeó lentamente y volvió a cerrarlos. Sentía como si la hubiesen sumergido en un líquido espeso y caliente, su piel se estremecía y no podía ver dónde estaba. Había fuego entre sus piernas, un hierro candente la atravesaba, empujándola contra el borde de un precipicio. Ella movía los brazos sin conseguir aferrarse a nada mientras gritaba con un atronador silencio.

Darrel Symmons aceleró sus movimientos al darse cuenta de que el cloroformo que había utilizado para reducirla empezaba a diluirse. La joven levantó los brazos para tratar de apartarlo de ella, pero cayeron a ambos lados de su cuerpo como si fueran de trapo. Caroline sentía el cerebro embotado y no tenía el control de sus movimientos, pero volvió a intentar alejarlo poniendo las manos en su pecho sin conseguir ejercer la más mínima presión sobre él. Trató de gritar, pero su lengua estaba paralizada y tan solo pudo emitir un sonido gutural sin volumen, un gemido suplicante que no lo conmovió. El hombre siguió moviéndose, dentro de ella, de un modo salvaje.

—Te pareces mucho a tu madre —dijo Darrel cogiéndole la cara para que no apartase la mirada de sus ojos.

Caroline lo intentó de nuevo, forzó a su garganta a emitir un grito de auxilio, pero antes de que lo consiguiera, Symmons le tapó la boca con una de sus manos.

—Amelia era una mujer encantadora —siguió diciendo—. Pero tú tienes algún detalle significativamente superior...

Colocó la otra mano sobre uno de sus pechos y lo amasó sin miramiento.

—Mmmm —gimió cerrando los ojos—, ojalá hubiese tenido más tiempo para disfrutar de todo esto.

Los ojos de Caroline buscaban desesperadamente una escapatoria, miraban a un lado y a otro mientras las lágrimas caían a borbotones.

—Nadie va a venir a salvarte —dijo Darrel apretando su boca para inmovilizarla—. Además ya es demasiado tarde...

El padre de Norwell se vio arrastrado por la lujuria más mezquina y denigrante, que permite a un ser humano disfrutar del sufrimiento de otro. Caroline estaba recobrando el control de su cuerpo y se revolvió tratando de librarse de él sin saber que sus movimientos incentivaban su deseo. Sus ojos anegados en lágrimas y la súplica en su mirada no hacían más que embravecerlo, de manera que sus embestidas se aceleraron hasta llegar a la culminación de aquella ignominia.

Cuando terminó se dejó caer a su lado y Caroline se arrastró apartándose de él entre sollozos desesperados. El horror que había en su mirada habría conmovido a cualquiera que tuviese corazón.

—Será mejor que te arregles antes de que mi hijo entre por esa puerta —dijo Darrel poniéndose de pie y colocándose la ropa—. No querrás que te encuentre así, medio desnuda.

Caroline se puso de pie tambaleante tratando de asimilar aquella pesadilla en la que parecía estar despierta. Se cubrió los pechos colocándose el vestido con manos torpes, no podía coordinar sus movimientos y los pensamientos que atropellaban su cerebro. Trataba en vano de encontrar un resquicio por el que escapar de aquel horror.

—Piensa bien lo que vas a hacer antes de ponerte a gritar como una loca —dijo Darrel leyéndole el pensamiento—. Si tu criada descubre lo que ha pasado aquí ya no habrá marcha atrás para ti.

Caroline lo miró como si no comprendiese el idioma en el que hablaba.

—Tranquila, pequeña —dijo Darrel acercándose a ella y mirándola con condescendencia—. Soy un caballero y voy a casarme contigo.

Caroline se inclinó ligeramente hacia delante y vomitó sobre él.

—Pero ¿qué has hecho, estúpida? —gritó apartándose de ella con cara de asco—. ¡Qué asco, por Dios!

Caroline se apoyó en el respaldo de un sillón sin parar de gemir y sollozar mientras su estómago seguía saltando entre sus costillas.

—Te ofrezco una salida honrosa a esta situación —dijo su agresor—. Ya estás usada y ningún hombre se casará contigo cuando se sepa. Pero yo estoy dispuesto a convertirte en una mujer decente.

Caroline vomitó de nuevo sobre la alfombra. La cabeza le daba vueltas y los muebles bailaban una danza macabra frente a ella.

—Claro que también puedes callarte y no decir nada —siguió diciendo Darrel Symmons—, solo nosotros sabremos lo que ha pasado aquí, y si eres capaz de engañar a algún estúpido que se case contigo creyendo que aún eres virgen, yo no diré nada...

—Voy a decirles a todos lo que ha hecho —dijo ella recuperando la voz—. Cuando lord Cornforth sepa...

—¿Piensas que alguien creará una palabra de lo que digas? —la cortó—. Diré que me sedujiste, que aprovechaste que nos quedamos a solas para entregarte a mí. Todos dirán que soy un hombre débil, incapaz de resistirse a tus encantos. Eso será de lo único que me acusarán. Tengo una posición elevada, en cambio tú... Tan solo eres la hija de una perdida.

Aquella última frase le provocó a Caroline una rabia feroz, una angustia inhumana. Si hubiese tenido una espada a mano le hubiese atravesado el pecho sin remordimientos.

—Está en tu mano tener una vida decente —dijo Darrel mirándola con fijeza—. Estoy dispuesto a conseguir para ti lo que tu madre nunca tuvo.

—Jamás —dijo Caroline entre dientes.

—¿Estás segura? —Darrel Symmons la miró entrecerrando los ojos.

—Jamás me casaré con usted —dijo ella con firmeza, pero sin soltarse del respaldo por temor a caer al suelo.

Darrel levantó una ceja con menosprecio.

—Entonces prepárate para ser considerada poco menos que una ramera.

—Todos sabrán la clase de monstruo que es —dijo mirándolo con aquella llama refulgiendo en sus pupilas—. Pero sepa que preferiría la muerte antes que casarme con usted. Un hombre capaz de hacer algo así a una mujer no merece más que desprecio. Ha usado mi cuerpo, pero jamás tendrá mi voluntad.

Por primera vez Darrel creyó que hablaba en serio y se mostró furioso.

—¿Y para qué quiero yo tu voluntad? —dijo poniéndose la mano en la entrepierna—. ¿Crees que esto quiere follarse tu voluntad? Me importa una mierda que te cases conmigo. Lo único que quería era lo que he conseguido. ¡Vete de aquí, zorra!

—Cuando su hijo sepa lo que ha hecho...

Darrel Symmons la agarró del brazo y la sacó a rastras del salón empujándola hacia la puerta de la calle.

—¡Largo de aquí, he dicho!

Caroline levantó la barbilla y salió fuera, con el corazón hecho pedazos. Penny bajó corriendo del carruaje al verla y llegó a sostenerla antes de que se desplomase sobre la acera.

## Capítulo 9

—No consigo que hable —dijo la condesa entrando en el salón en el que esperaba su esposo—, no dice una palabra.

—¿Qué crees que le ha podido pasar? —preguntó el hombre preocupado.

Su esposa lo miró con severidad.

—Solo ella puede responder a eso. He interrogado a Penélope, pero no sabe nada, estaba fuera de la casa esperando en el coche. Es una insensata, una insensata...

Lord Cornforth se llevó una mano a la cabeza, preocupado.

—He mandado que vayan a buscar a Meredith —dijo—. Ella conseguirá hacerla hablar.

Su hermana corrió hacia las escaleras que llevaban al primer piso sin detenerse hasta que entró en la habitación de su hermana. Cuando Caroline oyó abrirse la puerta no se inmutó, siguió en la misma postura en la que llevaba desde que la metieron en la cama.

—Caroline —susurró Meredith y al no obtener respuesta se acercó y se sentó con cuidado en la cama—. Estoy aquí, no estás sola.

Caroline se volvió despacio a mirar a Meredith, que al ver la expresión de sus ojos sintió que se le encogía el corazón. Durante una hora no pudo emitir ni una sola palabra, tan solo las lágrimas hablaban por ella. Sus sollozos conmovieron a Meredith, que lloró con ella sin saber aún el motivo, pero sintiendo una pena tan honda que se le partía el alma. No podía consolarla más que diciéndole cuánto la quería, pero no tenía aún el conocimiento de cuál era su dolor y por tanto no podía decir nada que lo aliviase.

Después de que se secaron todas sus lágrimas aún tardó mucho rato en poder emitir ninguna palabra porque todas las que le venían a la boca eran tan espeluznantes que temía que, si las pronunciaba, la matarían.

Meredith tuvo infinita paciencia, era como si supiese que después de aquella conversación nada volvería a ser lo mismo para su hermana. Acarició sus rizos tumbada en la cama con Caroline apoyada en su pecho, como solía hacer cuando aún vivía en Landrock Hoo. Su hermana escuchaba los latidos de su corazón y ese sonido le devolvió la calma a su espíritu. Entonces empezó a contar lo que había sucedido. Despacio, sin entrar en detalles, pero mostrando con cada palabra el horror que había vivido, la angustia y la impotencia a la que la habían sometido los actos de Darrel Symmons.

Meredith cogió sus manos mientras escuchaba. Sus lágrimas se volvieron amargas y ante ella se desplegó un innumerable collage de imágenes ingratas, y en todas ellas su hermana sufría las consecuencias de aquel vil acto. Darrel Symmons no

solo le había robado un momento mágico y único que no le pertenecía, no solo la había privado de tener un matrimonio feliz, también le había robado la inocencia y la bondad innata que la caracterizaban y que la hacían ser una persona tan especial.

Dejó a su hermana más tranquila y bajó al salón para hablar con sus padres. Les explicó con todo detalle lo que Caroline le había contado y les pidió que hiciesen todo lo que pudieran para ayudarla. Suplicó a su madre que no la abandonase, que estuviese a su lado como una madre. Y a su padre que la defendiese y que hiciese pagar a aquel hombre despreciable por lo que había hecho. Después salió de la casa y subió a su carruaje y, con el corazón constreñido y un dolor intenso en el pecho, volvió a su hogar con su esposo.

Meredith miraba a su tía Erwina con los ojos llenos de lágrimas, sin poder dar crédito a lo que oía.

—Sé que suena cruel, pero es lo que debes hacer, y tú como su marido deberás obligarla a ello.

—Pero ¿cómo puede ser tan insensible? —gritó su sobrina sin poder contenerse—. ¿Es que no ha escuchado lo que le he contado? ¡Ese hombre la ultrajó!

—¿Y qué importancia tiene eso para lo que te estoy diciendo? —dijo la anciana sin el más mínimo resquicio de compasión—. Para el caso es lo mismo. El honor de Caroline ha sido mancillado y con sus antecedentes resulta mucho menos probable que la crean. Tú no puedes tener ninguna relación con ella si no es que quieres verte salpicada por el escándalo. Un escándalo que empañará la reputación de tu hija, si es una niña.

—De ninguna manera —dijo Alston mirando a su esposa con determinación.

—Pero ella es una víctima —dijo Meredith mirando a su esposo con la súplica en los ojos—. Tendrías que haberla visto, está muerta de dolor...

—Te repito que eso no tiene ninguna importancia —dijo la tía Erwina—. No debió ponerse en riesgo, fue a casa de ese hombre, se quedó con él a solas... ¿Qué creía que podía pasar?

Su sobrina la miró horrorizada y su esposo también.

—No creo que eso sea correcto, señorita Livermore —dijo Alston—. Ningún caballero que se precie de serlo atacaría a una mujer por el mero hecho de que las circunstancias...

—Suponiendo que la atacara —le cortó la anciana sin remordimiento.

Meredith estaba a punto de hacer una cosa impropia de ella. Nunca en su vida había faltado al respeto a nadie y mucho menos a una mujer de edad que, además, era su tía. Pero sentía una pena tan honda por lo que le había pasado a su hermana que escuchar aquellas palabras tan injustas le estaba nublando la razón.

—Escuchadme bien los dos —dijo Erwina perdiendo la paciencia—. Vosotros veréis lo que hacéis, pero estáis esperando una criatura y todo lo que hagáis ahora

marcará su futuro. Sea inocente o culpable, Caroline ha perdido la única oportunidad que tenía de recuperar su sitio en la sociedad. Debió ser mucho más cuidadosa, escrupulosa incluso, sabiendo de dónde venía. Ella se lo buscó relacionándose con esa familia. Yo se lo advertí y no me hizo caso. Ella va a pagar las consecuencias y eso no va a poder evitarlo nadie, querida. Vosotros debéis decidir si queréis que os arrastre con ella por el lodo. A vosotros y a vuestra hija.

La anciana se levantó de la butaca en la que se había sentado y salió del salón sin esperar respuesta.

Meredith se volvió a su marido.

—No me lo pidas —suplicó con los ojos anegados en lágrimas—, es mi hermana y me necesita.

—Debo hacerlo, querida. —Alston la cogió de las manos sin apartar la mirada de sus ojos—. Por el bien de nuestra familia debes apartarte de ella. Estoy seguro de que Caroline lo comprenderá. Ella es buena...

—¡Claro que es buena! —sollozó Meredith—. ¡Ella jamás me abandonaría!

—Pero tienes un compromiso conmigo, con mi familia y con nuestro hijo —dijo Alston poniéndose serio—. Y con gran pesar, te ordeno que te apartes de ella hasta que todo esto pase. Se casará con Symmons, tú padre así me lo ha asegurado, y volverá a ser una persona decente.

—¿Hablas de ella o de él? —preguntó Meredith y soltándose de sus manos con brusquedad salió del salón.

Caroline tardó dos semanas en salir de su cuarto. Apenas comía y su mirada se había cubierto de un velo triste y blanquecino.

—Debes casarte con él. —Lord Cornforth se paseaba frente a su hija con las manos enlazadas en la espalda y la preocupación en el semblante—. Darrel Symmons quiere arreglar su mal comportamiento...

—¿Mal comportamiento? —preguntó Caroline sin dar crédito a lo que escuchaba—. ¿A lo que me hizo le llama usted mal comportamiento? ¡Me violó!

—¡Caroline! —Su padre se detuvo frente a ella y la miró severo—. ¡Una muchacha decente no utiliza esa clase de lenguaje!

La joven miró a la condesa buscando su apoyo, pero la mujer movía la cabeza reprobadoramente.

—Una señorita no dice esas cosas, Caroline. Lo que ha ocurrido es terrible, ciertamente, pero el señor Symmons está dispuesto a solventarlo casándose contigo.

Caroline los miraba a ambos sin poder asimilar la información que recibía.

—No voy a casarme con un hombre que es capaz de hacer lo que él me hizo —dijo con la mirada desquiciada—. ¡Me drogó! ¡Abusó de mí mientras...!

—¡Basta! —gritó lord Cornforth.

—¿Es que no me creen? —preguntó Caroline con los ojos llenos de lágrimas—. ¿Es eso? ¿Creen que miento?

Su padre la miró y por primera vez pudo verse en sus ojos el dolor que todo aquello le producía.

—Sí te creemos —dijo muy serio—. Eres tú la que no entiende lo que ocurre, lo que ocurrirá si no actuamos con tino.

—¿Qué puede ocurrir que sea peor que esto? —dijo Caroline sin poder contener las lágrimas.

—Muchas cosas y todas horribles —dijo la condesa—. Si esto se sabe y no te casas con él quedarás marcada, no importará nada que lo haya hecho contra tu voluntad. ¡A nadie le importará! A él lo despreciarán, sí, y lo echarán de los círculos más selectos durante un tiempo, pero después volverán a admitirlo. ¿Y qué pasará contigo? A ti nadie te readmitirá. ¡Serás una apestada!

La condesa parecía muy enfadada y Caroline no podía discernir si su enfado era con ella o con su agresor.

—Te señalarán con el dedo, los jóvenes pensarán en ti de otro modo. Nadie te invitará a más fiestas, ni te dejarán hablar con sus hijas. ¿Es que no lo comprendes, Caroline? —La condesa la miraba con intensidad—. Y eso si no es que estás...

Caroline la miró interrogadora, pero a la condesa parecía costarle mucho terminar aquella frase.

—¿Qué? —exigió la joven sintiendo que el terror subía por su cuello como una garra a punto de estrangularla.

—Podrías estar embarazada —susurró lady Cornforth.

Caroline se llevó la mano a la boca para ahogar un grito de horror.

—¿Es eso posible? —preguntó angustiada.

—Claro que es posible, aunque sea poco probable —dijo la condesa—. ¿Lo entiendes ahora? No podemos quedarnos esperando. Tu honra ha sido mancillada y contra eso ya nada podemos hacer. Tan solo dejar que repare el daño que ha hecho.

—¿Cómo es posible? —dijo ella horrorizada—. ¿Cómo es posible que pueda hacer algo así y salir impune? ¿Es que nadie va a defenderme? ¿Por qué me tratan como si no valiese nada? Es porque soy yo, ¿verdad? Si hubiese sido Meredith...

—¡Calla! —exclamó la condesa—. ¡No te atrevas a decirlo!

Lord Cornforth miró a la joven sintiendo un pellizco en el corazón. Sentía una rabia y un desprecio enorme por aquel ser vil y despreciable al que una vez llamó amigo. Pero ¿qué podía hacer?

Caroline, que seguía sin comer, tampoco dormía apenas y su cuerpo se iba consumiendo a ojos de todos. Aun así se mantuvo firme y resuelta en su decisión y rechazó una y otra vez la proposición de Darrel Symmson.

No volvió a abrirle su corazón a nadie. Meredith, su hermana, no había vuelto a visitarla y aunque le escribía todos los días palabras reconfortantes Caroline comprendió que se mantenía en una prudencial distancia a la espera de los acontecimientos.

No la culpaba, era una mujer casada con un hombre influyente. Además estaba embarazada y ahora debía pensar en el futuro de su criatura. Pero saber todo eso no mitigaba en nada el dolor que Caroline sentía al pensar en ella. La echaba de menos. La necesitaba muchísimo.

Su padre fue comprensivo al principio, trató de tener paciencia y esperar a que el dolor fuese desapareciendo para dejar lugar a la conveniencia. La condesa trató de mantenerse al margen, ahora se hacía más evidente que nunca que Caroline no era su hija.

A pesar de que nadie tenía por qué saber nada, un espeso vacío se fue extendiendo a su alrededor. Dorinda dejó de visitarla y ya nadie la invitaba a ninguna fiesta. Pero la ausencia más dolorosa, la que había abierto una herida en su espíritu, era la de Norwell.

Caroline paseaba por los jardines de Landrock Hoo sintiéndose la mujer más sola del mundo. Por primera vez fue consciente de que no había ningún ser humano sobre la tierra a quien pudiese considerar suyo. Los primeros días temió y ansió al mismo tiempo la visita del Hidalgo Caballero. Esperó verlo aparecer montado sobre su caballo, con aquella expresión de firmeza que mostraba siempre en su rostro y la incisiva mirada de sus ojos verdes.

Pero ahora ya sabía que no aparecería.

No había nadie.

## Capítulo 10

—Hay que tomar una decisión —dijo la condesa a su esposo—. No podemos esperar más. Es demasiado arriesgado.

—Lo sé —dijo lord Cornforth—. Pero no podemos obligarla a casarse con él. No después de lo que le hizo.

—¿Y qué propones? —preguntó su esposa—. ¿Vas a dejar que todo el mundo la repudie? Ya ha empezado y lo sabes.

Lord Cornforth resopló sin poder disimular la tensión. Claro que lo sabía. El sábado siguiente era la fiesta de primavera de los abedules en la mansión de los Braham, una celebración que se había producido cada año desde que él era un niño. Todo el mundo había recibido su invitación menos ellos y estaba claro cuál era el motivo.

—No permitiré que los actos de esa niña nos conviertan en unos apestados —dijo la condesa muy seria—. No quiero que pienses que no sufro por ella, he llegado a quererla a mi pesar. Pero su cabezonería no tiene sentido ninguno. Ya no hay nada que hacer, el daño está hecho y todo ha sido por su culpa. No debió ir sola a su casa.

—Hablas igual que mi tía —dijo su esposo con tristeza.

Lord Cornforth se acercó a la ventana y miró hacia el jardín, había visto la delgada y solitaria figura de su hija que caminaba entre los árboles. De pronto se acordó de Amelia y una cálida y triste sensación envolvió su corazón. Cuando la conoció era igual que ella, aunque Caroline tenía un brillo en su mirada que no había visto nunca en los ojos de su madre. Un brillo que conocía bien porque lo había visto muchas veces al mirarse al espejo. Cuando todavía tenía capacidad de sorprenderse y creía en la magia y en el amor.

Caroline se sentó frente a la mesa del despacho de su padre, que la miraba con severidad, con las manos entrelazadas sobre su estómago.

—Ha llegado el momento de tomar una decisión —dijo lord Cornforth—. De lo que digamos aquí dependerá tu futuro.

Caroline tenía una expresión serena, su espalda erguida se mantenía a unos centímetros del respaldo de la silla y sus manos estaban entrelazadas sobre su regazo.

—Darrel Symmson ha venido esta mañana —empezó su padre—, me ha explicado su situación. Ha reconocido tener un serio problema con la bebida y me ha asegurado que ya le ha puesto remedio. Ha jurado que no volverá a beber y creo que era sincero.

Andrew Cornforth miró a su hija tratando de evaluar qué efecto estaban teniendo sus palabras, pero la joven no movió un músculo.

—Está dispuesto a casarse contigo, a pesar de que eso le supondrá un serio problema con su hijo, con el que parece que ha dejado de tener relación.

Cornforth detectó un ligero temblor en su mirada y pensó que por fin estaba rompiendo la capa de hielo que la cubría.

—Ha jurado que será el mejor esposo y que te resarcirá por el daño que te ha causado —siguió diciendo al tiempo que se incorporaba apoyando las manos sobre la mesa—. Creo que, a pesar de todo, es posible que podamos conseguir una buena situación para ti.

Caroline miraba a su padre como si lo viese por primera vez.

—¿Puedo preguntarle algo? —dijo sin variar su postura.

Lord Cornforth asintió con la cabeza.

—¿Alguna vez amó a mi madre?

Andrew Cornforth empalideció por completo. No esperaba una pregunta como aquella, no estaba preparado para responderla.

—Sé que mi madre lo amó —dijo ella con tristeza—. No me lo dijo, pero lo sé. Su vida fue una profunda y sincera declaración de amor hacia usted. Pero necesito saber si usted la amó alguna vez. Si sintió un sincero aprecio por ella, si le preocupó su bienestar y su felicidad aunque tan solo fuese un instante.

Lord Cornforth sintió una oleada de emociones y sentimientos que no esperaba. Fue como si de repente el hombre que fue se plantase frente a él y lo mirase con desprecio. Sin darse cuenta, sin que su boca emitiese el más mínimo sonido, asintió con la cabeza.

Caroline sonrió, relajó sus hombros y separó sus manos.

—Voy a hacer mi equipaje —dijo poniéndose de pie—. Volveré a mi casa de Winpenham y viviré allí hasta que muera. No quiero que por mi culpa se vea apartado de la vida que eligió y por la que renunció a mi madre. Eso resultaría demasiado irónico, ¿no cree?

—De ninguna manera vas a volver allí —dijo lord Cornforth muy serio.

—Tengo que decirle que ya soy mayor de edad y a ojos de la Ley usted no es nada mío, así que no tiene ningún poder sobre mi persona —dijo Caroline decidida—. Le agradezco todo lo que ha hecho por mí estos años y no le culpo de mi desgracia. Tan solo le reprocho que se encuentre a gusto en una sociedad que es capaz de apoyar al agresor y sacrificar a su víctima.

Andrew Cornforth apretó los puños con rabia, aunque no podía negar que aquella rabia no iba dirigida a aquella joven que estaba mostrando una fortaleza asombrosa.

—No permitiré que vivas en la miseria —dijo—. Se lo juré a tu madre en su lecho de muerte y no faltaré a mi palabra. Si tu deseo es seguir sus pasos y retirarte a aquella pequeña casa, yo me encargaré de que tengas una pensión vitalicia para que no pases penurias económicas. Y te llevarás a Penélope contigo.

Caroline asintió lentamente.

—Hija —la llamó su padre haciendo que se volviese antes de salir del despacho—. Quise mucho a tu madre. Muchísimo.

Caroline sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas, pero su corazón rebotaba de satisfacción mientras recorría el pasillo hasta las escaleras que subían hasta su habitación.

Lord Cornforth se sentó y cogió un papel de carta que colocó sobre el escritorio. Durante unos segundos pensó en lo que iba a escribir. Sentía que le hervía la sangre en las venas, pero sabía que no podía dar rienda suelta a esas viles emociones sin manchar su buen nombre y el de su hija.

Tendría que optar por el comedimiento y las frases ambiguas, sabiendo que su interlocutor podría leer entre líneas todo lo que no podía decir literalmente. Colocó la pluma sobre el papel y comenzó a escribir.

*Estimado señor Symmson,*

*Sirva la presente para responder de manera respetuosa a la pregunta que tuvo a bien hacerme hace unos días en esta misma habitación en la que me hallo, después de relatarme su situación con pormenorizados datos.*

*He mantenido una conversación extensa y profunda con la persona a la que usted hizo alusión en esa ocasión que antes he mencionado, y debo dar cumplida respuesta a sus requerimientos arrojándome la función de intermediario.*

*La respuesta de dicha joven no ha podido ser más contundente y negativa. Y debo decirle que ni la amistad que un día nos unió, ni el recuerdo de vivencias pasadas han podido superar los presentes acontecimientos, restándome la obligación de ejercer una favorable presión con respecto a su solicitud.*

*Espero que tanto usted como su hijo puedan soportar la ignominiosa y terrible situación a la que sus actos los han abocado, y sin más me despido con el ánimo de alguien que una vez fue, pero jamás ha de volver a ser.*

*Lord Andrew Cornforth, conde de Southbourg.*

Norwell sostenía la carta ante sus ojos como si no diera crédito a lo que leía.

—¡Ahí lo tienes! —exclamó su padre señalándolo con el dedo—. Eso es lo que piensan de nosotros.

El joven lo miró con ira.

—¿Ves como te dije la verdad? —Lo encaró Darrel—. No quiere saber nada de ti. En cuanto les expliqué nuestra situación...

—¿Por qué lo hizo? —preguntó Norwell entrecerrando los ojos—. ¿Por qué mostró sus cartas cuando me había prohibido hacerlo a mí?

—Cuando me dijiste que habías ido a visitar a Caroline y no te habían dejado entrar supuse que habían descubierto algo. —Darrel recitó el discurso que llevaba días ensayando—. Cuando hablé con el conde me confesó que había escuchado rumores sobre nosotros y pensé que lo mejor era ir de frente. Al fin y al cabo tú no querías engañarla.

Norwell volvió a mirar la carta y esta vez todas las palabras cobraron sentido para él. «La respuesta de dicha joven no ha podido ser más contundente y negativa». Aquella frase se repitió en su cerebro una y otra vez en la voz de Caroline. Cerró los ojos sintiendo un dolor seco en el pecho.

—Le dije que tú la amabas y que querías casarte con ella, pero que no querías engañarla en cuanto a nuestra situación económica —dijo Darrel viendo que sus mentiras iban transformándose en verdad al entrar en el cerebro de su hijo—. Me dio su palabra de que hablaría con su protegida, así la llamó: protegida. Y esta es su respuesta.

El desprecio en la voz de su padre lo obligó a volver la cabeza para mirarlo.

—¿Y le sorprende? —preguntó su hijo—. Nos ha dejado en la ruina. ¿Qué podía yo ofrecerle a Caroline aparte de deudas?

Darrel Symmons se encogió de hombros.

—Nuestra suerte puede cambiar —dijo con una páfida sonrisa—. Quizá pueda encontrar una viuda desesperada que necesite un hombre que le caliente la cama.

—¿Estás decidida? —La condesa la miraba reprobadoramente—. Aún estás a tiempo de cambiar de opinión.

Caroline se acercó a ella y la besó en la mejilla con sincero afecto.

—Gracias por su hospitalidad y por estos maravillosos años. Despidame de Jonathan cuando venga en su próximo permiso. Dígale que comprendo perfectamente que no vaya a visitarme, y que jamás lo olvidaré.

La condesa apretó los labios y respiró hondo para contener las lágrimas.

—Siento que Meredith esté indispuesta —dijo su madre—, estoy segura de que se queda muy triste por no poder decirte adiós.

Se acercó a su padre.

—Desde que lo conozco jamás le he pedido nada —dijo mirándolo a los ojos.

Lord Cornforth asintió dándole a entender que tenía su permiso.

—Si llega alguna carta para mí hágamela llegar a Winpenham —dijo con firmeza—. Sea de quien sea, sin excepciones.

El conde cogió sus manos y las besó con cariño en un gesto que incomodó a la condesa.

—Te doy mi palabra —dijo después de soltarla.

Caroline subió al carruaje que la llevaría hasta la casa que fue de su abuelo. Tan solo eran cuarenta kilómetros, pero para ella era como si se marchase a otro continente. Sabía que no iba a volver a verlos nunca y los había llegado a considerar casi una familia. Antes de que el cochero cerrase la portezuela le dijo algo en voz baja a lo que él asintió. Después subió al pescante y se pusieron en marcha.

Recorrieron los tres kilómetros que separaban la casa de los Cornforth de la de los Bourne. Meredith le había escrito una escueta nota y Caroline estaba segura de que aquellas pequeñas manchas de tinta las habían provocado las lágrimas que, a buen

seguro, había derramado al escribirla. No podía marcharse sin ver a Meredith una vez más.

Sin bajar del carruaje esperó a que Penélope fuese hasta la casa y avisase a la señora de que su hermana la esperaba fuera. Cuando Caroline vio a Meredith bajó del coche y se acercó a media distancia. La hija de la condesa estaba demacrada y pálida y unas profundas ojeras violáceas adornaban sus ojos.

—Siento no haber podido ir a despedirte —dijo con voz temblorosa.

Caroline la cogió de las manos y la obligó a mirarla a los ojos.

—Meredith, probablemente no volvamos a vernos nunca —dijo con ternura—, ahora estamos solas, no hace falta fingir.

Los ojos de Meredith se llenaron de lágrimas y se abrazó a ella rompiendo en sollozos.

—Perdóname, Caroline, perdóname —suplicó apretándola fuerte entre sus brazos.

—No tengo nada que perdonarte —le dijo su hermana con ternura mientras le daba pequeños golpecitos en la espalda—. Sé que me quieres, me lo has demostrado lo suficiente como para que lo sepa el resto de mi vida.

Meredith se apartó para mirarla a los ojos.

—¿Cómo puedes ser así? ¿Cómo puedes no sentir rencor después de como me he portado? ¿De como te hemos tratado todos? —preguntó incrédula—. He sido una cobarde, pero no sabes cómo se puso Alston. Me prohibió terminantemente que volviese a verte hasta que aceptaras casarte con Symmons.

—Está bien, no te aflijas —dijo Caroline tratando de sonreír.

—No, no está bien. Debí enfrentarme a él —dijo su hermana—, pero el niño...

Se tocó la barriga que apenas había empezado a mostrarse.

—Él es lo más importante ahora —dijo Caroline—. Yo estaré bien. Vuelvo a casa.

—No digas eso —sollozó Meredith—, me parte el corazón oírte decir eso. Aquella ya no es tu casa...

Su hermana sonrió divertida.

—Siempre te gustó el drama —dijo—. Tus historias siempre tenían una heroína que acababa sola y abandonada, pero firme en sus creencias.

Meredith la miró a los ojos.

—Tú eres mi heroína, Caroline. Ojalá fuese tan fuerte como lo eres tú —dijo.

Las dos jóvenes se abrazaron y Caroline volvió al carruaje. Cuando cerró la puerta se asomó a la ventanilla para ver a su hermana por última vez. Meredith no se movió, sentía sus pies clavados en la tierra. Se colocó las manos en la barriga para darse algo que sirviese para soportar la pérdida. Cuando el coche se puso en marcha levantó una mano y le lanzó un beso.

—Buen viaje, querida Caroline, siempre te llevaré en mi corazón —susurró.

Caroline terminó de colocar las sillas en su sitio mientras Penélope limpiaba el cuarto.

—Penélope, ven —la llamó—, vamos a comer algo y a descansar. Si no me siento pronto no podré doblar las rodillas.

La criada sonrió.

—No está usted acostumbrada —dijo.

—Penélope, ¿estás contenta de haber venido a vivir conmigo? —preguntó Caroline acercándose a la joven y cogiéndola de las manos—. Me temo que no te han dado muchas opciones.

La doncella asintió.

—Sí, señorita. Lord Cornforth me preguntó y no dudé en aceptar —dijo bajando la mirada—. No debí dejarla sola...

—No hablemos de eso —la cortó Caroline soltando sus manos.

—Lo siento —se disculpó rápidamente—. He traído una cesta con comida.

Caroline asintió.

—Bien, pues pongamos la mesa y comamos —dijo con una sonrisa serena—. Necesitamos reponer fuerzas.

A pesar de las reticencias de Penélope al final tuvo que aceptar sentarse a la mesa con ella. Comieron en la cocina y después de diez minutos ya charlaban como dos viejas amigas.

—Mis padres son de Accrington, en Lancashire. Mi padre y mis hermanos han trabajado siempre en la mina y yo me marché porque no quería ser la mujer de un minero —le explicó Penélope—. Mi tía Twyla hace muchos años que trabaja para la condesa y me dijo que había un puesto de criada en la casa y que hablaría por mí si yo quería. No me lo pensé dos veces.

Caroline se llevó un pedazo de pan a la boca mientras miraba a Penélope con atención.

—Es muy dura la vida de los mineros —dijo pensativa—, y la de sus mujeres.

—Muy dura —confirmó Penélope—, se pasan el día trabajando bajo tierra y cuando salen están tan cansados que tan solo quieren beber y dormir. Por suerte mi padre es un buen hombre y no pegaba a mi madre. Pero sí es un hombre triste. Es una tristeza extraña que se percibe tan solo estando junto a él. Lo he visto en muchos de esos hombres. Mis hermanos, que eran niños alegres y entusiastas, poco a poco se fueron cubriendo de esa pátina triste que tienen los mineros. Es como si al estar bajo tierra todo el tiempo, un día y otro día, sintieran que ya están muertos.

Caroline no pudo pensar en otra cosa el resto del día. Por la noche, cerró el libro que había estado leyendo y escuchó el silencio de la casa. Penélope dormía desde hacía una hora y tan solo el viento hacía chirriar la cancela de entrada. Cogió la lámpara del mueble y se la llevó a su habitación dejándola sobre la mesilla que había colocada bajo la ventana. Se sentó en la silla y empezó a escribir.

«La cara llena de hollín y los dedos ansiosos por tocar el aire. Sus ojos brillan al ver la luz del día al que apenas le quedan unos minutos, y la tristeza vuelve a pesarle en el corazón cuando cae la noche. Todo es oscuridad, dentro y fuera de él».

—¿Va a dar clases? —preguntó Penélope sorprendida—. ¿A quién?

—No lo sé —dijo Caroline sonriendo—. Voy a poner un anuncio en el periódico local y hablaré con el párroco. Puedo enseñar historia y álgebra.

—Pero, señorita... —la criada no se atrevía a decir lo que pensaba.

Caroline la miró con cariño.

—Ya, ya sé lo que estás pensando —dijo y se encogió de hombros—. El no ya lo tenemos. Esperemos que las noticias no hayan viajado con nosotras.

Penélope sabía que sí habían viajado. Había escuchado los cuchicheos en la tienda aquella misma mañana y sabía de qué hablaban aquellas señoritingas que la miraban a hurtadillas. La doncella miraba de soslayo a su señorita buscando algún signo que mostrase un cambio físico en su aspecto, pero, por suerte, de momento no había la más mínima señal de embarazo.

El párroco, Elwyn Hillcoat, resultó ser un hombre relativamente joven y su esposa, Charlotte, una encantadora mujer que la trató con exquisitez. La invitaron a pasar a la rectoría después del servicio, ante la reprobadora mirada de algunas de sus feligresas, y se comportaron como buenos amigos con ella.

—Me parece una idea excelente —dijo Charlotte cuando les hubo explicado en detalle sus intenciones—. Yo siempre he creído que la cultura será la que haga crecer al ser humano, y sus enseñanzas pueden hacer mucho por esos pobres niños de clase humilde que no tienen la posibilidad de estudiar.

Caroline sonrió y asintió levemente.

—Y dígame, señorita Wilkie, ¿piensa dar las clases en su casa? —preguntó el párroco? ¿Ha habilitado alguna de las habitaciones para ese menester?

—Bueno, en principio no creo que tenga muchos alumnos —dijo con sinceridad—, me conformaría con tener uno o dos. Como mi madre, aunque debo decir que uno de sus dos alumnos era yo, por lo que en realidad solo tuvo uno.

—Ah, sí, la señora Amelia Wilkie, todo el mundo habla maravillas de su madre —dijo Charlotte.

Caroline sonrió agradecida.

—Gracias por decir eso —dijo—, pero estoy segura de que no todo lo que han oído de ella es bueno. Ni sobre mí.

El matrimonio se miró consternado.

—No se preocupen —dijo Caroline—, mi madre me enseñó bien y comprendo las reglas de la sociedad en la que vivimos. Tendré paciencia.

—¿Querría quedarse a comer con nosotros, señorita Wilkie? —preguntó Charlotte.

Caroline se sintió abrumada por su amabilidad y más en la situación en la que se encontraba desde que había vuelto. Asintió después de unos segundos.

# Capítulo 11

—Vamos Elliot, tú puedes hacerlo mucho mejor —dijo Caroline señalando el número que estaba mal en la operación del pequeño de los Buchanan—. Fíjate bien.

La maestra cogió las piedras que había sobre su mesa y las colocó en dos grupos primero y las unió en uno solo después. El niño abrió los ojos al hacerse la luz en su cerebro y se apresuró a cambiar el número en su tablilla.

Penélope entró en el salón con la campanilla y la agitó para dar por terminadas las clases de hoy. Elliot Buchanan, Sawyer Pennock y Skip Hayton se levantaron y, después de saludar a la maestra, salieron de la habitación y echaron a correr en cuanto estuvieron fuera de la casa. Caroline los vio alejarse desde la ventana y después empezó a recoger el material que había en cada una de las mesas.

—Los Pennock han mandado una gallina —dijo Penélope.

—Bueno, es más de lo que pagaron el mes pasado —dijo Caroline encogiéndose de hombros—. Y por suerte para nosotras dos, no lo necesitamos. Al menos de momento.

—Cierto —dijo la antigua doncella ayudándola a recoger—. Mientras el señor se ocupe de ti...

Caroline se detuvo y la miró consternada.

—No sabes cómo me gustaría no necesitar su ayuda —dijo con sinceridad.

Penélope asintió.

—Algún día estos catetos estúpidos comprenderán su error y mandarán a sus hijos a que les llenes de sabiduría esa cabezota vacía —dijo refiriéndose a los padres que no querían enviar a sus hijos a aprender con Caroline.

—Si no fuera por la ayuda del reverendo Elwyn y su esposa, no tendría ni un solo alumno.

—Pero ¿por qué? —preguntó Penny con mala cara—. Aquí no saben nada de lo que pasó...

—No hace falta. He vuelto justo en el momento en el que debería estar preparándome para casarme. Todos piensan que he hecho algo indebido y me han echado de Landrock Hoo —dijo con tristeza.

Se oyeron unos fuertes golpes en la puerta.

—¿No hay nadie en casa? —Una potente voz masculina se escuchó en la entrada.

Penélope miró a Caroline y frunció el ceño desconcertada antes de ir a averiguar quién era.

—Caroline —dijo con una enorme sonrisa al regresar al salón—, tienes una visita.

Jonathan apareció detrás de ella y entró rápidamente en el salón cogiendo a su hermana y levantándola por los aires.

—¡Jonathan! —exclamó Caroline con enorme alegría abrazándose a su cuello sin dejar de reír.

—He venido a buscarte —dijo con firmeza al dejarla en el suelo—. Penny, mete todas vuestras cosas en una maleta, que nos marchamos.

Caroline empalideció y negó repetidamente con la cabeza.

—No voy a casarme con ese hombre —dijo con la voz temblorosa.

Jonathan miró a su hermana con tal intensidad que Caroline no pudo contener las lágrimas.

—Ese hombre no volverá a acercarse a ti jamás, Caroline —dijo muy serio—. Te doy mi palabra.

Su hermana se abrazó a él y el joven acarició su cabello mientras ella lloraba.

Los dos hermanos salieron a pasear por los páramos y atravesaron el brezal hablando de todo lo sucedido, pasando de puntillas por los detalles más dolorosos. Jonathan se agachó y arrancó una ramita del brezo y después de olerla se la colocó entre los dientes.

—Nadie me dijo nada hasta que regresé hace dos días a casa de permiso —dijo su hermano—. Cuando me dijeron que habías vuelto a Winpenham comprendí que algo había pasado. Al principio no querían darme los detalles, solo me dijeron que Symmson te había pedido en matrimonio y tú lo habías rechazado.

El tono de voz de Jonathan se había endurecido. Caroline nunca lo había oído hablar así.

—Meredith tampoco me contaba nada, pero estaba tan triste y demacrada que comprendí que había algo terrible en todo aquello —siguió contando—. Pero ni remotamente imaginé...

Caroline aceleró el paso sin darse cuenta y su hermano dejó de hablar y la observó mientras caminaba delante de él. Sentía un fuego en el pecho que lo quemaba. Desde que la conoció supo que sería alguien muy querido para él. La reconoció enseguida como una hermana, alguien afín con quien compartir momentos y confidencias. Se entendían bien y muy pronto sus afectos se manifestaron de manera natural.

—Vi a Norwell en casa de los Tremain —dijo y Caroline aceleró más el paso, tanto que tuvo que correr para interceptarla y obligarla a detenerse—. Ha roto toda relación con su padre. De hecho, me dijo que se marchaba de Inglaterra una larga temporada para no tener que oír ni su nombre. Pero no creo que él sepa...

Caroline se retorció las temblorosas manos y respiraba agitadamente.

—No quiero hablar de esto, Jonathan, no me obligues —suplicó.

—Debes hacerlo, Caroline —dijo él cogiéndola de los hombros—, sé que mi familia no se ha portado bien contigo...

—Han hecho lo que han creído justo.

Jonathan negó con la cabeza, disgustado.

—Si hubiese estado allí no hubiese permitido que...

Caroline lo miró agradecida.

—Todo eso ya pasó, ahora estoy bien.

—No, no estás bien. Esta no es tu vida. Estás viviendo como vivió tu madre, como si aceptases que cometiste el mismo error que ella, y no es cierto.

Ella lo miró dolida por la crítica implícita hacia su madre que había en aquel comentario.

—Es la verdad, Caroline. Tu madre se entregó a un hombre casado sabiendo perfectamente lo que hacía —dijo con firmeza—. Tú no tienes la culpa de lo que ese malnacido...

Los ojos de su hermana se llenaron de lágrimas.

—No hay nada que yo pueda hacer para recuperar lo que me quitó de manera brutal y cruel —dijo mordiendo las palabras, enfadada con Jonathan por obligarla a hablar de ello—. Me drogó, me ultrajó y se rió de mí después. ¿Es eso lo que querías oír? Pues ya lo sabes. Tuve que aceptar que me usara a su placer y después tuve que oír a nuestro padre decirme que debía casarme con él.

—Voy a matarlo —dijo Jonathan perdiendo la compostura—. ¡Juro que lo mataré con mis propias manos!

—¿Y eso de qué serviría? —preguntó Caroline limpiándose las lágrimas—. ¿Me devolverá mi honra el que esté muerto?

Negó con la cabeza repetidamente.

—Este mundo es injusto y nada de lo que hagas podrá cambiar eso —dijo con rencor—. Algún día las mujeres decidirán sobre su cuerpo, y los hombres que hagan algo como lo que hizo ese ser despreciable pagarán por ello. Algún día seremos dueñas de nuestra vida y entonces ningún hombre le dirá a una mujer que debe casarse con su agresor.

Jonathan apretaba los puños y los labios tratando de contener las lágrimas de rabia que pugnaban por salir de sus ojos.

—No podemos dejar que... ¡Maldito! ¡Maldito sea! —gritó.

Ya más calmados se sentaron en sendas piedras y hablaron sobre la escuela y el futuro de Caroline.

—Debes casarte —dijo Jonathan—. Encontraremos un buen hombre al que puedas querer.

Caroline le sonrió con ternura.

—De acuerdo, haremos eso —dijo.

—¿Te burlas de mí? —dijo él riendo—. Te estás burlando, reconozco esa mirada y te estás burlando.

—¿Te acuerdas de aquella vez en casa de los Pool?

—Cómo voy a olvidarlo, han estado años riéndose a mi costa por pardillo.

—No eras un pardillo, solo eras inocente y te creías todas las historias que yo te contaba.

—Eras una gran narradora —dijo Jonathan sonriendo—. Echo de menos tus historias.

—¿Has visitado ya a la señorita Flannery? —preguntó Caroline interesada—. Estoy segura de que espera ansiosa ese momento.

—Aún no he tenido ocasión de saludarla —dijo Jonathan con timidez.

—Pues debes hacerlo de inmediato —dijo Caroline—. Es una jovencita estupenda.

Su hermano la miró con tristeza.

—Supongo que ella también te dio de lado. ¿Por eso te fuiste? ¿Para no tener que soportar los desplantes de esos insensibles? —dijo.

—En parte sí, pero no solo por eso. Temía que si me quedaba la gente empezase a arrinconar a tu familia. No sé lo que ha ido contando Symmons, pero está claro que algo ha dicho porque los Braham no nos invitaron a su fiesta de los abedules. Alessandra Flannery es joven y debe hacer lo que le mandan sus mayores. Yo no le guardo rencor —dijo Caroline con sinceridad.

Jonathan movió la cabeza, disgustado.

—Tengo un alumno que me recuerda a ti —siguió hablando su hermana—. Yo no te conocí cuando tenías ocho años, pero Sawyer Pennock es tal y como imagino que debías ser tú.

Jonathan la miró por encima del hombro, sonriendo.

—Es un preguntón y tiene los ojos más inquisidores que se han visto en un niño. Nunca se conforma con lo que le digo, siempre quiere saber más.

—Un pelmazo, vaya —dijo su hermano riendo.

—Igualito que tú —dijo Caroline riéndose.

Volvieron a la casa y Penélope les preparó un té con pastas que tomaron los tres juntos.

—En mi casa las normas las pongo yo —le explicó Caroline— y Penny es mi amiga, no mi criada.

Jonathan asintió mirando a la antigua doncella.

—Cuida bien de ella, Penny —dijo con la súplica en los ojos.

Penélope asintió visiblemente emocionada.

—Te he traído una cosa —dijo su hermano y, poniéndose de pie, fue hasta su gabán y sacó algo de uno de sus bolsillos.

Se trataba de un libro y, al cogerlo, Caroline sintió que una mano invisible le retorció el corazón.

—Es un libro en español —dijo Jonathan consciente de la emoción que sacudía a su hermana—. Me dijo que era un encargo que había hecho para ti y que no había podido entregártelo.

—El Ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha —leyó con mal español y cierta ternura en la voz—. Dale las gracias cuando vuelvas a verle.

—No creo que tenga ocasión en un buen período de tiempo. Marcho hacia Bombay en dos semanas —dijo poniéndose serio.

—¡Jonathan! —exclamó su hermanastra preocupada.

—No hay de qué preocuparse, las cosas en la India están muy tranquilas ahora. Ya ha pasado mucho tiempo desde la rebelión de los *cipayos*. Pero no hay que olvidar que un soldado va donde le ordenan.

El señor Bilsby era el cartero de Winpenham desde que podía recordar y, como todo el mundo, Caroline recibió la noticia de su muerte con gran pesar. Todo el pueblo acudió al funeral que ofició el reverendo Hillcoat y rezaron por el alma inmortal de aquel buen hombre que durante años se había encargado de llevarles buenas y malas noticias, pero siempre con una afable sonrisa.

El nuevo cartero sería Mayhew Witherden, el hijo de Albert Witherden, el zapatero. Cuando terminó el oficio Penny y Caroline se quedaron rezagadas para saludar al reverendo y a su esposa.

—¿Qué os ha parecido el servicio? —preguntó Elwyn Hillcoat.

—Excelente, como siempre —dijo Caroline.

—A mí me ha gustado mucho todo eso que ha dicho del cometido de los carteros en el cielo. Sería tan bonito que fuese cierto y se encargasen de llevar mensajes de los vivos a los muertos —dijo Penny.

—Quién sabe —dijo el reverendo sonriendo a la joven—. ¿Ya conocen al nuevo?

El joven Mayhew estaba parado frente a la puerta con la gorra en la mano y mirando hacia ellas con disimulo.

—Señorita Wilkie —el reverendo caminó hacia el joven seguido por las dos mujeres—, señorita Hayton, les presento a Mayhew Witherden.

El nuevo cartero no debía tener más de veinte años. Con una mirada brillante y el pelo del color del trigo, parecía estar muerto de vergüenza.

—Señoritas —dijo con un gesto de cabeza.

—Espero verle a menudo por mi casa —dijo Caroline sonriéndole con afable gesto—. Me gusta mucho recibir cartas.

—¿Y a usted, señorita Hayton? —preguntó el joven mirándose los pies—. ¿Le escriben mucho?

Penny frunció el ceño.

—¿Escribirme a mí? —preguntó como si fuese tonto—. ¿Quién me va a escribir a mí?

El joven sonrió sin levantar la cabeza y se despidió de los presentes.

—¿A dónde va tan rápido nuestro nuevo cartero? —preguntó la esposa del reverendo acercándose a ellos.

—Parece que tiene cosas que hacer —dijo el párroco sonriendo—, y se va bastante contento.

Caroline miró a Penny, pero la joven parecía no haberse percatado de nada.

Caroline miraba por la ventana mientras pensaba en lo que acababa de escribir. ¿Sería posible que alguien hubiese experimentado un amor así?, se preguntó.

Sonrió con tristeza, era cómico que alguien como ella escribiese esas historias de hombres íntegros y con profundos sentimientos y mujeres apasionadas de fuertes convicciones. Sus historias deberían contar cosas muy distintas si hablase desde el conocimiento.

El jardín había florecido y el sol empezaba a calentar. Dejó el lápiz sobre la mesa y salió de su cuarto.

—Penny, voy a dar un paseo hasta la hora de comer —dijo al pasar cerca de la cocina.

—¡Muy bien, pero no te retrases! —gritó la otra joven sin soltar la masa que tenía entre manos.

Caroline salió de la casa y avanzaba por el camino que llevaba al río cuando escuchó cascadas de caballos y al volverse vio un lujoso carruaje. Se apartó del camino para que no la atropellase y cuando el vehículo pasó junto a ella el corazón le dio un vuelco. Fue un instante fugaz, pero suficiente para reconocer aquellos ojos que la miraban desde detrás de la ventanilla. Siguió parada observando cómo desaparecía el vehículo de su vista, con el corazón acelerado y la respiración contenida. Era Braden, no había ninguna duda.

Durante unos segundos se quedó allí tratando de recuperar la serenidad. Después volvió a ponerse en marcha y siguió con sus planes de llegar hasta el río. Pero no pudo quitarse aquella imagen de la cabeza en todo el camino. ¿Por qué había vuelto? ¿De dónde venía? ¿Qué habría hecho durante aquellos años?

Cuando regresó a casa Penny ya tenía la comida puesta en la mesa y la esperaba con expresión severa.

—Te dije que no te retrasaras, la masa se ha desinflado —dijo con un mohín de disgusto.

Caroline se sentó a la mesa sin decir nada y Penny la miró con atención.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

—He visto a Braden —dijo.

—¿Braden? —La antigua doncella sabía muy bien quién era—. ¿Dónde?

—En el camino, ha pasado en un carruaje —dijo Caroline—. Y no me preguntes si lo he visto bien, era Braden, no hay duda.

Penny se sentó despacio sin apartar la mirada del rostro de Caroline.

—¿Qué piensas? —preguntó.

—Nada, no pienso nada —dijo mirando la comida que Penny había preparado—. Vamos a comer, que esto se enfría.

La joven sirvió los platos mientras la antigua doncella trataba de averiguar su verdadero estado de ánimo.

## Capítulo 12

Caroline esperó el resto del día a que alguno de los Locksley fuese hasta su casa para anunciarle el regreso de Braden. Esperó que él mismo apareciese al día siguiente para contarle cómo había sido su vida desde la última vez que se vieron. Y mientras daba clases a los niños, dos días después de haber visto el carruaje, esperó una nota invitándola a visitarles. Pero nada de eso sucedió y durante esos días Caroline vivió en un sin vivir preguntándose cuál era el siguiente paso y dudando a cada momento de la mejor respuesta.

En esa incertidumbre llegó el domingo y las dos jóvenes se vistieron para dirigirse a la iglesia. Llegaron temprano, como siempre, y se sentaron en los bancos de la mitad buscando pasar desapercibidas. Caroline miró hacia atrás cada vez que escuchaba pasos, hasta que lo vio entrar en la iglesia con una joven agarrada a su brazo y acompañados de toda su familia. Caroline se volvió rápidamente hacia el altar y no volvió a girarse durante todo el servicio.

Sentía una opresión en el pecho y una angustia totalmente injustificada. Braden se había marchado hacía varios años, pero en realidad podría haberse ido para siempre. Recordó la discusión que tuvieron, las cosas que dijeron ambos, y que ella lo dejó ir. Poco a poco su corazón se tranquilizó y cuando el reverendo Hillcoat terminó el oficio, Caroline ya estaba preparada para lo que la esperaba. Se levantó y con expresión relajada y una sonrisa sincera se acercó a su viejo amigo.

—Braden, has vuelto —dijo.

El pequeño de los Locksley la miró a los ojos con una expresión indefinible en ellos.

—Caroline —dijo y añadió una ligera inclinación de cabeza como saludo—. Tú también.

Ella sonrió y asintió.

—Espero que estés bien —dijo él.

—Muy bien, gracias —dijo ella—. ¿Has vuelto para quedarte?

Él tardó unos segundos en responder y la mujer que estaba a su lado, charlando con Lucy Locksley, se agarró a su brazo con suavidad.

—Querida —dijo Braden mirándola un instante—, te presento a Caroline Wilkie, ya te he hablado de ella. Caroline, esta es Olivia Wharton. Mi esposa.

Las dos mujeres se saludaron con corrección y afable distinción.

—He oído hablar de usted —dijo Olivia—, sé que su madre fue la encargada de educar a Braden.

—Así es —dijo Caroline sin apartar la mirada de aquellos ojos azules que parecían sinceros—. Fue nuestra maestra cuando éramos niños.

—Pues debo decir que hizo un buen trabajo —dijo la joven mirando a su esposo con cariño.

—No es usted inglesa —dijo Caroline sonriéndole—, lo digo por el acento...  
—No, soy americana, de Boston. Allí nos conocimos —explicó Olivia—. Braden trabaja en la empresa de mi padre...  
—No aburramos a Caroline con esas cosas, Olivia —la cortó su esposo.  
—No me aburre en absoluto —dijo Caroline.  
—Vaya, veo que ya se han visto los viejos amigos y se han presentado los nuevos —dijo el reverendo acercándose a ellos.  
—Así es —dijo Caroline.  
—Tendrán que disculparnos —dijo Braden—, tenemos una comida familiar. Esta tarde viajamos a Londres.  
—Londres... —dijo Caroline sorprendida.  
—Vamos a instalarnos por un tiempo —explicó Olivia—. Mi padre ha encargado unos asuntos a Braden y por lo que dicen llevará tiempo, así que hemos alquilado una casa...  
—Olivia —la conminó su esposo.  
—Perdona, querido, ya sé que hablo mucho —dijo disculpándose—. Señorita Wilkie, ojalá tengamos ocasión de volver a vernos. Reverendo.  
Se despidieron y abandonaron la iglesia ante la atenta mirada de Penny, que fue la única que no tuvo que esforzarse por disimular.

El relincho del caballo la sacó de la concentrada escritura y miró por la ventana hacia el camino de entrada. Sin poder evitarlo dio un respingo al ver a Braden, que bajaba de su caballo y atravesaba la cancela. Se puso de pie y alisó su vestido en un gesto mecánico. Cuando Penny entró en la habitación la encontró de pie frente a la puerta, esperándola.

—Está aquí —dijo.

Caroline soltó el aire de golpe y volvió a cogerlo por la nariz. Lo repitió varias veces para tratar de relajarse y salió de su cuarto. Entró en el salón y lo vio de pie apoyado en la chimenea apagada. Él no se percató de su presencia, ensimismado en quién sabía qué pensamientos, de modo que Caroline pudo observarlo un momento sin ser vista. Había cambiado, estaba mucho más fuerte y era más alto. Se había convertido en un hombre y sus facciones eran ahora más marcadas y duras.

—Braden —lo saludó.

El joven se volvió a mirarla y no pudo disimular cierto nerviosismo.

—Quería verte antes de irme —dijo.

Caroline sonrió y le señaló el sofá para que se sentase.

—Le pediré a Penny que nos traiga té.

—No la llames —se apresuró a decir—. Quiero estar un momento a solas contigo.

—Está bien —dijo ella sentándose en una de las butacas.

No podía relajar la espalda. Resultaba increíble pensar en las veces que corrieron por aquel salón persiguiéndose mutuamente. O cuántas tardes pasaron tumbados en el brezal para mirar las nubes.

—Creí que vivirías en Landrock Hoo para siempre —dijo y carraspeó al notar que se le atascaba la voz—. No imaginaba que te vería aquí, en tu vieja casa.

Caroline bajó la mirada a sus manos. No sabía qué clase de cosas habría oído sobre ella, pero rogaba a Dios que no dijese...

—Lo que cuentan no es cierto —dijo Braden interrumpiendo sus pensamientos. Caroline levantó la mirada y la clavó en sus ojos.

—Olivia es una mujer encantadora —dijo.

Braden asintió al tiempo que se mordía el labio.

—Hacéis una bonita pareja —dijo Caroline.

—Debería haberte sacado de allí —dijo él—. No debí dejarte en aquella casa...

—¿Sacarme de aquella casa? —Caroline sonrió abiertamente—. Todavía era más fuerte que tú.

—De eso nada —dijo él—. Y tampoco eras más lista.

—¡Ja! —exclamó ella.

Durante unos segundos se quedaron en silencio diciéndose con la mirada lo que no podían expresar con palabras.

—Me alegro de que todo te vaya tan bien —dijo Caroline.

Braden asintió.

—Así que te marchaste a Boston —dijo ella.

—No, al principio fui a Nueva York y estuve un año malviviendo hasta que conocí a Donald Wharton. Todo lo que tengo y lo que soy se lo debo a él.

—Estoy segura de que algo tuviste que ver en tu éxito —dijo ella sonriendo.

—Lo salvé de morir atropellado, eso fue lo único que hice. Tiene una enfermedad que hace que se caiga redondo de repente y sin previo aviso. Depende de donde esté en ese momento puede costarle la vida. Me contrató como su sombra —Braden sonrió también—. No debía separarme nunca de él. De ese modo, sin darme cuenta aprendí todo lo que él sabía sobre el negocio editorial, y sabe mucho, te lo aseguro. Ahora me ha dado mi gran oportunidad. He venido a montar una sucursal de Wharton & Co., editores.

Caroline lo contemplaba admirada.

—Tu madre debe estar muy orgullosa de ti —dijo—. Y tus hermanos.

Braden asintió sin dejar de mirarla.

—Quién me lo iba a decir a mí, ¿verdad? —dijo con una sonrisa—. Si no hubiese sido por tu madre no habría aprendido ni siquiera a leer. Habría acabado en el fondo de una mina, quizá con un pico clavado en el cuello.

Caroline recordó el suceso que acabó con la vida de su padre. Puso una mano en su brazo para reconfortarlo.

—Hay heridas que no cicatrizan nunca —dijo Braden.

—Mi madre se sentiría feliz de ver a dónde has llegado.

—Me han dicho que das clases a tres muchachos —dijo mirándola con atención.

—Así es —dijo ella apartando la mano de su brazo.

—¿Qué pasó? —volvió a sacar el tema.

—Nada que tenga ganas de hablar contigo —dijo ella, sincera.

—Déjame ayudarte —dijo Braden.

—¿Ayudarme? ¿Cómo ibas a ayudarme? —preguntó Caroline sin dejar de sonreír, aunque sus ojos se mostraban tristes.

—¿Tu padre no...?

—Él se cuida de que no nos falte de nada —lo cortó—. No te preocupes por mí, Braden, ni lo necesito, ni tienes derecho a ello.

El recibió la bofetada con estoico gesto.

—No quería sonar desagradecida —dijo Caroline rápidamente—, pero muchas veces las personas que quieren ayudarte no hacen más que ahondar en tu pena haciéndola más y más grande. A veces para ayudar a alguien hay que dejarlo para que cure sus heridas él solo.

Braden pensó durante unos segundos y se puso de pie.

—Bien, entonces debo marcharme —dijo—. Olivia me espera en casa de mi madre para que emprendamos nuestro viaje a Londres.

—Te deseo que seas inmensamente feliz, Braden —dijo Caroline con sincero afecto.

—Yo te deseo lo mismo a ti —dijo su amigo.

—¡Penny, ahí llega Mayhew Witherden! —gritó Caroline desde su cuarto.

—Pero ¿por qué tienes que decírmelo a mí? —dijo Penny desde la puerta de su habitación—. Si no soy tu criada deberías atenderlo tú ya que es a ti a quien envían las cartas.

—Penny, no seas cruel con el pobre chico —dijo Caroline mirándola divertida.

—No sé de qué hablas —dijo su amiga dándose la vuelta para ir a atender al cartero.

—Hola, Penny —dijo Mayhew cuando la joven abrió la puerta—. Que guapa estás esta mañana.

—Déjate de zalamerías y dame el correo —dijo ella, arisca.

—Me preguntaba si querrías salir conmigo una tarde de estas —dijo el joven haciendo caso omiso a su antipatía.

—¿Salir adónde? ¿Por qué quieres que salgamos?

—A dar un paseo, no hace falta que nos alejemos mucho si no quieres. Podemos ir a ver los cerdos de la señora Stuart. Una de sus cerdas ha tenido una camada y los chiquitines son muy bonitos de ver.

Penny frunció el ceño. Era cierto que los cerdos pequeños le gustan a todo el mundo.

—Bueno, vale —dijo al fin—. Mañana por la tarde vamos, si quieres.

Mayhew sonrió satisfecho y se dio la vuelta para marcharse.

—¿No se te olvida nada? —preguntó Penny con voz cansada.

El joven cartero se percató de las cartas que llevaba en la mano y regresó para dárselas.

—Anda que... Menudo cartero estás hecho. ¡Si el señor Bilsby levantara la cabeza!

Caroline había escuchado toda la conversación desde su cuarto, con la cabeza apoyada en su mano y el lápiz entre los dedos. Hacía ya un mes de la partida de Braden y no podía quitarse el peso de tristeza que su visita le había dejado. Verlo había removido un montón de cosas dentro de ella. Había vuelto a pensar en su madre, en la decepción y la tristeza que sentiría si la viese ahora. Si hubiese sabido lo que le iba a ocurrir a su hija jamás habría llamado a Andrew Cornforth.

Por las noches aún tenía pesadillas en las que volvía a sentir las manos de Darrel Symmson recorriendo su cuerpo de manera obscena. Sentía la presión entre sus piernas y se revolvió aterrada tratando de apartarlo. Pero nunca podía, siempre conseguía penetrarla sin que su resistencia sirviese de nada. Una y otra vez aquel hombre la violaba sin que pudiese impedirlo.

—Aquí tienes el correo —dijo Penny entrando en el cuarto—. Hay una carta de Landrock Hoo.

Caroline la miró desconcertada, cogió los sobres que le daba su amiga y los examinó. Había una carta de Meredith, otra de Jonathan y una tercera que era la que Penny había mencionado. Al abrir el sobre se encontró con que contenía una nota y otro sobre con un remitente que la dejó desconcertada: Alonso de Quijano.

Leyó la nota que tenía la letra de lord Cornforth:

*Querida Caroline,*

*Espero que al recibir esta nota te encuentres bien de salud. Tal y como te prometí, te envió esta carta que ha llegado desde España con un remite muy misterioso.*

*Tpqtq*

Caroline miró aquella firma sin comprender. Tardó un buen rato en darse cuenta de que había escrito: *Tu padre que te quiere*. Curiosamente aquella declaración no la reconfortó en absoluto.

Desechó la nota y se dispuso a leer la carta con gran curiosidad.

*Soberana y alta señora,*

*Estoy sentado en una venta que, por si no lo sabes, sería algo así como una posada en la que, además de dormir, puedes comer y beber, tanto si eres persona como caballo.*

*Llevo aquí dos meses y he de decir que me siento como en casa. ¿Qué digo como en casa? Nunca me sentí así en mi casa. Recuerdo que cuando era niño siempre tenía la sensación de que la cigüeña había equivocado la dirección y me había dejado en el lugar equivocado.*

*Esta mañana he visitado a los imponentes gigantes de nuestro amigo, Don Quijote, y debo decirte que vistos desde tan cerca resultan grandiosos con sus brazos*

*agitándose al viento. Ahora entiendo el valor que debió tener nuestro amigo para enfrentarse a tan temibles seres. Esa visita ha sido la que me ha decidido a escribirte al fin. Si Don Quijote fue capaz de enfrentarse a tan temibles rivales, ¿cómo no ser capaz de escribir una simple carta?*

*Aquí la gente es alegre y siempre tienen un rato para charlar. Al principio los observaba en silencio, sin entender nada de lo que decían, pero notando el afecto que se tenían, en sus gestos, en la manera en la que se tocaban. Porque se tocan todo el tiempo, algo que me resultaba de lo más extraño. Ahora ya no me sorprende.*

*Me han aceptado como uno más entre ellos. He empezado a chapurrear en su idioma y poco a poco me hago entender. Tienen mucha paciencia conmigo, pero también te digo que se ríen a menudo de mí. No me importa.*

*Mañana voy a ir a visitar el Toboso. Esta mañana frente a los gigantes he decidido dos cosas: la primera, que iba a escribirte, a pesar de todo un día fuimos amigos. La segunda, que voy a seguir la ruta de nuestro amigo Don Quijote según uno de los mapas de John Bowle.*

*Te mando con esta carta una ilustración de los gigantes que espero sea de tu agrado.*

*Tuyo hasta la muerte,  
El Caballero de la Triste Figura.*

Caroline sacó el papel con el dibujo en el que se veía a Don Quijote luchando contra los molinos de viento. Estaba segura de que a aquel hidalgo le faltaban los meñiques y tenía los ojos verdes.

—¡Ya voy, Penny!

Caroline bajó corriendo las escaleras y se detuvo en seco al ver a la señora Templeman parada en medio de su salón.

—Señora Templeman —dijo con una mirada de disculpa—, no sabía que teníamos visita.

—Ya veo —dijo la mujer con aspecto severo y mirando el saloncito con ojos críticos.

—Hoy es día de limpieza —explicó Caroline—, a mí me toca el piso de arriba...

—Discúlpeme que no me quede a charlar alegremente —la cortó la mujer—, tengo demasiadas cosas que hacer. Como debe saber soy la presidenta de la Liga por la Salvaguarda de la Historia de Winpenham y esta tarde tenemos nuestra reunión mensual en la parroquia. El reverendo y su esposa han insistido mucho en que la invitásemos. Según él usted conoce muy bien nuestros logros históricos y puede ayudarnos a organizar el desfile que, como sabe, se produce todos los años después del verano.

Caroline sintió una abrumadora sensación de agradecimiento que no se atrevió a manifestar delante de la arisca mujer.

—Estaré encantada de ayudarlas —dijo lo más comedida que pudo—. Será un auténtico honor participar en sus...

—No quiero que piense que hemos decidido hacerla miembro de nuestra Liga —la cortó de nuevo la señora Templeman—, tan solo estará como invitada.

Caroline asintió dándose por enterada.

—Por supuesto, y les estoy enormemente agradecida por ello.

—Bien —dijo la oronda mujer caminando hacia la salida—. La reunión será a las cuatro de la tarde. Es imprescindible ser puntual. La señora Pavot se pondrá en la puerta a las cuatro y cinco y no dejará entrar a nadie.

—Allí estaré —dijo Caroline sintiendo que la señora Pavot daba más miedo que el verdugo de Calais.

Caroline entró en la iglesia diez minutos antes de la hora establecida y se encontró con que ya había un nutrido grupo de mujeres sentadas en las primeras filas de bancos. Se acercó con timidez y con una sonrisa afable saludó a aquellas que se volvieron al oír que entraba. Algunas la ignoraron, girándole la cara, otras directamente ni se volvieron a mirar. Tan solo dos de aquellas matronas hicieron un leve gesto con la cabeza a modo de saludo. Una era la señora Locksley, la madre de Braden, y la otra era Theodosia Elliot, la mujer del médico. Su marido había atendido a su madre cuando enfermó.

Se sentó en el tercer banco, sola. Era evidente que no era bien recibida y ahora entendía que el reverendo había hecho más que sugerirles que la invitasen, porque resultaba evidente que aquellas mujeres no estaban cómodas con ella allí. Pensó levantarse y marcharse sin esperar a que llegase la señora Templeman, pero no tuvo valor.

La oronda mujer llegó como un ciclón, con su pesado paso y mucho aspaviento, como solía hacerlo todo. Desde la entrada se escuchó su voz dando toda clase de explicaciones para llegar seis minutos tarde, mientras la señora Pavot revisaba que no llegase nadie más tras ella y cerraba las puertas sigilosamente.

—...y he tenido que dejar que el señor Peggotty me trajera en su carro — terminó el relato colocándose en el altar, como oficianta.

## Capítulo 13

—Bien, dejemos la charla para después —dijo la señora Templeman colocándose un mechón de pelo rebelde—. Empecemos con la sesión de hoy. En el primer punto del orden del día...

—Antes tenemos algo de lo que hablar —intervino Jennie Collinge, la mujer del sastre—. Se dijo que nos permitiríais dar nuestra opinión respecto a las nuevas incorporaciones...

Caroline suspiró sin ruido.

—Por supuesto, Jennie —dijo la señora Templeman con una viperina sonrisa—, pero es que no hemos tenido ninguna incorporación.

—¿Ah, no? ¿Y qué hace ella aquí? —dijo señalando a Caroline.

—La señorita Wilkie es una invitada del reverendo Hillcoat. El reverendo opina que Caroline tiene un gran conocimiento sobre nuestra Historia y que puede ayudarnos...

—Yo no pongo en duda sus conocimientos sobre Historia —la cortó la señora Collinge—, pero creo que hablo por todas mis compañeras al decir que no nos sentimos cómodas con su presencia aquí. Más teniendo en cuenta que nuestras hijas serán partícipes de la mayoría de los actos que se organicen para el desfile.

—La señorita Wilkie no participará en el desfile, porque la señorita Wilkie no es miembro de nuestra Liga, como ya he dicho. Tan solo está aquí como asesora —dijo la señora Templeman molesta.

—¿Puedes asegurarnos que no tendrá el más mínimo contacto con nuestras hijas? —insistió la señora Collinge.

—Tienes mi palabra, Jennie —sentenció la señora Templeman.

—Si es así, procedamos.

Caroline se miró los zapatos, había escogido los mejores que tenía, un regalo de la condesa. Estaban brillantes y eran hermosos. Sonrió con tristeza, a nadie le importaban sus zapatos. Aquellas mujeres no la hubiesen despreciado más si hubiese entrado en el templo cubierta de barro. No sentían su tristeza, ni su angustia. No eran capaces de percibir su soledad. Tan solo veían la marca que pusieron en su madre, brillando reluciente sobre su frente.

Se levantó y recorrió el banco hasta el pasillo. Ahora sí que todas las mujeres se volvieron a mirarla.

—No quiero importunarlas con mi presencia —dijo—. No necesitan mi ayuda, han hecho ese desfile durante años sin ella. Cuando era niña me gustaba tanto verlo que esperaba durante horas para que no me quitaran el sitio. No necesitan saber más de lo que ya saben.

—Señorita Wilkie, no se vaya. —Lucy Locksley se puso de pie.

—No se preocupe —dijo con una tierna sonrisa, y caminó hacia la salida.

De pronto, cuando la señorita Pavot le abrió la puerta y sintió el aire en la cara, se detuvo. Después de unos segundos de duda se dio la vuelta y bajó hasta el altar, yendo a colocarse junto a la señora Templeman.

—Mi madre solía decirme que siempre le había resultado incomprensible la facilidad que tienen algunas mujeres para castigar a otras y lo indulgentes que suelen ser, en cambio, con las faltas masculinas. *Algún día las mujeres se mirarán con respeto y se hablarán como hermanas*, solía decirme. —Caroline las miraba de frente, no tenía nada de qué avergonzarse—. Algún día, cuando veamos a una de nosotras humillada o maltratada por algún desaprensivo, le tenderemos nuestra mano para levantarla del suelo. No serán ustedes y, probablemente, tampoco sus hijas, pero les aseguro que ese día llegará, porque no puede ser de otro modo.

—No venga aquí dando clases de moral —dijo la señora Collinge con muy mala cara—. Usted sabrá por qué la han echado de Landrock Hoo, pero por ser una buena cristiana seguro que no ha sido.

Caroline la miró con fijeza mientras un rumor de desaprobación se extendía entre las mujeres allí presentes.

—Sí, no refunfuñéis —dijo Jennie Collinge—, vosotras pensáis igual que yo.

Caroline se mantuvo serena a pesar de que sentía el fuego ardiendo en sus entrañas.

—Nadie me echó de Landrock Hoo. Me marché yo por propia voluntad —dijo pausada—. Y los motivos por los que tomé esa decisión no le incumben a usted ni a nadie, excepto a mí. No he hecho nada de lo que deba avergonzarme. Pueden pensar lo que gusten, no tengo ningún control sobre sus pensamientos. Pero deberían pensar bajo qué mandato divino se han otorgado el derecho de juzgar a sus semejantes sin saber siquiera de lo que hablan.

El rostro de Jennie Collinge se contrajo en una mueca sorprendida, pero no iba dejar marchar a su presa tan fácilmente.

—¿No ha oído usted eso de que de tal palo tal astilla? —preguntó.

Las mujeres presentes se habían llevado la mano a la boca para ahogar sus exclamaciones.

—El día en el que las mujeres no den por buena cualquier denuncia contra una de ellas y se acerquen a preguntar a la víctima por qué llora —dijo Caroline—, acabará la injusticia y la crueldad que tenemos que sufrir tan solo por el hecho de nacer mujeres. Cuiden bien de sus hijas, porque si algún día caen en desgracia todo el mundo se cebará con ellas sin importar si se arrepienten de su pecado. No les quitaré más tiempo. Disculpenme.

Hizo un gesto de cariño a la madre de Braden y sin decir nada más recorrió el pasillo hasta la salida, pero antes de abandonar el templo se detuvo junto a la señora Pavot.

—No deje que la tengan de pie junto a la puerta durante toda la reunión, señora Pavot. Son mujeres adultas, si llegan tarde seguro que será por un buen motivo —dijo y después de saludarla con la cabeza salió de la iglesia.

—¡Penny, el cartero! —gritó al ver desde la ventana de su cuarto a Mayhew, que llegaba frente a la cancela.

Penélope corrió a abrir la puerta antes de que el cartero llamase.

—Buenos días, Mayhew —dijo con su mejor sonrisa.

—Buenos días, Penny —respondió el muchacho sonriendo también—. Estás muy guapa esta mañana.

—No seas tonto, pero si llevo el mandil puesto —dijo ella ruborizándose.

—Aunque te pusieras el saco del grano seguirías estando preciosa, Penny —dijo él con una pícara sonrisa—. ¿Sigues en pie lo de ir al lago esta tarde? Mi hermano y Lisa vendrán también.

Penny asintió.

—He preparado galletas para todos —dijo sonriendo.

—Estupendo, pues voy a seguir entregando el correo, que hoy no puedo acabar tarde —dijo ilusionado—. Toma, estas son las cartas para la señorita Wilkie.

—¿Hay alguna de...?

Mayhew asintió y la colocó la primera.

—Luego vendré a buscarte —dijo.

Penny le dijo adiós con la mano y entró en la casa cuando lo vio desaparecer calle abajo. Subió las escaleras corriendo y entró en la habitación de Caroline bailando.

—¡Penny! —se rió su amiga.

—¡Estoy tan enamorada! —dijo la joven dando vueltas abrazada a las cartas.

—Hay que ver cómo has cambiado —dijo Caroline—. Aún recuerdo las primeras veces que vino Mayhew y lo dura que fuiste con él.

—De eso hace ya tres meses y desde entonces he podido conocerlo bien.

—Ya veo —dijo Caroline sin borrar su sonrisa.

Penny dejó de bailar y se acercó a ella para entregarle las cartas.

—Hay una carta de Landrock —dijo.

Caroline miró los sobres y asintió satisfecha.

—¿Quién es quien te escribe allí? —preguntó—. Nunca me lo has dicho.

—Un amigo —dijo ambigua.

—¿De Southbourg o de Winpenham? —insistió Penny.

Caroline asintió, pero no dijo nada.

—Eres muy testaruda, Caroline —dijo sonriendo—. No hay manera de que me cuentes quién es el misterioso Alonso Quihano.

—Quijano, Alonso Quijano —dijo Caroline riendo—. ¿No conoces al Caballero de la Triste Figura?

—¿Triste figura? —Penny se sentó en el banco que había junto a la ventana.

—Espera —dijo Caroline levantándose, y yendo hasta su cómoda sacó un libro que guardaba en uno de los cajones—. Te presento al Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha. Esta es una muy buena traducción del original.

Penny miró el libro y frunció el ceño.

—¿Quieres que me lea un libro para saber quién es el que te escribe? — preguntó desconcertada.

—Anda, Penny —dijo empujándola para que saliese de la habitación—. Tú léetelo, que lo pasarás bien, y déjame ahora, que quiero leer las cartas.

Penny salió del cuarto mirando la tapa del libro con cara de aburrimiento.

Leyó la carta de su hermano Jonathan en primer lugar, para asegurarse de que estaba bien. No entraba en detalles sobre sus labores en el ejército, pero sí aprovechaba para contarle anécdotas que había vivido en Indostán, sobre las costumbres y modos de sus habitantes. Había sido nombrado Teniente, cargo del que se sentía muy orgulloso.

Meredith hablaba todo el tiempo del pequeño Darcie. Su manera de sonreír, lo mucho que comía, lo bien que dormía. Caroline no podía dejar de sonreír leyendo sus cartas, estaba claro que su hermana había caído completamente rendida frente a aquella adorable criatura.

Terminó de leer las cartas de sus hermanos y cambió de posición sentándose de lado para apoyar los pies en el travesaño de la silla, como solía hacer cuando llevaba mucho rato sentada. Puso el brazo sobre el respaldo y colocó la carta sobre sus piernas.

*Amada Enemiga mía,*

*Hoy he pasado el día en las Lagunas de Ruidera y he parado para comer en la taberna de Pedro Toribio García Guzmán, un hombre con una historia pintoresca donde las haya, y que voy a narrarte para que te sirva de entretenimiento.*

*Resulta que cuando tenía doce años se murió. Así, como lo oyes. Se cayó al río al resbalar desde una piedra y, como no sabía nadar, se ahogó. Lo sacaron que ya no respiraba y a pesar de los intentos por reanimarlo no pudieron hacer nada por él.*

*Aquí son muy atrevidos con la muerte, conviven con ella de manera natural, velando a sus muertos durante toda la noche mientras charlan y comen como si el muerto fuese uno más en la reunión.*

*Y así estaba la familia y los amigos, velándolo, cuando de pronto el muchacho volvió a la vida sin que nadie se percatase de ello. Se paseó por las habitaciones sin que nadie reparase en su presencia, tan absortos estaban en sus chanzas, rezos y llantos.*

*El muchacho se apercibió enseguida de que allí pasaba algo y no tardó en comprender que estaban velando a un muerto. Así que trató de averiguar de quién se trataba asegurándose en primer lugar de que su padre y su madre todavía respiraban.*

*Y fue al acercarse a su madre que la mujer empezó a gritar diciendo que su hijo se le había aparecido y, sin más ceremonia, se arrodilló frente a él llorando su desdicha. El muchacho, que no comprendía nada, se abrazó a ella y la mujer casi se muere del susto al sentir sus bracitos rodeándola.*

*En medio del barullo que se formó, alguien fue hasta el cuarto a comprobar que el muerto seguía en su sitio y descubrió que el niño no estaba. Todos miraron a Pedro como al resucitado Jesús lo debió mirar María Magdalena. Alguien gritó: milagro, y todos se pusieron a rezar a Dios como si le debieran algo.*

*Desde ese día todos lo llaman El resucitado y dicen que tiene el poder de ahuyentar a la muerte.*

*Y Pedro Toribio García Guzmán se ha sentado a mi mesa cuando iba a comer y me ha dicho algo que me ha costado entender porque mi español deja mucho que desear aún.*

Caroline estaba de lo más intrigada y leía con avidez deseando saber qué le había dicho El resucitado.

*Me ha mirado a los ojos y me ha dicho: Tienes la muerte en los ojos. Después me ha preguntado si había perdido a alguien muy querido cuando era un crío y le he contado que murió mi madre cuando tenía seis años. Entonces me ha pedido que le dibujase lo que recordaba de aquel día.*

Caroline cogió el dibujo que estaba detrás de las cuartillas. En él se veía una mujer en una cama con los ojos cerrados y una expresión dulce y tranquila. De pie junto a ella un niño la observaba inmóvil, mientras una sombra oscura se cernía sobre él.

*Me ha dicho que esa sombra que he dibujado sigue conmigo y que debo librarme de ella. ¿Cómo librarme de algo que no soy capaz de ver?, le he preguntado. Y me ha respondido: ¿qué hace desaparecer la oscuridad? La luz, he contestado. Pues ahí tienes la respuesta.*

*Cuando Pedro se ha marchado para seguir con sus tareas y me he quedado solo, he pensado en aquel día y me he dado cuenta de que hacía mucho tiempo que no pensaba en ella. He recordado lo que sentía mientras contemplaba su cuerpo inerme. Aquel frío intenso en el alma que no podía calentar ningún fuego. Ella estaba allí, estaba allí y no podía verme, ni escucharme, ni abrazarme como había hecho todos los días de mi vida. Nunca en mi vida he sentido tanta impotencia y tanta soledad como en ese momento.*

*Y entonces mi padre me agarró de los hombros y me hizo volverme a mirarlo, echándome a la cara su aliento de borracho. No he olvidado sus palabras: Esto es la vida, muchacho. Si no quieres ver morir a los que amas, tendrás que morirte antes.*

*Pedro me ha dicho que la muerte es la parte fácil de la vida. Que para morir no hay que hacer nada, no hay que estudiar, ni trabajar, ni pelear. Tan solo hay que estar vivo.*

*Como ves Pedro Toribio García Guzmán es todo un filósofo y digno descendiente de aquel Hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor.*

*Tuyo hasta la muerte,  
El Caballero de la Triste Figura.*

Caroline volvió a mirar el dibujo y al releer sus palabras comprendió a quién pertenecía aquella sombra. Entonces sintió de nuevo aquella garra atenazándole la garganta.

Caroline observó el desfile de la *Liga por la salvaguarda de la Historia de Winpenham* con los recuerdos de su infancia bailando en su retina. Vio a Penny desde lejos, del brazo de Mayhew, y sintió una dulce satisfacción al ser testigo de la felicidad de su amiga. Mientras paseaba observó a los niños que corrían felices disfrutando de un día espléndido. Miró al cielo y pensó que tendrían una tarde tranquila. La gente se dispersó, la mayoría se dirigían hacia el recinto que se había habilitado para la comida y en el que después los jóvenes pasarían la tarde jugando a alguno de esos juegos que requerían de alguna clase de objeto redondo al que golpear, sacudir o lanzar.

Caroline enfiló el camino hacia su casa, pero al pasar por delante de la antigua casa de los Wilton escuchó algo que le pareció un lastimoso maullido y se detuvo prestando atención. La casa de Argenta Wilton estaba en ruinas, quedó abandonada después de su muerte y nadie volvió a ocuparla porque todo el mundo decía que estaba maldita.

Se acercó a la casa y prestó atención pensando que algún gato había quedado atrapado entre los maderos caídos. Pero al acercarse reconoció los gemidos de un niño. Miró a su alrededor y no vio a nadie más que al viejo Collinge, el padre de Jennie, que iba hacia el recinto de la feria, pero a su paso tardaría un buen rato en llegar.

—¿Qué haces ahí, niña? —le gritó el anciano al verla acercarse a una ventana rota.

—He oído el llanto de un niño ahí dentro —dijo Caroline antes de colarse por la ventana.

El viejo Roger Collinge se acercó a su paso y cuando se asomó vio a Caroline estirada en el suelo con la mitad del cuerpo dentro de un agujero.

—¿Cómo te llamas? —le preguntaba la joven con dulzura mientras se afianzaba para tratar de alcanzarle—. Menuda aventura, ¿verdad? Imagínate cuando se lo cuentas a tus amigos.

—Me llamo Robin —dijo el niño con voz temblorosa.

El anciano Collinge pensó que Caroline caería por el agujero en cualquier momento, y maldijo la vejez que le impedía ayudarla.

—Agárrate a algo, mujer, vas a caerte tú también —gritó el anciano.

—¡Abueloooo! —gritó el niño llorando al reconocer la voz—. ¡Abuelito, ven a buscarme! Ahí abajo está muy oscuro.

El viejo Collinge sintió que le temblaban las piernas al escuchar la voz de su nieto y miró a su alrededor buscando ayuda.

—¡Socorro! —gritó caminando lo más rápido que pudo hacia el camino—. ¡Ayuda!

Caroline se inclinó un poco más y rozó con los dedos el hombro del niño. Tenía la camisa enganchada en un saliente y se sostenía con las puntas de los pies en una piedra de la pared mientras sus manos se agarraban a uno de los travesaños de madera en el que se sustentaban suelo y techo. Gracias a eso no había caído al fondo del agujero que aunque no era muy profundo, sí lo suficiente como para que pudiese sufrir un grave percance. Caroline tenía que pensar rápido y no contaba con demasiados recursos, así que rezó por que la viga carcomida pudiera sostenerla a ella también y se agarró de manera que tan solo sus piernas quedaron sobre el suelo de la primera planta, mientras el resto del cuerpo y la cabeza se hallaban dentro del agujero.

—Vas a tener que ser muy valiente —decía la joven con la cara pegada al niño—. Tendrás que rodearme el cuello con tus brazos y agarrarte fuerte. Yo no puedo sujetarte porque si me suelto me caeré por el agujero y no podré sacarte. ¿Crees que puedes hacerlo?

El niño se sorbió los mocos, soltó una de sus manitas y rodeó el cuello de Caroline. Estaba muy asustado, pero quería salir de allí, así que hizo lo mismo con la otra mano, esta vez muy rápido y cuando la joven sintió sus manitas apretadas detrás de su cuello serpenteó utilizando toda la fuerza con la que contaba para conseguir equilibrar el peso. Cuando sintió que podía soltar la viga respiró, hondo y encogió el estómago rezando por que fuese suficiente distancia y rodó cayendo boca arriba sobre el suelo del piso, con el pequeño sobre ella. En ese momento alguien trataba de tirar la puerta abajo para entrar.

## Capítulo 14

—Venimos a ver a la señorita Wilkie —dijo Jennie Collinge.

Penny estaba en medio del hueco de la puerta cortándoles el paso.

—Caroline está convaleciente de las heridas que se hizo al salvar a su hijo de una muerte segura —dijo Penny con mirada altiva y un poco de exageración.

Jennie miró a la antigua doncella con expresión mortificada.

—Por eso estamos aquí —dijo señalando a sus acompañantes, entre las que se encontraban la señora Templeman, Marelda Riley y Sannah Foss, las tres mujeres más influyentes de Winpenham.

—¿Nos vas a tener en la calle mucho más rato, niña? —preguntó Ortensia Templeman con mal humor.

—Penny, invita a pasar a nuestras amigas —dijo Caroline acercándose a la puerta.

Las mujeres vieron entonces sus brazos vendados y se apresuraron a entrar apremiándola a que se sentara de nuevo en su butaca mientras la llevaban hasta el saloncito.

—No deberías levantarte, querida —dijo la señora Riley.

—Hay que curar muy bien esas heridas si no quieres que se infecten —añadió la señora Foss ahuecándole los cojines una vez se hubo sentado.

—¿Ha comido algo? —preguntó la señora Templeman mirando a Penny—. Te encargas de cuidarla bien, ¿verdad?

—Hago lo que puedo —dijo la antigua doncella—, pero es muy cabezota y no quiere estarse quieta.

Jennie se acercó a Caroline y la cogió de una mano con suavidad, fijándose bien en que su brazo no rozase con nada.

—No había podido venir a darte las gracias —dijo con los ojos llenos de lágrimas—. Nunca podré agradecerte lo suficiente lo que has hecho. Quiero que sepas que jamás, por muchos años que pasen, olvidaré ese generoso acto por tu parte. Pusiste en riesgo tu vida por salvar a mi hijo y estaré en deuda contigo el resto de mi vida.

—No es necesario que me lo agradezca —dijo Caroline abrumada por tanta atención—. Cualquiera habría hecho lo mismo en mi caso.

—De eso nada —dijo la señora Foss sentándose en el sofá—. Acordaos de cuando Bertram Welsey se cayó en aquel pozo. No había nadie en el pueblo que quisiera bajar a sacarlo.

—Cierto —confirmó la señora Templeman yendo a sentarse junto a su amiga—, mi marido tuvo que ofrecer una suma de dinero nada despreciable para que los chicos de Chantler bajaran.

—¿Les apetece un té? —preguntó Penny.

—Sí, gracias, querida —dijo Marelda Riley—, un té y unas pastas nos sentarán de maravilla. Y ya nos encargaremos nosotras de que esta niña coma como es debido.

Penny salió del salón no muy convencida de dejar a Caroline sola con aquellas mujeres, y apresuró el paso cuando estuvo en el pasillo.

—¿Cómo está Robin? —preguntó la anfitriona con una sonrisa.

—Está muy bien —dijo Jennie soltándole la mano con delicadeza sobre el sillón—. No para de contar la historia y debo decir que te considera una auténtica heroína.

—Al viejo Roger casi le da un infarto —dijo la señora Templeman—, dice que hubo un momento en que creyó que caerías de cabeza y arrastrarías al niño hasta el fondo. Pobre hombre, fue terrible para él no poder ayudar.

—Menos mal que pasaste por ahí —dijo la señora Riley—. Nadie habría escuchado al muchacho de no ser así, todo el mundo se había ido hacia el recinto. ¿Y tú? ¿Cómo es que no ibas hacia allí?

Caroline se encogió de hombros, no quería decir nada que pudiera molestarlas.

—¿Las heridas son muy profundas? —dijo Jennie acercando una silla para estar frente a ella.

—Apenas unos rasguños —dijo Caroline quitándole importancia—, tan solo una sangró más de lo normal. Debo llevarlas vendadas para que no se infecten, pero estoy perfectamente.

—Mi padre dice que sangrabas muchísimo —dijo Jennie—. Incluso te desmayaste.

—Fue por la tensión —dijo Caroline sonriendo—. Pero por suerte todo salió bien.

—Aquí está el té —dijo la señora Riley señalando a Penny, que entraba en ese momento en el saloncito.

Caroline se puso el chal sobre los hombros. El susurro del invierno se empezaba a escuchar ya en el viento del otoño, que había hecho caer las hojas con su suave persistencia. Llevaba la última carta que había recibido en uno de los bolsillos de su vestido. No quería que Penny la espiese mientras la leía, sabía que su amiga no tenía maldad, que tan solo mostraba un interés fruto del cariño que le tenía. Pero con su insistencia por darle valor a aquel momento no la dejaba disfrutar de él.

Las cartas llegaban con bastante periodicidad, pero a ella nunca le parecían suficientes. Esperaba la visita del cartero asomada a la ventana y no podía evitar cierta melancolía cuando no traía noticias de su particular amigo.

Las heridas de sus brazos sanaban perfectamente, las costras ya habían empezado a caerse dejando un fino cordón rosáceo allí donde se rasgó la piel. Aquel suceso había dado un vuelco a su vida y, de ser una persona invisible para la mayoría de la gente de Winpenham, ahora la saludaban cuando la veían por la calle o le preguntaban cualquier trivialidad al verla en la tienda.

Curiosamente, a pesar de lo mucho que Caroline había fantaseado con esa situación normalizada, ahora que se había producido no había tenido el efecto en su ánimo que cabría esperar. Al contrario, se había acostumbrado a la libertad que da el ser invisible para todo el mundo y le costaba admitir aquella amigable actitud en los demás. No le parecía algo real, algo con lo que pudiese contar, y cuando sus vecinos le hablaban con sus encantadoras sonrisas y buenos deseos tan solo veía títeres bailando al son que otros dictan, aquellos que deciden qué o quién es aceptable dentro de un grupo y durante cuánto tiempo.

Ahora sabía que necesitar la aprobación y el cariño de otros te convertía en débil y vulnerable. Y si decidían volver a darle la espalda no les importaría el daño que con ello le causaran. Y sabía por propia experiencia que no importaba que tú no hicieses nada para merecer el ostracismo y el rechazo de todos. Este se produciría independientemente de la justicia que impartiese.

Llegó al brezal a media tarde. El viento soplaba suave en su rostro mientras caminaba por aquel lugar en el que se sentía auténticamente libre. Se quedó quieta escuchando el silencio con una abrumadora sensación de paz y después de unos minutos se tumbó en el suelo para contemplar las nubes como cuando Braden y ella eran niños.

—*Tu madre siempre me da el trozo de pan más grande* —decía Braden encerrando una nube entre sus dedos—. *Ella sabe que tengo que crecer más que tú.*

Caroline sonrió al recordarlo. Braden era muy inocente, tenía un corazón fuerte y sincero y ella le hizo daño. Ya entonces sabía que era demasiado bueno para ella. El pequeño no se daba cuenta de que su madre le daba el trozo de pan más grande porque sabía que en su casa escaseaba la comida más que en la de Caroline. Braden no se percataba de aquellas cosas, no prestaba atención a lo que los demás tenían. Aceptaba el mundo tal y como era. Cada uno en su sitio. Por eso cuando la vio en aquella mansión supo entender mejor que ella que ese no era su lugar.

¿Se había equivocado? ¿Debería haber aceptado que su destino era ser la señora de Braden Locksley? Quería a Braden profundamente, con un amor tierno y dulce. Un amor de pan con chocolate y carreras por los páramos. Un amor de tumbarse a ver las nubes y dibujar sus sueños en ellas. Cerró los ojos un instante. Allí donde nadie más habita, en ese lugar amplio y luminoso en el que viven libres nuestros pensamientos, ahí no podía mentirse. Las mentiras no aguantan el conocimiento de uno mismo. Puedes negarlo. Esconderlo. Pero seguirá estando ahí siempre que te asomes y mires. Ella no amaba a Braden, no del modo que debería amarlo para entregarse en cuerpo y alma. No como él la amaba. Podría haberse casado con él y probablemente habría tenido una vida placentera y feliz. Eran amigos. Seguirían siendo amigos. Pero ¿dónde quedaba ese sentimiento profundo e intenso? ¿Ese por el que serías capaz de rebelarte contra el mundo entero?

Se incorporó y sacó la carta que llevaba guardada en el bolsillo y leyó el remitente. Alonso Quijano, Venta La Primorosa, Campo de Criptana, Ciudad Real. Abrió el sobre, desplegó el papel y empezó a leer.

*Dulcísima Caroline,*

*Si sigo avanzando tanto en mi conocimiento de la lengua que inspiró a Cervantes para escribir su obra magna pronto podré leer nuestro libro preferido en su idioma original. Y debo decirte que esa idea me motiva todos los días, más que ninguna otra, a levantarme de la cama y enfrentar un nuevo día.*

*Estas gentes, toscas y bravas, me han enseñado que hay otra clase de personas, otra cultura, otros afectos. Aquí el aire huele a tierra seca y a sol. Es un olor indescriptible que me despeja la mente.*

*Y estando aquí he descubierto que me estaba ahogando y no lo sabía. El aire de Southbourg se había vuelto irrespirable para mí.*

*Hay un niño, José, su madre se llama Lola y es una mujer muy salerosa (así es cómo llaman aquí a la gente con carisma y gracia). Pues a ese pequeñuelo, que habla por los codos y al que apenas entiendo una de cada diez palabras que dice, le gusta entretenerse contando mis dedos y luego los suyos. Se ríe como si nuestra diferencia fuese motivo de alegría, y me coge de la mano para llevarme hasta la venta, como si temiese que pudiera perderme por el camino.*

*También he conocido a los McAllister, un matrimonio escocés que suele venir de vacaciones cada año. Sí es curioso, a mí también me lo pareció. ¿Vacaciones en un lugar como este viniendo desde Escocia? James McAllister es un hombre imponente, debe medir dos metros y viste el feileadh como un auténtico Highlander. Y aquí están ya tan acostumbrados a su falda escocesa que nadie le presta atención. Me gustaría verlo de esa guisa en una de las fiestas de la condesa. Y quizá no sea tan descabellado, pues me ha jurado y perjurado que cuando vuelva a Inglaterra me harán una visita. No sé a dónde podrían visitarme ya que carezco de casa. Te mando un dibujo que, por supuesto, no le hace justicia.*

Caroline sacó el papel del sobre. Se trataba del dibujo de un Highlander, erguido y orgulloso, con un pie apoyado sobre una piedra y la mano descansando en su muslo. De perfil, mirando con ojos de halcón hacia un lugar indeterminado que no aparecía en la ilustración. Llevaba el traje típico de los clanes de las Tierras Altas. Se sujetaba a la cintura por un cinturón, la tela que sobraba estaba colocada sobre su hombro y había dibujado un broche que la sujetaba. Observó con atención la expresión de aquellos ojos verdes y recordó haberlo visto exactamente en aquella pose el día que hablaron de Braden. Dejó el dibujo y volvió a la carta.

*Si me vieras te asombrarías del color de mi piel. Para los españoles el sol es justiciero. «Hace un sol de justicia», dicen. Y es que el astro rey no sabe de ricos ni pobres, de señores o siervos, y calienta o quema por igual a unos y a otros.*

*Pronto se me acabará el dinero y tendré que volver a Inglaterra, buscar un trabajo, un lugar en el que vivir... Espero tener la fuerza necesaria para volver y no regresar. Es difícil aceptar que no hay sitio para ti en ese lugar al que nunca pudiste llamar hogar y que, sin embargo, es el único que conservan tus recuerdos.*

*Tuyo hasta la muerte,*

*El Caballero de la Triste Figura.*

Caroline volvió a tumbarse en el brezal y miró las nubes que se movían en el cielo en busca de otro lugar que sobrevolar. Se imaginó que Norwell miraba también ese mismo cielo junto a ella. Ojalá pudiese decirle que algún día encontraría un lugar al que llamar hogar. Ojalá ella también lo encontrase.

Caroline frunció el ceño al ver el carruaje en la puerta de su casa. No esperaba ninguna visita. Además aquel vehículo era demasiado lujoso, no pertenecía a nadie del pueblo. Cuando se acercó lo suficiente para ver los detalles lo reconoció como uno de los coches de su padre y echó a correr con el corazón latiendo desbocado en su pecho. Entró en la casa y corrió hasta el salón esperando ver a lord Cornforth sentado en su salón, como hacía años.

—Caroline. —Penny se levantó del sofá cuando la vio entrar—. Ha venido la condesa.

Caroline se paró de manera súbita y miró a lady Cornforth sin poder disimular el pánico que su visita le producía.

—¿Ha ocurrido algo? —preguntó temblando—. ¿Meredith, Jonathan, mi...?

—Hola, Caroline —dijo la condesa acercándose para darle un beso—. Veo que vuelves a ser tan poco comedida como la primera vez que te vi.

—Discúlpeme, condesa —dijo haciendo una ligera reverencia—. Siéntese, por favor. ¿Desea tomar algo? ¿Penny le ha ofrecido...?

—Sentémonos las dos, hija —dijo ocupando una butaca y señalando el sofá que estaba frente a ella para que se sentase su ahijada—. He venido a buscarte. Quiero que vuelvas conmigo a Landrock Hoo.

Caroline empalideció, pero no dijo nada.

—Lord Cornforth está muy enfermo —dijo su esposa sin más rodeos—. Tuvo una caída del caballo y se rompió las piernas. Después de eso su salud empezó a resentirse, hubo complicaciones... Desde hace una semana no se levanta de la cama.

Caroline se puso de pie.

—¿Qué haces? —preguntó la condesa.

—Voy a preparar mis cosas —dijo—. No tardaré nada, necesito poco...

—Siéntate niña —dijo la condesa, que no iba a reconocerlo pero se sintió conmovida por la rápida reacción de la joven—. Ahora irás a por tus cosas, pero primero debes escuchar lo que tengo que decirte. Está muy mal, debes prepararte porque es muy posible que no llegue a Navidad.

Caroline sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas.

—Está bien —dijo—. Ninguno de nosotros sabe cuándo llegará su momento.

La condesa se mordió el labio emocionada de nuevo.

—Antes de que llegara a esto me hizo prometer que si le pasaba algo cuidaría de ti como de mis hijos —dijo lady Cornforth—. Te tiene en mucha estima.

Caroline se trago las lágrimas que fue capaz de contener y aceptó con resignación que la condesa la viese llorar todas las que se le escaparon.

—Coge solo lo imprescindible, ya mandarás a buscar el resto más adelante — dijo lady Cornforth.

—¿Y Penny? —preguntó Caroline angustiada por separarse de su amiga.

La condesa meditó unos segundos.

—Que venga también. Mandaré a alguien para que se encargue de cerrar la casa.

Caroline corrió hacia las escaleras para subir a su cuarto y preparar una bolsa con lo más necesario mientras Penny buscaba lo mismo para ella.

Mientras esperaba, la condesa observó cada objeto de aquella habitación con la curiosidad por saber algo de quien vivió allí. La persona que consiguió el afecto de su marido cuando más suyo debería haber sido. Se levantó para ver de cerca un pequeño marco con la foto de una mujer joven y hermosa. Una mujer que se parecía mucho a Caroline. Tenía sus vivaces y curiosos ojos y una serena y dulce sonrisa.

Cuando la joven entró en el salón y vio a la condesa frente a la chimenea se detuvo insegura, pero después de unos segundos de duda recorrió la habitación y cogió el marco metiéndolo en su bolsa de viaje.

—Ya estoy lista —dijo decidida.

## Capítulo 15

—¡Caroline! —Meredith corrió a abrazar a su hermana—. Estás muy cambiada. Te has hecho mayor.

—Tú también —dijo Caroline abrazándola con tristeza—. Estoy deseando ver al pequeño Darcie.

—Ahora me arrepiento de no haberlo llamado Andrew —dijo su hermana sin poder disimular las lágrimas.

—¿Cómo está? —preguntó Caroline.

—Muy mal —dijo—. Apenas come y se pasa la mayor parte del tiempo durmiendo. Alguna vez parece recobrar las energías y nos habla con normalidad. Es como si aprovecharse esos momentos para darnos órdenes e indicaciones para cuando ya no esté.

—¿Puedo verlo? —preguntó su hermana.

—Querrás asearte y descansar un poco...

—No, quiero verlo cuanto antes —dijo Caroline decidida.

—Está bien, vamos, te acompañaré.

Caroline se sentía extraña caminando de nuevo por aquella casa. Subió las escaleras mirando con atención cada recoveco de la escalera, los pasamanos brillantes, los cuadros de las paredes. Respiró suavemente por la nariz percibiendo los olores que no había olvidado.

Cuando entró en el cuarto y vio a su padre en la cama le vino a la mente otra cama y otro ser querido cercano a partir.

Caroline se acercó al lecho en el que lord Cornforth respiraba sin apenas ruido. Cogió una butaca que había contra la pared, la acercó al lado de la cama y se sentó. Su hermana permaneció con ella unos minutos, pero tenía ganas de ver a su pequeño Darcie y llevaba toda la mañana allí. Sigilosamente salió de la habitación y avanzó por el pasillo hasta el cuarto de su madre. Tocó en la puerta con suavidad.

—Madre —dijo en un tono bajo.

—Entra, hija, estoy descansando —dijo la condesa.

Meredith entró en el cuarto de su madre y cerró la puerta tras ella con cuidado.

—¿Tu hermana se ha quedado con él? —preguntó la madre.

Meredith asintió con la cabeza.

—Me marcho a casa, tengo muchas ganas de ver a Darcie.

—Claro que sí, hija, aquí no hay nada que puedas hacer. Vuelve con tu familia —dijo la condesa con aspecto cansado.

—¿Caroline va a quedarse? —preguntó.

—Mientras tu padre esté... —asintió lady Cornforth.

—¿Y después? —Meredith se sentó en el diván en el que su madre se había recostado.

—Después supongo que querrá volver a aquella casa —dijo la condesa.

—Mamá, es nuestra hermana, no puedes utilizarla y luego deshacerte de ella.

—No es vuestra hermana —dijo la condesa con mirada acerada—. No vuelvas a decir eso.

—Jonathan se pondrá furioso si...

—Tu hermano ya no vive aquí —la cortó su madre—. Y tú tampoco. La que está aquí con vuestro padre, sufriendo esta terrible situación, soy yo. Si he traído a Caroline es porque necesito ayuda y vosotros no podéis proporcionármela.

—Pero ella es tan buena, mamá. No se merece...

—¿Y qué quieres que yo haga? ¿Que la deje quedarse aquí para que traiga de nuevo el escándalo a la familia? —La condesa cerró los ojos y se llevó una mano a la frente para tratar de calmar el dolor de cabeza que la aquejaba desde hacía horas—. Ya sé que es buena, y yo he hecho todo lo posible por hacer su vida más fácil. No he tenido en cuenta quién fue su madre. ¿Te parece que no he hecho bastante? ¿Podrías tú hacer lo mismo si descubrieses que Alston tiene una amante y que esa mujer le ha dado una hija?

Meredith empalideció, no podía ni pensar en ello sin estremecerse de terror.

—Los hijos no tienen la culpa de los pecados de sus padres —dijo con menos vehemencia.

—¿Y crees que eso lo hace menos doloroso? —preguntó la condesa—. Espero que no tengas nunca que comprobarlo, hija. Y ahora déjame sola, a ver si consigo que se marche este dolor de cabeza.

Meredith le dio un beso y salió del cuarto sin hacer ruido. Una vez en el pasillo bajó las escaleras y pidió al mayordomo que preparasen su coche. Estaba deseando volver a casa con su marido y su hijo.

Caroline permaneció junto a la cama de su padre esperando a que despertase. Cuando el conde abrió los ojos y la vio creyó que era una alucinación provocada por las medicinas que le daba el doctor Haynes para calmar sus dolores.

—Papá —lo dijo sin pensar, pero le sonó tan normal que no trató de corregirse.

—¿Caroline? —Lord Cornforth la escrutó con la mirada.

—Sí, soy yo —dijo ella sonriéndole con ternura.

—Entonces es que me estoy muriendo —dijo él con resignación—. Si han ido a buscarte, solo puede ser por esa causa.

Caroline se levantó de la butaca y le ahuecó los cojines para que estuviese más cómodo.

—No sea criatura —dijo—, la condesa ha mandado buscarme porque necesita ayuda. Yo soy la única de sus hijas sin ocupación.

El conde la miró con una mezcla de tristeza y agradecimiento, pero no dijo nada y volvió a cerrar los ojos. Después de unos segundos volvió a abrirlos para comprobar que seguía allí.

—Te pareces mucho a tu madre —dijo mirándola con una expresión conmovedora—. La primera vez que la vi fue como si alguien me golpease en el corazón. Después mi mundo se vino abajo.

—No se fatigue —dijo Caroline, incómoda, tratando de que no dijese algo de lo que más tarde tuviese que arrepentirse.

Lord Cornforth sonrió comprensivo.

—No temas, no he perdido aún la razón, sé perfectamente lo que digo... —Un ataque de tos lo dejó sin aire durante unos minutos.

Caroline se dio cuenta de que estaba sofocado por el calor y retiró la colcha que lo cubría dejando tan solo una fina sábana. En pocos minutos el rostro del conde se vio aliviado.

—Amelia era una joven despierta e inquieta. —Hablaba mirando al techo, como si allí se proyectasen las imágenes de aquellos días—. Eso fue lo que me atrajo verdaderamente de ella. Al principio fue su belleza, una belleza dulce y sencilla, sin teatralidad. Eso llamó mi atención, pero no habría pasado de ahí, te lo aseguro. Nunca fui un mujeriego...

Caroline miraba a su padre consciente de que aquello no era para ella. Se estaba confesando como lo haría con un sacerdote. Como si creyese que había llegado su hora y quisiera descargar el peso de su conciencia. Se resignó y se dispuso a escuchar todo lo que tuviese que decir.

—Yo amaba a Meredith —dijo mirando a su hija, y en sus ojos no había ocultación—. Tenía un matrimonio feliz, me había casado con la mujer que amaba. Pero ¿cómo saber si es la mujer si no has conocido a todas las mujeres? Yo amé a Meredith porque nunca había visto a Amelia, esa es la verdad.

Caroline miró hacia la puerta temiendo que la condesa estuviese allí y hubiese escuchado aquellas palabras. Cerró los ojos aliviada al verla cerrada.

—Cuando supe que la amaba ya era demasiado tarde —dijo Andrew con los ojos llenos de lágrimas—. Demasiado tarde.

Caroline cogió una de sus manos con ternura. Nunca imaginó que su padre fuese tan frágil.

—Ella luchó contra esos sentimientos con más ahínco que yo —dijo mirando a su hija—. ¡Dios! ¡Luchó tanto que finalmente consiguió apartarme de ella!

Apretó la mano de Caroline y dejó que las lágrimas salieran sin oponer resistencia.

—Creo que debemos hacer que se mueva. —Caroline estaba de pie frente a la condesa, que la miraba con semblante serio—. No podemos dejar que crea que ya no hay nada que hacer. Es un hombre fuerte y tan solo necesita que su cuerpo lo recuerde.

—Pero, niña, si apenas tiene fuerzas para darse la vuelta en la cama —dijo su esposa.

—Porque ha perdido las ganas de vivir —dijo Caroline convencida—. Debemos demostrarle que aún es muy necesario, que todos le necesitamos.

Lady Meredith empezaba a contagiarse de su seguridad.

—¿De verdad lo crees posible? El doctor Haynes...

—Los médicos curan el cuerpo, pero no pueden hacer nada con el alma —la interrumpió Caroline—. Seguiremos sus indicaciones en cuanto a la enfermedad y le daremos las medicinas que ha recetado. Pero para lo demás necesita otra clase de ayuda, y juntas se la daremos.

Norwell cerró la maleta y la miró sorprendido. Llevaba de equipaje lo mismo que había traído y, sin embargo, era consciente que se llevaba mucho más de lo que trajo. Se sentó un momento en la cama de su cuarto y observó aquellas paredes con tristeza. Todo lo que había vivido en aquel viaje le había ayudado a curar sus heridas, aunque sabía que algunas tan solo se habían cerrado en falso y que cuando volviese a Inglaterra probablemente volverían a abrirse.

Se levantó y arrancó su retrato de la pared. Lo dibujó la primera noche que pasó en aquella venta y, como estuvo allí colgado desde ese momento, había pasado a formar parte de la decoración. No necesitaba aquel dibujo para recordarla, su rostro estaba grabado en su cerebro como las grietas de los árboles que adornaban el paseo.

Ya no caminaría más noches bajo aquellos árboles mientras todos dormían. No miraría aquellas fulgurantes estrellas que cubrían de brillo la oscuridad tan solo para sus ojos.

Abrió la maleta y colocó el retrato con mucho cuidado, acariciando los contornos de su rostro como si pudiera sentir el calor de su piel bajo la yema de los dedos. Suspiró. Un largo y contenido suspiro.

—Ya está el desayuno —dijo Dolores abriendo la puerta sin llamar—. ¡Uy!, perdone.

Norwell sonrió al tiempo que cerraba la maleta.

—No me pidas perdón, Dolores, esta es tu casa —dijo en español.

—Pero yo sé que a usted le gusta que llame, es que siempre me olvido —dijo la joven con una sonrisa divertida.

Norwell sabía que en realidad le daba igual, por eso había hecho lo mismo durante todos los días que había ido a avisarle de que estaba listo el desayuno. Al principio le provocó más de un sobresalto. Entraba cuando se estaba vistiendo, cuando se estaba lavando, cuando... Y Norwell había intentado por todos los medios que comprendiese que eso violaba su intimidad. Pero Dolores era testaruda y muy constante en sus actos.

—La voy a echar de menos —dijo la joven entrando en el cuarto y señalando la pared vacía.

Norwell sonrió, agradecido de que se hubiese fijado.

—Pronto volverá a verla —dijo la joven poniéndose las manos en la cintura como solía hacer.

—No lo sé —dijo él negando con la cabeza—. No vuelvo a Southbourg, voy a Londres.

—¿Y está muy lejos el Sazbur ese, de Londres? —preguntó Dolores.

Norwell se encogió de hombros.

—A más de ciento cincuenta kilómetros —dijo—. Además, Londres es una gran ciudad, aunque estuviese allí quizá no nos encontrásemos.

—Mira que llegan a ser raros estos ingleses —dijo Dolores moviendo la cabeza—. Está loquito por una mujer y lo único que se le ocurre es irse de su lado para poder escribirle cartas.

Norwell sonrió abiertamente.

—Ella no quiere saber nada de mí —dijo con sinceridad—. No tengo nada que ofrecerle.

—Eso es lo malo de la gente como usted. A mí con que un hombre me quiera y me cuide, ya me basta. Pero los de su clase siempre quieren cosas que cuestan dinero, como si eso fuera más importante que lo que guarda ahí dentro —dijo Dolores señalando el lado izquierdo de su pecho. Después se encogió de hombros como si lo dejase por imposible y, dándose la vuelta, salió del cuarto.

Gracias a Caroline la condesa pudo descansar y volver a instaurar una relativa rutina de actos intrascendentes. Pudo dejar de pensar en la enfermedad de su marido a todas horas como una losa que pesaba sobre su cabeza. Acudir a alguna reunión informal que no le robase mucho tiempo y dedicarle tiempo a su primer nieto, Darcie, que era el niño más encantador sobre la tierra, según palabras de su tía.

Eso hizo que lady Meredith se mostrase más optimista y colaboradora con las ideas de su ahijada. Y el conde empezó a mejorar de manera evidente haciendo que todos viesan a Caroline como su salvadora. Aunque al principio aquel hecho llenó de alegría tanto a su esposa como a sus otros hijos, también provocó cierto resquemor amargo en la condesa. Empezó a obsesionarse con la idea de que su esposo amaba profundamente a aquella hija ilegítima porque en realidad su verdadero amor fue Amelia Wilkie. El dolor que sintió al descubrir la infidelidad de su esposo cuando apenas llevaban dos años casados volvió a marcar las cicatrices de su corazón. Un corazón que hicieron pedazos y cuyas piezas tuvo que unir una a una ella sola.

La condesa miraba a Caroline a hurtadillas e imaginaba en sus ademanes los gestos de su madre creando una simbiosis enfermiza entre ambas. Imaginaba que era Amelia cuando le llevaba la cuchara a la boca o cuando la veía ahuecándole los cojines. Pero también la imaginaba besando sus labios, desnuda entre sus brazos... Y esos pensamientos incestuosos amenazaron su estabilidad mental y alteraron su ánimo.

Caroline era consciente de aquel cambio en la condesa y lo achacó al sufrimiento por lo cerca que había estado la muerte de llevarse a su esposo, pero no dejó que ningún temor empañase las buenas nuevas.

El conde sobrevivió a la Navidad y empezó a pasear en una silla de ruedas empujada por Caroline. En primavera ya caminaba distancias cortas cogido de su brazo y comía con buen apetito.

—¿Has recibido carta de Alonso? —preguntó cuando estaban sentados en la glorieta.

Caroline le había hablado de su amigo sin decirle quién era realmente. Estaba segura de que el conde pensaba que se trataba de Braden, pero no lo sacó de su error porque prefería que no supiese la verdad.

—No —dijo al tiempo que negaba con la cabeza.

—¿Cuánto tiempo hace de la última? —preguntó el conde.

—Un mes —dijo ella mirando hacia el bosque.

—Quizá haya decidido volver —dijo su padre mirándola con atención.

—Quizá —dijo Caroline disimulando cierto temor por ello.

—Me gustaban esas historias que me contabas sobre él —dijo el conde—. Me habría gustado hacer una visita a esos lugares de los que habla.

Caroline sonreía, feliz de escucharlo manifestar esa clase de deseos, cuando vio que lady Meredith se acercaba a ellos protegiéndose del sol con una sombrilla.

—Buenos días, condesa —dijo poniéndose de pie—. Siéntese aquí, estará más fresca.

—Buenos días —dijo tomando asiento junto a su marido—. Ya está todo preparado para el regreso de Jonathan. He hecho que limpien su habitación a fondo y la señora MacInnes preparará pavo relleno y salchichas y beicon...

—Parecerá que es Navidad otra vez —dijo su esposo.

—¡Qué alegría que lo hayan destinado a Londres! —exclamó Caroline sin poder contenerse—. ¡Nada menos que en Palacio!

—Es un buen muchacho. Se lo ha ganado —dijo el conde—. Debemos estar orgullosos de él. De todos nuestros hijos.

Miró a su esposa con ternura y ella le cogió la mano con el mismo cariño.

Perkins se acercó con una bandeja que contenía un sobre.

—Gracias, Perkins —dijo la condesa despidiendo al mayordomo al tiempo que abría el sobre—. Es de los Braham, nos envían una invitación para la Fiesta de los Abedules.

—¿Ya ha pasado un año de la última vez? —exclamó sorprendido lord Cornforth.

—Y gracias a los cuidados de tu hija podemos disfrutar de ello juntos de nuevo —dijo sin apartar la mirada.

Era la primera vez que manifestaba en voz alta el parentesco que los unía y Caroline vio en el rostro de la condesa una extraña expresión, que era una mezcla de gratitud y odio.

—¡Jonathan! —Caroline se mantuvo con los pies clavados en el suelo a pesar de que hubiese querido abalanzarse sobre su cuello.

—¿No vas a darme un abrazo, hermanita? —preguntó.

Caroline sonrió y se acercó comedida, pero el joven la enlazó por la cintura y la hizo dar vueltas con los pies en el aire.

—¡Basta de niñerías! —exclamó la condesa haciendo que la soltase—. Ven a dar un beso a tu madre.

Jonathan besó y abrazó a la condesa con enorme cariño y después saludó a su padre con la misma ternura. Caroline los observó con satisfacción, eran una gran familia y se sentía honrada por que la dejaran participar de ella.

—¿Cuándo has de incorporarte a tu nuevo destino? —preguntó su madre.

—Tengo diez días de permiso —dijo—. Ahora quiero darme un buen baño y quitarme esta ropa. Luego iré a ver a mi otra hermana y a ese pequeñajo adorable. Le he traído un juguete que le va a encantar.

Cuando estuvo listo para salir, Caroline se ofreció a acompañarlo y decidieron recorrer los tres kilómetros que los separaban de la casa de Meredith a pie. Así tendrían tiempo de charlar tranquilamente.

—He visto el trabajo que has hecho con papá —dijo Jonathan mirándola admirado—. Después de vuestras cartas de verdad que pensé que no lo lograría.

—Había perdido las ganas de vivir —dijo ella con sinceridad—. Su cuerpo enfermó, pero lo que estaba peor era su espíritu. Había muchos fantasmas en su pasado.

Jonathan asintió.

—No quiero saber los detalles —dijo—, porque sé que no me gustarían. Lo único que me interesa es el aquí y el ahora.

—Pues aquí y ahora, todo está bien —dijo Caroline.

—¿Y tú? ¿Cómo estás tú? —preguntó observando con atención. No creía que nadie se hubiese preocupado de preguntarlo.

—Estoy bien —dijo y de repente se dio cuenta de que era cierto. Se sentía realmente bien.

—Eso me pareció al verte. Ya no tienes ese velo en la mirada que vi cuando fui a verte a Winpenham, pero no quería hacerme ilusiones —dijo.

Caroline sonrió.

—¿Y tú? ¿Qué me cuentas de ti, flamante Capitán de la Guardia? —preguntó señalando sus galones.

Él se encogió de hombros.

—Solo cumplía con mi deber —dijo con una sonrisa cómplice.

—¿Y ha causado mucha sensación tu regreso con honores? —siguió interrogándolo—. Estoy segura de que hay al menos una persona, aparte de nosotros, que debe estar ansiosa por verte.

—Pues no sé a quién te refieres —dijo poniendo cara de despistado—. La verdad es que no tengo nada especial que contarte, bueno, aparte de que mañana por la mañana voy a pedir la mano de Alessandra Flannery.

Caroline abrió la boca sin dar crédito a lo que escuchaba y acto seguido le dio una palmada en el brazo.

—¡Pero...! ¡Serás! ¡Y me lo dices así!

Los dos se echaron a reír a carcajadas.

—Quería que fueses la primera en saberlo —dijo él cuando dejaron de reír—. Bueno, la primera después de papá. Y de mi madre, claro.

—Vamos, que soy la primera empezando por la cola —dijo Caroline riendo.

—No, ahora se lo contaré a Meredith. Técnicamente ella será la última.

Caroline sonrió feliz. Adoraba que fuese su hermano.

## Capítulo 16

—Caroline, por favor —pidió Meredith—, ¿puedes llevarlo tú a la cama y leerle un cuento? Me gusta hacerlo a mí, pero me duelen tanto los pies.

La joven se levantó y cogió en brazos a su sobrino sacándolo del saloncito en el que había estado jugando con sus tíos. Meredith miró hacia la puerta y no apartó la vista hasta que se cerró detrás de su hermana. Después se volvió a Jonathan.

—Qué bien que estés aquí —dijo bajando los pies del escabel en el que los había reposado.

—¿Ocurre algo con Caroline? —preguntó Jonathan con preocupación.

—Con ella no, con mamá —aclaró—. Tienes que hablar con ella.

Su hermano frunció el ceño, desconcertado.

—¿No has visto cómo la mira? —preguntó Meredith colocándose un poco de lado para evitar la presión que sentía sobre su espalda. El bebé parecía tener un pie apoyado en sus vértebras, a juzgar por el dolor que se había alojado allí.

—No he tenido tiempo, apenas he estado con ellas dos juntas más de tres minutos.

—Pues ya te darás cuenta. Hay algo en la cabeza de mamá y no es algo bueno, te lo aseguro. Cuando trajo a Caroline ya lo hizo con la intención de que en cuanto padre mejorase la enviaría de vuelta a Winpenham.

—Pero eso es injusto —dijo Jonathan.

—Muy injusto, y no podemos permitirlo. Ya le fallé una vez...

—No tenías opción —dijo su hermano—, y ella lo sabe.

—Entonces aún no sabía cómo manejar a Alston, pero ahora soy yo la más fuerte de este matrimonio y ahora no sería capaz de obligarme.

—Vaya, hermanita, hay que ver cómo has cambiado —dijo el mellizo, admirado.

—He aprendido cosas... —dijo con ambigüedad.

—Vale, vale, no me hace falta conocer tus armas —dijo él.

—Mamá te hace más caso que a nadie, debes hablar con ella, averiguar qué tiene en mente. Tienes que...

—He captado el mensaje, no hace falta que me digas las palabras exactas que debo decir —dijo Jonathan orgulloso.

—Tienes razón —dijo su hermana con un gesto de humilde disculpa—, a veces me olvido que no todos sois Darcie.

La puerta se abrió y Caroline entró en el salón.

—Misión cumplida —dijo acercándose a los dos hermanos—. ¿Ya se lo has dicho?

Meredith miró a Caroline y después a Jonathan.

—¿Decirme qué? —preguntó con curiosidad.

—¡Va a pedir la mano de Alessandra Flannery!

Meredith abrió tanto la boca y los ojos que los otros dos se echaron a reír.

Jonathan encontró a su madre de pie frente a uno de los ventanales y al acercarse vio que estaba concentrada observando a Caroline, que paseaba del brazo de su padre, y por eso no lo oyó llamarla.

—Mamá, te estaba buscando —dijo junto a ella.

La condesa dio un respingo al percatarse de que no estaba sola.

—¡Hijo, qué susto me has dado! —exclamó.

Jonathan sonrió.

—Es la falta de costumbre de tenerme en casa, supongo —dijo con cariño.

La condesa sonrió y se agarró a su brazo con cariño.

—Ven, sentémonos y hablemos de tu compromiso con Alessandra Flannery.

Madre e hijo se sentaron en el sofá.

—Yo te hablaré de Alessandra si tú me hablas de Caroline —dijo Jonathan.

La condesa se mostró desconcertada.

—¿Qué quieres que te cuente de Caroline?

—¿Cuáles son tus planes para ella? —preguntó su hijo.

—No he hecho planes para ella. Ya los hice una vez y no salieron bien.

Jonathan no apartó la mirada de aquellos ojos de mirada turbia. Era cierto lo que decía su hermana, su madre ocultaba algo.

—¿Qué ocurre? —preguntó muy serio.

—No ocurre nada que yo sepa —respondió la condesa.

—¿Piensas mandarla de vuelta a Winpenham?

Su madre apartó la mirada.

—Ya veo —dijo él.

La condesa se mordió el labio.

—¿Después de lo que ha hecho por papá? —Jonathan no daba crédito—. Prácticamente le ha salvado la vida.

—Ella no puede ser feliz aquí —dijo su madre mirándolo con cierta vergüenza—. No sale de nuestra propiedad, no se relaciona con nadie. ¿Crees que eso es bueno para una jovencita de su edad?

—Quizá deberías esforzarte más en que pierda ese miedo que no la deja avanzar —dijo Jonathan con dureza—. Quizá podrías devolverle un poco de todo lo que ella te ha dado durante todos estos años.

—¿A mí? —la condesa lo miraba dolida—. ¿Qué me ha dado a mí? ¡He sido yo la que le he dado todo lo que tiene! ¡Yo! ¡Después de sufrir por lo que su madre me hizo!

—¿Qué hay de aquello de que los hijos no deben...?

—¡Oh, basta ya! Siempre vais a estar restregándomelo por la cara —dijo cansada—. Una cosa es lo que te dice la mente y otra muy distinta lo que te dicta el corazón.

Su hijo la miró y por primera vez comprendió algo de lo que no se había percatado hasta entonces. La condesa, aquella mujer fuerte y segura, capaz de manejar sus dominios con una entereza sin igual, era tan solo una mujer triste y debilitada por una traición que aún no había superado.

—Madre...

—No te atrevas a compadecerme —le advirtió con firmeza—. Soy tu madre, jamás oses compadecerme.

—No te compadezco —dijo su hijo cogiéndole las manos—. Tan solo quiero que sepas lo mucho, lo muchísimo que te quiero.

La condesa estiró el cuello tratando de que las lágrimas pasaran por su garganta sin que fuesen visibles en sus ojos.

—¿De verdad no te importa? —preguntó lord Cornforth una vez más antes de salir de la casa.

—Por supuesto que no —respondió Caroline con una sonrisa—. Disfruten de la fiesta.

Los condes salieron de la casa y caminaron hacia el carruaje.

—Quiero que sepas que estoy muy enfadado —dijo Jonathan parado delante de ella con su uniforme de gala.

—Estás guapísimo, hermanito. Alessandra se va a desmayar cuando te vea —dijo colocándole bien el cuello, que se había doblado.

—¿Por qué eres tan cabezota? —preguntó mordiendo las palabras—. Tienes tanto derecho a ir a esa fiesta como cualquiera.

Caroline lo miró muy seria.

—Él estará allí —dijo con frialdad—, no le daré el gusto de que me mire a los ojos y vea cómo me hago pedazos.

Su hermano empalideció y apretó la mandíbula.

—Y tú —dijo Caroline agarrándolo de la banda de gala—, no te acerques a él. No olvides que eres un oficial inglés, un oficial de la reina.

Jonathan se irguió solemne y asintió levemente con la cabeza.

—Disfruta de la velada y no te preocupes por mí —dijo sonriéndole—, no necesito esas fiestas para nada.

Su hermano subió también al carruaje y ella esperó hasta verlos alejarse, antes de volver a la casa.

—Perkins, ¿sabe dónde está Penny? —preguntó.

—La señorita Hayton está en el saloncito azul, señorita.

Caroline asintió y fue en busca de su amiga.

—¿Qué haces? —preguntó al ver que escondía algo al verla entrar.

—Nada, estaba cosiendo una camisola —dijo cogiendo rápidamente la aguja y pinchándose en el dedo.

Caroline se sentó a su lado y la miró muy seria.

—¿Ya no somos amigas? —preguntó con tristeza—. Antes nunca me mentías.

Penny suspiró, sacó una carta del bolsillo y se la mostró.

—¿Una carta de Mayhew? ¿Y por qué me la escondías? ¡Me encanta que os escribáis!

—Lo sé, pero también sé que ahora vas a querer saber qué me dice y, como has dicho, yo no puedo mentirte...

Caroline frunció el ceño.

—¿Y por qué habrías de mentirme? —preguntó, confusa—. ¿Qué es lo que te dice?

Penny movió la cabeza disgustada porque se lo hubiese preguntado.

—Bueno, me echa de menos e insiste en que vuelva —dijo.

Caroline abrió la boca sorprendida y volvió a cerrarla sin decir nada.

—No quiero que empieces a hacer cábalas...

—Esto es injusto para ti —dijo su amiga sin hacerle caso—. Primero te obligaron a marcharte conmigo y cuando te habías acostumbrado a vivir en Winpenham, y Mayhew y tú...

—¿Ves? ¡Lo sabía! —exclamó dejando la costura sobre la mesa—. Yo estaré donde tú estés, no voy a ir a ninguna parte.

—Pero ¿por qué? —preguntó la otra con aquella determinación en la mirada—. No es necesario que te quedes aquí conmigo, puedes volver a...

—¿Ah, sí? No tengo modo de ganarme la vida allí —dijo Penny levantando las cejas.

—Pero yo pagaré tus gastos como hasta ahora —dijo—. Puedes quedarte en mi casa hasta...

—¿Hasta qué? ¡No lo digas! ¡Ni se te ocurra decirlo! —Penny se puso de pie paseándose delante de la chimenea apagada.

—Pero ¿es que no quieres que te lo pida? ¿No quieres casarte con él, Penny? —preguntó Caroline sin comprender.

—¡Claro que quiero! ¡Es lo que más deseo! —exclamó su amiga—. Pero ¿quién dice que vaya a pedírmelo? Apenas nos conocemos.

—No digas tonterías —negó su amiga—. Solo hay que ver cómo te mira. ¡Pero si bebe los vientos por ti, tonta!

—Ya, ya —dijo la antigua doncella sin parar de moverse—, ya me sé yo esas cosas. El mundo está lleno de chicas que se pensaron que iban a casarse y lo que querían era otra cosa...

—No digas eso, Penny —dijo Caroline muy seria—. Ni lo insinúes siquiera. Mayhew sería incapaz de aprovecharse de nadie, mucho menos de ti. Ojalá todos los hombres fuesen tan honrados como él.

Penny se detuvo en seco al ver la expresión en el rostro de su amiga. Fue a sentarse junto a ella rápidamente y la cogió de las manos.

—Perdóname, Caroline, soy una estúpida al hablar así.

Su amiga la miró a los ojos.

—¿Tú le quieres, Penny? —preguntó.

La otra asintió sin apartar la mirada.

—Entonces debes casarte con él —dijo—. No debemos huir de las cosas buenas que nos pasan.

Norwell bajó del coche sin prisa. Con una pequeña maleta en la mano se detuvo frente a la puerta de la editorial. Respiró hondo y se dirigió a la entrada.

—Tengo cita con el señor Tilford Beche —dijo cuando estuvo frente a su secretario.

—El señor Beche le está esperando. —El hombre le indicó que lo siguiera y lo anunció al entrar en su despacho.

—¡Adelante, adelante! —dijo el editor poniéndose de pie y saliendo a recibirlo—. Señor Symmons, estaba deseando conocerlo.

Norwell estrechó la mano de su anfitrión sin que viese en su expresión el más mínimo gesto por la falta de su meñique. Tomó asiento en donde le indicaba.

—Veo que viene directamente de su viaje —dijo el señor Beche señalando su maleta.

—Así es —dijo Norwell sin aparcarse aquella pose seria.

—Pero relájese —dijo el editor sonriendo—, estamos entre amigos. ¿Le apetece un brandy?

—Preferiría un whisky, si no le importa —dijo.

Su anfitrión sirvió dos vasos y le entregó el suyo ante de volver a sentarse.

—Quiero que sepa que su libro me ha entusiasmado y estoy deseando que empecemos a trabajar juntos. Después de leer *El inglés que leía El Quijote* supe que tenía delante a un escritor extraordinario. Tengo muchas cosas que preguntarle y muchas ganas de que trabajemos juntos.

Norwell sonrió por primera vez y asintió empezando a relajarse.

—Yo también —dijo.

Hablaron durante horas sobre la trama, el formato y sobre los motivos que lo habían llevado a escribir aquella magnífica historia sobre las emociones humanas.

—¿Se va a quedar en Londres esta noche? —preguntó el editor.

—Tengo intención de instalarme en la ciudad —dijo Norwell.

—Tenía entendido que era usted de Southbourg —dijo Beche.

—Así es —confirmó Norwell—, pero no hay nada allí para mí.

—Londres es una magnífica ciudad —dijo el editor—, no creo que pudiese vivir en ninguna otra.

—Señor Beche, ¿usted podría recomendarme alguna casa de huéspedes que no fuese demasiado costosa?

—Pero llámeme Tilford, por favor —dijo el editor sonriendo—. Le daré la dirección de un pequeño hotelito que lleva una vieja conocida. Se sentirá como en casa.

—Muchas gracias —dijo Norwell.

—Y ahora —dijo el editor poniéndose en pie—, si me da un momento iré a buscar al señor Locksley, que también quiere conocerlo.

Norwell frunció el ceño.

—¿Locksley? —preguntó.

—¿Conoce a Braden Locksley? —Tilford Beche se volvió a mirarlo antes de salir del despacho.

Norwell dudó un segundo antes de negar con la cabeza.

—Supongo que sabe que la empresa americana Wharton & Co. ha comprado la editorial —dijo Tilford—. Mejor que se lo explique el señor Locksley. No tardaré.

El editor salió del despacho dejando a Norwell en plena confusión. No tenía ni idea de que Braden Locksley tuviese relación con aquella editorial. De haberlo sabido... La puerta se abrió acabando con sus elucubraciones y tras el señor Tilford apareció un hombre alto y moreno, con mirada intensa y expresión huraña, que le tendió la mano cuando Norwell se puso de pie.

—Braden Locksley —dijo presentándose.

Norwell asintió sin decir nada.

—¿Ocurre algo? —preguntó Braden.

—Acabo de darme cuenta de que tenemos una amiga en común —dijo Norwell.

Braden frunció el ceño convencido de que se equivocaba.

—No tengo amigos en Londres —dijo.

—No es de Londres —aclaró Norwell—. Ahora vive en Southbourg, pero usted la conoció en Winpenham.

Braden Locksley entrecerró los ojos taladrándolo con la mirada.

—¿Conoce a Caroline Wilkie? —preguntó.

Norwell asintió.

—Tilford, déjenos solos, por favor —dijo Braden muy serio.

El editor salió del despacho sin protestar.

—¿Fue usted? —preguntó Braden con frialdad.

Norwell frunció el ceño sin comprender la pregunta.

—¿Fue usted el motivo por el que tuvo que abandonar Landrock Hoo? —insistió Braden.

—¿Caroline no está en Landrock Hoo? —preguntó sorprendido—. ¿Desde cuándo?

Braden lo miró durante unos segundos en silencio, valorando la sinceridad de su sorpresa.

—Caroline volvió a Winpenham hace meses —explicó.

El cerebro de Norwell empezó a calibrar todas las posibles razones que la hubiesen impulsado a hacer eso, pero no encontró ninguna que fuese aceptable.

—He estado escribiéndole desde España y enviando mis cartas a Landrock Hoo creyendo que... —susurró pensativo.

—Pues siento decirle que es muy probable que no haya tenido conocimiento de esas cartas. Yo le escribí durante meses cuando se instaló allí y no le entregaron

ninguna de mis cartas —dijo Braden—. Aunque no creo que usted y yo estuviésemos en la misma situación.

Norwell lo miró sonriendo con ironía.

—Si se refiere a nuestra posición económica, me temo que la mía no es mucho mejor de lo que debía ser la suya.

Braden frunció el ceño.

—Mi padre dilapidó nuestro dinero, incluida la herencia que me dejó mi madre. Cuando me marché a España llevaba conmigo mis últimos ahorros y ahora mismo ya no me queda apenas nada.

—Quizá todo eso cambie ahora que vamos a publicar su novela —dijo Braden convencido—. Es lo mejor que he leído en años.

## Capítulo 17

Braden observaba a Olivia mientras atendía a su invitado. Aún se preguntaba por qué tardó tanto en enamorarse de ella. Era una mujer increíble en todos los aspectos. Dulce y cariñosa en todo momento, experta en sus funciones, divertida en su charla y apasionada en la cama. Sin embargo, a pesar de que ella puso sus ojos en él desde el mismo instante en que lo vio, a él le costó mucho dejarla entrar en su corazón.

Olivia lo miró desde el otro lado del salón y le sonrió con aquellos labios sensuales que tanto placer le proporcionaba besar. Ahora la amaba, de un modo tranquilo y sosegado, pero la amaba.

—Pasemos al comedor —dijo después de que el mayordomo anunciase que la cena estaba lista.

Norwell se sentó frente a ella, mientras Braden lo hacía en la cabecera de la mesa como anfitrión.

—Entonces entiendo que están aquí de manera provisional —dijo Norwell después de poner la salsa sobre su patata asada.

—El padre de Olivia es Donald Wharton, dueño del grupo editorial Wharton & Co. —explicó Braden—. Hace tiempo que quería expandirse a Inglaterra y nos ha enviado a nosotros como sus emisarios. Debíamos comprar una editorial y prepararla para seguir los estándares de la casa.

Norwell asintió.

—Donald Wharton es el director del Boston Examiner —dijo para demostrar que sabía de quién hablaban.

—Sí —afirmó Olivia—, esa es la niña bonita de papá.

—Vaya, yo creía que eras tú —dijo Braden mirándola con el ceño fruncido—, quizá debí casarme con el periódico.

—Muy gracioso —dijo su esposa sonriéndole con una mueca.

—Debo confesarle, señor Symmons, que Olivia es la culpable de que vayamos a publicar su libro —dijo Braden mirando a su invitado—. Tiene por costumbre leer los manuscritos que llegan a la editorial. En Boston lo hace constantemente y tiene un don natural para descubrir el talento.

—Pues me siento halagado —dijo Norwell.

—Su libro me robó el corazón —dijo Olivia—. El personaje de Pedro es tan profundo que me hizo llorar de rabia muchas veces.

Norwell sonrió.

—Era su función en la historia —dijo.

—¿Por qué no le dice nunca que la ama? —preguntó Olivia dejando el tenedor en el plato sin interés ya en la comida—. Está claro que Carlota es el amor de su vida...

Norwell dejó el tenedor también y se limpió los labios con la servilleta.  
—Pero Carlota no lo ama y él lo sabe —explicó—. Puede vivir con el hecho de saberlo, pero le resultaría insoportable oírlo de sus labios.  
Olivia movió la cabeza sin apartar la vista.  
—Me irrita enormemente, señor Symmons —dijo.  
Norwell no pudo evitar reírse ante la expresión apasionada de su rostro, y Braden cogió la mano de su esposa apretándola con cariño.  
—Querida, no olvides que se trata de una novela —dijo.  
—¡Odio que diga eso! —dijo Olivia mirando a Norwell—. Sabe que no lo soporto, por eso lo hace.  
Braden sonrió abiertamente.  
—Es cierto, lo sé —dijo.  
—Eres imposible —le dijo su esposa mirándolo con falso enfado.  
Norwell observó cómo se miraban y sintió una punzada de dolor.  
—¿Usted ha amado así alguna vez? —preguntó la señora Locksley—. Como Pedro, quiero decir.  
—Olivia, por favor —la regañó Braden.  
—¿Le molesta la pregunta, señor Symmons? —preguntó ella consternada—. Discúlpeme si le he importunado.  
Norwell negó con la cabeza, pero su expresión era demasiado elocuente.  
—No se preocupe —dijo—. No me ha molestado.  
Olivia bajó la vista a su plato, plenamente consciente de que no había respondido.

Caroline seguía sin salir de Landrock Hoo. Paseaba por las tierras de los condes, se entretenía con el tiro con arco y montando a caballo. Leía, escribía y no deseaba nada más en su vida que poder dedicar su atención de vez en cuando al pequeño Darcie. Se conformaba con las visitas de su hermana, las cartas de Jonathan y las charlas tranquilas con el conde, que a pesar de estar completamente recuperado seguía haciendo una vida tranquila por orden de su esposa.

El embarazo de Meredith estaba cerca de llegar a su culmen y su humor se había visto afectado al igual que su paciencia, por lo que el pequeño parecía disfrutar más de la compañía de su tía, que le permitía toda clase de locuras siempre bajo su supervisión.

—¿Estás cómoda así, Meredith? —preguntó a su hermana, que se había tumbado sobre la manta que había colocado para que Darcie jugase con sus piezas de madera.

—Estoy perfectamente, Caroline —dijo Meredith sin abrir los ojos.

Darcie perseguía a una mariposa blanca que parecía querer jugar con él y Caroline vigilaba que no pudiese hacerse daño con nada.

El conde estaba sentado junto a la mesita en la que habían servido té helado, disfrutando de su periódico y su pipa como todos los días a esa hora de la tarde. Levantó la vista del periódico después de leer la noticia en la página de sociedad. Había oído algo, pero ahora ya tenía la confirmación impresa en blanco y negro. Sabía que aquella noticia podría aliviar en algo sus miedos y quizá la animase a salir de Landrock Hoo.

—Caroline, ven un momento —la llamó.

La joven aprovechó que Darcie se sentaba de nuevo con sus piezas de madera y se acercó al conde, sin dejar de vigilar al niño.

—Debo hablarte de algo que acabo de leer en el periódico —dijo el conde—. Darrel Symmons se ha casado con Renée Weber, una rica viuda americana que conoció en Londres, en una fiesta en casa de lord Chesterton.

Caroline giró la cabeza para mirar a su padre, que le ofrecía el periódico para que lo viese con sus propios ojos. Volvió a mirar hacia el pequeño Darcie que seguía jugando.

—Aquí dicen que se marchan a vivir a Filadelfia —dijo el conde rápidamente—. ¿Entiendes lo que eso significa, mujer? Ya no tendrás que preocuparte por él jamás.

Caroline, con expresión serena e indiferente, se volvió a mirar al conde y le sonrió con ternura.

—¿Eso es todo? —preguntó.

Andrew Cornforth frunció el ceño y asintió.

—Gracias por contármelo —dijo y volvió con su sobrino y su hermana.

—¿Qué te parece, Norwell? —Braden acababa de poner en sus manos el primer ejemplar de su novela.

El escritor no podía expresar la emoción que sentía, era una mezcla entre el pánico y la felicidad absoluta. Una mezcla extraña e incomprensible.

—Ahora todo el mundo podrá conocer la historia de Nathaniel, Pedro y Carlota —dijo el editor—. Hay que celebrarlo.

Sacó una botella de bourbon y dos vasos.

—Directamente traído desde Kentucky —dijo Braden llenando los vasos y después brindó con el flamante escritor—. Por que se agote muy rápido y la gente pida más.

Norwell bebió un largo trago y volvió a mirar el libro con admiración.

—Es un trabajo magnífico —dijo refiriéndose a la encuadernación y a todo lo que tenía que ver con el objeto final.

—Supongo que querrás enviárselo a alguien —dijo Braden dejando su vaso sobre la mesa y yendo a coger otra novela que había sobre un mueble—. Toma, este es para que se lo mandes a Caroline.

Norwell lo miró con fijeza, pero no dijo nada.

—Ya hace unos meses que nos conocemos, Norwell. Hemos hablado de lo divino y de lo humano. ¿No crees que ya es hora de que me cuentes lo que te pasó con Caroline?

Norwell frunció el ceño.

—Si tú me contases lo que te ocurrió a ti, quizá me lo plantearía —dijo con mirada irónica.

Braden levantó las cejas sorprendido y, después de unos segundos de duda, apuró el resto del whisky y rellenó los vasos.

—Será mejor que nos sentemos —dijo señalando las butacas colocadas en un lado de su despacho.

Los dos hombres se sentaron y Braden dejó la botella sobre la mesa de centro.

—Estuve enamorado de Caroline desde que éramos unos críos —dijo Braden—. Creo que antes incluso de saber lo que significaba estar enamorado. Pero ella no me vio nunca de ese modo.

Bebió un trago de su vaso y después recostó la cabeza en el respaldo y suspiró.

—Cuando me dijo que se marchaba con su padre... —Movié la cabeza con pesar al recordar aquellos días—. Sentí que me ardía el cerebro, no podía creer que fuese a marcharse de mi vida. Traté de que supiese lo que sentía por ella y me rechazó.

Norwell lo miraba con atención y sin mover un músculo.

—Le escribí muchas cartas, murió mi padre... No sabía nada de ella y me volvía loco, así que me presenté en Landrock Hoo y me comporté como un energúmeno —hablaba con tristeza—. Me peleé con un estúpido criado y a ella le dije cosas que no pensaba.

Braden se mordió el labio y apoyó los codos en las rodillas mirando el vaso con pesar.

—Es una mujer increíble y quise que fuese mía —dijo en un murmullo—. No me di cuenta de que, por querer más, perdí algo maravilloso.

Durante unos minutos se hizo un emotivo silencio en el que los dos hombres pensaron en sus malas decisiones y en el precio que habían pagado por ellas.

—Mi padre quería que la cortejase porque estábamos arruinados —dijo Norwell—. Debí decírselo desde el momento en que lo supe, pero tuve miedo porque no quería perderla.

Braden lo miró frunciendo el ceño.

—Amenacé a mi padre con contarle todo antes de pedirle que se casara conmigo y él se rió en mi cara diciendo que me dejaría en cuanto lo supiese. —Norwell miró a su amigo con sus ojos verdes y una expresión conmovedora—. Así que para darme una lección, mi padre se presentó en Landrock Hoo y habló con el conde explicándole nuestra situación. El conde escribió una nota de respuesta diciéndonos que Caroline no quería casarse conmigo en esas condiciones.

La arruga en el ceño de Braden se hizo más profunda.

—¿Tú viste esa carta? —preguntó.

Norwell asintió.

—Sí, y llevaba el sello del conde —dijo.  
—Entonces fue algo de él. Caroline no supo nada de esa proposición —afirmó Braden—. Igual que le ocultaron las cartas, le negaron esa información.  
Norwell negó con la cabeza.  
—Mi padre me aseguró que la había visto cuando fue a la casa a hablar de esto con el conde, que ella estaba al corriente.  
Braden movía la cabeza.  
—Conozco a Caroline mejor que nadie —dijo—, y te digo que ella no hubiese decidido en base a tu situación económica. Pero eso no es lo importante, lo verdaderamente importante es que si no hubiese querido casarse contigo te lo habría dicho ella misma. Si hay algo que no es Caroline Wilkie, es cobarde.  
Norwell lo miró fijamente.  
—¿Quieres decir que ella no...? ¡Eso no es posible! Le escribí muchas cartas desde España, allí estaba mi remite, habría podido contestarme. A no ser...  
—A no ser que no se las diesen... —terminó Braden.  
Norwell se puso de pie.  
—Debo ir a Winpenham —dijo soltando el vaso sobre la mesilla.  
Braden asintió y le entregó el libro.  
—Llévaselo —dijo—. Estoy seguro de que es la persona para quien lo escribiste.

Norwell se detuvo frente a la casa del reverendo Wilkie, bajó de su caballo y lo ató a la valla. Carraspeó varias veces, se miró los zapatos delante de la verja y comprobó que no estaban todos los vecinos de aquella pequeña villa tras los visillos de sus ventanas para verlo hacer el ridículo más espantoso.

Cuando hubo perdido el tiempo necesario y ni un minuto antes, cruzó la cancela y atravesó las baldosas desigualmente puestas para marcar el camino hasta la entrada. Una vez frente a la puerta levantó el brazo hasta en dos ocasiones antes de decidirse a golpear.

Cuando se oyó la aldaba de la cerradura su corazón latía como un caballo desbocado y trató de pensar en algo ajeno a aquel momento, pero solo le venían a la mente los versos de Eloísa: *Amor, cruel amor, ¿tu fuego antiguo empieza a renacer en mis entrañas?*

—¡Señor Symmons! —exclamó Penny al verlo—. Pero ¿qué hace aquí?  
—Hola, Penélope, ¿está en casa tu señora? —preguntó Norwell recuperando un poco la compostura.  
—¿Se refiere a Caroline? —preguntó la antigua doncella.  
Norwell la miró extrañado y asintió.  
—Ella no está...  
—¿Y tardará mucho en volver? —preguntó dándole vueltas al objeto que llevaba en las manos—. Vengo desde Londres...

—Pues es un viaje largo —dijo sin apartarse de la puerta—. Perdóneme por no decirle que pase, pero estoy sola...

Norwell frunció el ceño, molesto por el tono que había empleado.

—Tranquila, si me dices a qué hora regresa la señorita Wilkie la esperaré dando un paseo —dijo.

—La señorita Wilkie no vive aquí ahora —dijo Penny—. Está en Southbourg.

Norwell la miró desconcertado.

—Me habían dicho...

—Es un poco mareante —dijo la antigua criada saliendo fuera de la casa—. Nos vinimos a vivir aquí las dos juntas, me relevó de mis tareas de criada y nos hicimos amigas. Después el conde se puso muy enfermo y vivieron a buscarla para que fuese a cuidar de él. Nos marchamos juntas de nuevo, pero yo tenía motivos para desear vivir aquí y Caroline me envió de vuelta.

Penny le mostró el anillo de casada que portaba en el dedo.

—Felicidades —dijo Norwell.

—Mi marido es Mayhew Witherden, el cartero, y viviremos aquí hasta que podamos mudarnos a nuestra nueva casa, que aún no está terminada, porque esta es la casa de Caroline y es posible que algún día quiera volver...

Norwell la miraba desolado y Penny se compadeció de él.

—Señor Symmons, Caroline está en Landrock Hoo, vaya allí a verla. Vaya —dijo al tiempo que asentía con insistencia.

Norwell la miró suplicante, pero no se atrevió a preguntar.

—No puedo decirle nada, no es cosa mía hablar de ello —insistió su amiga—, pero vaya a verla, por favor.

El joven Symmons asintió y se dio la vuelta para correr a su caballo. Lo desató y se subió de un salto, después hizo un gesto a Penny y se lanzó al galope sin más tardanza.

## Capítulo 18

Norwell detuvo su caballo frente al camino que llevaba hasta la entrada de Landrock Hoo. La lluvia los había dejado empapados, pero ahora que estaba allí no podía echarse atrás. Apretó las piernas y sacudió las riendas para que el animal se pusiera en marcha de nuevo. Necesitaba descansar y beber agua, así que lo llevó hasta las cuadras y se bajó de un salto.

—Dale de beber y que descanse —le dijo al mozo, y volvió a salir bajo la tormenta.

Se acercó a la puerta de la casa y golpeó la puerta sintiendo el agua que corría por sus piernas y se metía dentro de sus botas.

—Señor Symmons... —Perkins lo miró sorprendido y se hizo a un lado para dejarlo pasar—. Está usted empapado.

—Pues sí, Perkins, es usted un gran observador —dijo intentado sonreír, aunque estaba tan nervioso que apenas le salió una mueca grotesca.

—Deme su chaqueta y el sombrero —dijo el mayordomo, que trataba de ayudarlo a quitarse dicha prenda con evidente dificultad.

—Siento ponerlo todo perdido —dijo Norwell—. Es que tenía que traer una cosa... ¿Está la señorita Wilkie en casa?

El mayordomo miraba el goteo incesante de la chaqueta del visitante y levantó la cabeza con expresión irónica.

—Me temo que no hace una tarde muy apacible para pasear —dijo y sin esperar respuesta se dirigió a la doncella que se había acercado a ellos—. Arcadia, llévate la chaqueta del señor Symmons y trata de secarla lo mejor posible.

—Sí, señor —dijo la criada, y se llevó la prenda dejando un rastro de agua tras ella.

—Ahora, acompáñeme —dijo el mayordomo—. Imagino que la señorita estará en la biblioteca, como siempre.

Norwell sonrió al tiempo que seguía al criado. Aquel «como siempre» le había sonado a crítica, pero a él le parecía un excelente presagio. ¿Qué mejor lugar para pasar una tarde de lluvia que una biblioteca?

El mayordomo abrió la puerta y entró delante para asegurarse de que Caroline estaba allí.

—Señorita Wilkie —dijo al verla—, tiene una inesperada visita.

Caroline levantó los ojos del libro que estaba leyendo y miró a Perkins con expresión despistada. El mayordomo hizo entrar a Norwell y salió de la biblioteca cerrando la puerta suavemente tras él.

El rostro de Caroline se convirtió en un escenario en el que diferentes actores interpretaron antagónicos papeles. Primero fue la viva imagen de la felicidad, a

continuación sus mejillas se tiñeron de un rojo intenso y, acto seguido, empalideció por completo. Titubeó y se puso de pie con cierta inestabilidad.

—Señor Symm... —No pudo pronunciar aquel nombre y enmudeció.

—Caroline.

Norwell no estaba en mucha mejor situación. Sentía que el corazón le iba a explotar en el pecho. Hubiera querido reír de felicidad solo por contemplar aquellos ojos que tanto había añorado y que había dibujado de manera incansable en cualquier superficie apta para ello que cayese en sus manos. Pero un peso enorme cayó sobre su ánimo al ver que aquellos ojos ya no lo miraban como antes.

—No quería molestarte —dijo señalando el libro que tenía en las manos y al que se aferraba como si pudiera sostenerla en pie.

Caroline bajó la vista a sus manos y al ver el libro recordó dónde estaba y en qué momento. Eso la ayudó a recuperarse un poco, pero seguían temblándole las rodillas.

—Ya ha vuelto de su viaje —susurró.

Norwell asintió con cierta tristeza al escuchar que volvía a llamarlo de usted.

—¿Recibió mis cartas? —preguntó manteniendo el tratamiento.

Caroline asintió.

—Entonces ya sabe dónde he estado —dijo dando un paso hacia ella.

Caroline volvió a asentir. Estaba como petrificada. Aterrada sería más exacto. Había temido aquel momento, había tenido pesadillas imaginando el día en el que tuviese que mirarlo a los ojos y viese en ellos lo que su padre le había hecho. Podía imaginar lo que él pensaría, la imagen que se repetiría una y otra vez en su cabeza cuando la tuviese delante. Y sabía que no podría soportarlo.

—Le he traído un obsequio —dijo Norwell acercándose hasta colocarse delante de ella.

Caroline seguía sin moverse, aferrada con fuerza al libro que tenía en las manos, cuando él sacó un sobre que guardaba bajo el chaleco.

—He tratado por todos los medios de que no se mojara —dijo entregárselo.

Caroline no podía moverse, pero seguía con la mirada clavada en sus ojos. No podía apartarla de allí, porque si bajaba la vista y miraba sus labios, aquella mandíbula prominente reflejo exacto de otra...

Norwell frunció el ceño sin comprender qué le ocurría.

—¿Se encuentra bien? —preguntó al ver que había empalidecido hasta tal punto que su tez parecía traslúcida.

—¿Por qué ha venido? —preguntó Caroline con firmeza—. ¿Por qué ahora?

Norwell no supo qué responder.

—No pretendo ponerla en ningún compromiso, si es eso lo que teme —se apresuró a decir—. Leí la carta del conde, mi padre me la mostró. No quiero que piense que le guardo rencor por rechazarme. No la culpo, mi padre nos arruinó y yo no tenía nada que ofrecerle...

Caroline entrecerró los ojos mirándolo con atención.

—Yo le rechacé... —dijo ella dándose cuenta de que no sabía nada de lo que había pasado. De lo que había hecho su padre.

Los ojos de Norwell no pudieron ocultar que aquella herida todavía dolía. Y ese dolor en sus ojos le dio a Caroline algo a lo que agarrarse, una barrera de contención para un suplicio mucho menos tolerable. Respiró hondo y recuperó la compostura.

—Señorita Wilkie —dijo Norwell, y carraspeó nervioso—. Tengo la esperanza de que las cosas cambien para mí, he iniciado un proyecto que podría dar sus frutos en poco tiempo si todo va como esperamos, y querría saber si usted estaría dispuesta...

La respiración de Caroline se hizo más agitada, sabía hacia dónde iba esa conversación y debía pararla antes de que llegase a su destino.

—Me alegro mucho por usted y espero que tenga éxito en todo aquello que emprenda, pero creo que ya quedó todo claro entre nosotros y no tiene caso alargar esta situación por más tiempo. Le agradecería que se marchase —dijo.

Ahora fue Norwell el que se puso pálido. Sus ojos verdes refulgieron insistiendo en seguir mirándola con aquella expresión desvalida.

—Antes quiero darle esto... —Sacó el libro del sobre y se lo entregó.

Caroline cogió la novela que Norwell le daba, sin mirarla siquiera.

—Muchas gracias —dijo con frialdad.

Norwell recibió la bofetada en su orgullo con entereza. Después de todo no era esa la más violenta que había recibido de su mano.

—No la molesto más —dijo derrotado.

Caroline se mantuvo firme e indiferente hasta que la puerta de la biblioteca se cerró tras él. Permaneció varios minutos en la misma postura y con la misma expresión en sus ojos. Inmóvil y regia, como Ana Bolena antes de inclinarse ante el verdugo. Después los sollozos la sacudieron desde dentro, subiendo por su pecho y su garganta, como una garra que le arañaba el corazón y el alma. Abrazada al libro corrió hasta la ventana y lo vio alejarse al galope bajo la lluvia. Sabía que le había roto el corazón, pero lo había hecho de tal manera que pudiese unir los pedazos.

Lo otro... Lo otro no habría dejado más que astillas.

Se sentó en el sofá y miró el libro que le había dado. *El inglés que leía El Quijote*, el título le arrancó una sonrisa, pero fue el nombre del autor el que la obligó a taparse la boca para ahogar un grito de sorpresa. Lo abrió pasando las primeras páginas y se detuvo en una cita que reconoció enseguida como perteneciente a las cartas de Abelardo y Eloísa.

—Yo podré amar, sentir, arrepentirme —susurró—, querer y no querer a un tiempo mismo. ¿Y qué no podré hacer? Lo podré todo. Menos aborrecer lo que he querido.

Se reclinó cómodamente y empezó a leer la novela con emoción contenida. Saber que tenía entre sus manos una trama concebida por la mente de un amigo tan querido para ella le daba un valor inestimable a sus letras.

Llevaba una hora enfrascada en la lectura y estaba tan concentrada que ni se percató de que la condesa entraba en la biblioteca.

—Acabo de enterarme de que ha estado aquí Norwell Symmons —dijo mirándola con aquella expresión huraña que había marcado líneas indelebles en su rostro de tanto utilizarla.

Caroline levantó la vista del libro como si le costase un enorme esfuerzo y la miró disgustada por sacarla de su lectura.

—¿Qué ha pasado? —insistió la condesa sentándose junto a ella en el sofá.

Caroline negó con la cabeza.

—No ha pasado nada —respondió calmada.

La condesa miró el libro sin poder creer que su ahijada estuviese leyendo tan tranquila, después de una visita tan temida y esperada al mismo tiempo. Caroline le mostró la tapa para que pudiese leer el título y el autor.

—Vaya, no tenía ni idea de que Norwell fuese escritor —dijo la condesa sorprendida, pero con expresión despreciativa—. Un título original.

Caroline dejó el libro sobre su regazo dispuesta a escuchar lo que la condesa tuviese que decir, sin interrumpirla, de modo que acabase rápido y ella pudiese volver a su lectura.

—¿Habéis hablado...?

—No —se apresuró a decir su ahijada—. No sabe nada.

La condesa asintió.

—No me extraña —dijo—, ningún padre querría que su hijo descubriese que es un depravado.

Caroline respiró profundamente y suspiró.

—Él no merece esa humillación —dijo mirando a la condesa a los ojos.

—¿Y tú sí?

—Yo no puedo evitarla ya.

Meredith Cornforth miró su ahijada sorprendida.

—¿De dónde sacas esa entereza de ánimo, criatura? —preguntó sin poder contenerse—. Cualquiera que hubiese sufrido lo que tú sufriste estaría muy lejos de preocuparse por el posible sufrimiento del hijo de su verdugo.

—Yo, como usted, creo que los hijos no deberían pagar los pecados de los padres —dijo Caroline parafraseándola—, pero lo cierto es que así es como funciona el mundo. Al menos el mundo en el que vivimos Norwell y yo. De niña tuve que ver cómo se me apartaba de las otras niñas sin saber qué era lo que había en mí que fuese tan malo. Tardé mucho tiempo en entender que se me había marcado al nacer. No había hecho nada malo, pero era el fruto del pecado de otros.

La espalda de la condesa estaba rígida y su boca era un rictus amargo y duro. Caroline era consciente de la enorme confusión que estaba provocando en el cerebro de su benefactora al hablarle abiertamente de algo de lo que jamás se habría atrevido a hablarle nadie.

—Sueño con el día en el que las personas serán tan solo juzgadas por sus propios actos —siguió—. Igual que sueño con el día en el que las mujeres tendremos derecho a decir lo que deseamos o no deseamos y que se nos respete por ello, en lugar de humillarnos o despreciarnos.

Las manos de la condesa estaban crispadas y se apretaban la una a la otra como si hubiese algo que quebrar entre ellas. Caroline levantó el libro de Norwell y se lo mostró.

—No voy a decirle a un hombre capaz de escribir algo tan bello como esto que su padre es un monstruo, porque si lo hago creará que parte de ese monstruo está también en él y eso le destruirá.

—¿Prefieres dejar que crea que no lo quieres porque está arruinado? —preguntó la condesa sin dar crédito.

Caroline sonrió con tristeza.

—Le aseguro que el desprecio más destructivo es el que nace de uno mismo —dijo negando con la cabeza—. Así es como deben ser las cosas.

La condesa movió la cabeza, desconcertada.

—De verdad que no te entiendo, Caroline —dijo.

Norwell bajó a desayunar y la señora Strong lo recibió con su habitual sonrisa de la mañana.

—¿Ha descansado bien nuestro escritor favorito? —dijo entregándole una carta—. Ha llegado esta mañana para usted. No lleva matasellos, la han traído en mano.

Norwell reconoció la letra y se la metió al bolsillo sin abrirla. La señora Strong, que era muy perspicaz, no hizo ningún comentario y se sentó en el sillón en el que tejía todas las mañanas, mientras sus cuatro huéspedes desayunaban. Marge Strong era una viuda encantadora que había decidido aceptar huéspedes para compensar la modesta pensión que le dejó su marido. Esa era la historia que contaba a todo aquel que quisiera escucharla, pero Norwell estaba convencido de que era una excusa para conocer gente. Aquella pensión era para ella como una ventana al mundo. La mantenía ocupada y acompañada.

—Ayer leí la crítica que han hecho de su novela en *The Standard* —dijo mientras sacaba la lana de su costurero y preparaba los utensilios de tejer—. Stockton Langland tiene fama de ser muy duro, pero con usted se ha deshecho en halagos.

Norwell miró a los otros inquilinos con cierta desazón.

—No siempre tiene una la suerte de tener en su casa a un escritor famoso —siguió la mujer ya enfrascada en su labor.

—Yo no me atreví a leer su crítica —confesó—. Temía que fuese demasiado dura.

—Pues puede y debe leerla —la señora Strong le señaló el mueble que había junto a la pared—. Ahí lo tiene, puede llevárselo a su habitación y guardarlo de recuerdo si quiere.

Norwell se lo agradeció con un gesto de cabeza y dio un mordisco a su pan con mantequilla.

—¿Leíste la crítica de Langland? —preguntó Braden al verlo entrar en su despacho.

Norwell asintió con una sonrisa.

—La he leído esta mañana —dijo sentándose frente a su mesa—. Parece que le ha gustado.

—¿Que le ha gustado? —Braden se echó a reír a carcajadas—. Si a Rainart Carlton le gusta la mitad que a él, vamos a vender muchos libros, amigo mío.

Rainart Carlton era el crítico literario más afamado de Nueva York y a Braden le constaba que un ejemplar de la novela había llegado ya a sus manos.

—Ve pensando en hacer un largo viaje, Norwell, porque cuando salga la crítica de Carlton en el New York Tribune toda América querrá conocerte.

Norwell se encogió de hombros.

—No hay nada que me retenga aquí —dijo con tristeza.

Braden comprendió en qué estaba pensando.

—Sigo sin poder creérmelo —dijo negando con la cabeza—. Todo es muy extraño, Norwell.

El escritor miró a su amigo con expresión desconcertada.

—Fue muy clara conmigo, no dejó lugar para la duda —dijo.

—Pero algo le pasó, estoy seguro, hablé con ella... —dijo Braden sin querer mencionar que la gente también hablaba—. Bueno, esta noche Olivia ha organizado una pequeña celebración. Vendrán unos cuantos amigos que hemos hecho desde que estamos en Londres y servirá para distraerte mientras esperamos esa crítica.

—¿Habrá bebida gratis? —preguntó el otro sonriendo—. ¡Allí estaré!

Lawton Kernow se movía por el salón de los Locksley como un pavo real desplegando su cola brillante y colorida. Parecía haber cambiado mucho desde la última vez que Norwell lo vio. Recordar aquella ocasión provocó una punzada en el corazón del escritor y trató por todos medios de pasar desapercibido para su antiguo vecino de Southbourg.

No tuvo éxito en su camuflaje y el joven Kernow, que llevaba del brazo a una voluminosa joven que ponía más atención en los pastelitos que había en el bufé que en los asistentes a aquella velada, se dirigió directamente hacia él apresurando el paso.

—Mi querido señor Symmons —dijo soltando a la joven para lanzarse a saludar a su «amigo»—. ¡Qué placer tan inesperado encontrarlo aquí!

Norwell estrechó su mano con mucha menos efusividad.

—Señor Kernow, no le había visto —mintió.

—¡Oh, no se preocupe! —dijo el otro excusándole—. ¿Conoce usted a mi esposa, Alamea? Usted la conocería como Alamea Gobert.

La joven parecía seguir hipnotizada por las golosinas que decoraban las bandejas de plata exquisitamente vestidas y su marido tuvo que darle un codazo para que le prestase atención. Norwell la saludó con simpatía.

—Señora Kernow, es un placer conocerla —dijo.

La mujer sonrió agradecida por una palabra amable y le hizo una ligera reverencia.

—¿Cómo era su nombre? —preguntó, cohibida—. Perdóneme, pero no lo he entendido bien.

—Es el señor Symmons, querida, Norwell Symmons —dijo Lawton.  
—¿Symmons? —Frunció el ceño—. ¿No asistimos a la boda del señor Symmons no hace mucho? ¿Es familia suya?  
Norwell no respondió y Lawton se apresuró a subsanar sus dudas.  
—La boda fue de Darrel Symmons, el padre de Norwell —dijo.  
—Fue una boda magnífica —dijo Alamea—. Pusieron una comida deliciosa y el pastel que se sirvió al final... Nunca había comido nada tan delicado.  
—Nos sorprendió mucho a todos no verte allí —dijo Lawton mirándolo con atención—. Claro que pensamos que seguías de viaje, como te fuiste tan inesperadamente...  
—¿Estaba de viaje? —preguntó Alamea con curiosidad—. ¿Y a dónde fue?  
—A España —respondió Norwell mirando de soslayo a Braden, rogando por que viniese a rescatarle.  
El editor pareció oírle el pensamiento y se acercó para pedirle que lo acompañara a saludar a otro de sus invitados.

—Pero, entonces, ¿ella estaba con el hijo y con el padre? —Alamea interrogaba a su marido en la terraza.

—Eso parece —dijo Lawton—, a mí no me gusta airear estas cosas, pero a las pruebas me remito. Norwell estaba cortejándola y de repente se marchó sin dejar rastro y sin despedirse de nadie. Después de eso a ella la echaron de Landrock y Darrel se deshizo de sus criados, cerró la casa y se vino a vivir a Londres.

Alamea dio un mordisco a un pastelito amarillo y cerró los ojos con éxtasis. Su marido le sostenía un platito con varias piezas de distintos colores.

—Una de las criadas de los Maloy conocía a la cocinera de Darrel Symmons —siguió contando Lawton—. Al parecer esta le contó que los hizo salir de casa precipitadamente después de que enviase a un criado a Landrock Hoo con una nota para la señorita que ya sabes. Y le ordenó que solo se la entregase a ella en mano. ¡Una nota lacrada!

—Me muero por saber qué ponía en esa nota —dijo Alamea atacando un pastelito azul.

—No quiero pensar mal —dijo Lawton—, aunque he de decir que la chica tenía un carácter extraño. Era muy difícil mantener una conversación normal con ella.

—¿La conociste mucho? —preguntó Alamea mirando a su esposo con cara de desagrado.

—No, querida, ella venía de un ambiente... ¿cómo lo digo sin que suene cruel? —dijo Lawton poniéndose el índice en la babilla, pensativo—. Rural, eso es.

—¿Es verdad lo que cuentan de su madre? —siguió interrogando su esposa entre mordisco y mordisco a las piezas dulces que abarrotaban el plato—. No entiendo cómo la condesa la admitió en su casa siendo la hija de... Bueno, ya sabemos de quién.

—Supongo que la condesa trataba de cerrar algunas bocas, pero al final le salió mal, porque cuando echó a quien tú ya sabes todo el mundo imaginó por qué era. — Lawton soltó una risita de hiena.

—No puedo entender cómo es posible que haya mujeres así. ¡Cortejada por el hijo y entregándose al padre! —exclamó Alamea sin poder contenerse.

—Shsssssss —la conminó su marido poniéndose el dedo sobre los labios—. ¿Quieres que nos oiga alguien? Anda, vamos dentro, que no quiero que el señor Locksley nos eche de menos.

El matrimonio volvió al salón portando el plato vacío, sin percatarse de la sombra que emergía de entre los setos. Los ojos del hombre lanzaban llamaradas verdes, que los hubieran reducido a cenizas si hubiesen cometido el error de volverse.

## Capítulo 19

Norwell se agarró a la balaustrada durante algunos minutos. Necesitaba que su corazón recobrase los latidos normales antes de emprender cualquier acción. Se metió la mano al bolsillo y miró la carta que había estado guardando desde que se la diese la señora Strong aquella mañana.

Reconocía aquella caligrafía sofisticada y esbelta, la había visto muchas veces desde niño. Con manos temblorosas rasgó el sobre y sacó el papel que contenía.

*Querido hijo,*

*Después de esperar tu visita durante mucho tiempo doy por asumido que no tienes intención de volver a verme. En dos días parto con mi amada esposa a una nueva vida de lujo y placer, y entre tú y yo tan solo quedará un inmenso océano que será metáfora de una vida de infinitos desencuentros.*

*No diré que fuiste un hijo deseado, porque no fue así. Ni tampoco puedo mentirte diciéndote que amé a tu madre. Su carácter apacible exacerbaba mis peores instintos y esa era su cualidad menos irritante. No creo que comprendas nunca el suplicio que fue para mí ese matrimonio.*

*Cuando naciste y vi que no tenías meñiques creí que era un mensaje del cielo, uno que me decía que nunca debí haber sido padre. Desde ese momento no volví a yacer con mi esposa, que languideció a fuerza de desearme.*

*Su muerte fue un alivio y un descanso para mí. Al menos no tendría que seguir viendo aquellos ojos verdes recriminándome sin palabras. Pero me dejó la rémora de aquel insignificante hombrecito del que debía ocuparme a pesar de todo.*

*Y a pesar de todo, te quise. A mí manera, claro, pero te quise. Nunca te deseé mal alguno, aunque lo que yo considero el bien y lo que consideres tú probablemente no se parezca demasiado.*

*Me deshice de todas nuestras posesiones. De todas menos una: la casa de tu madre en Southbourg. La he puesto a tu nombre para que hagas con ella lo que desees. A mí no me trae buenos recuerdos y no volveré a poner un pie en ella. Como tampoco creo que vuelva a Inglaterra. No durante mucho, mucho tiempo.*

*Espero que algún día puedas perdonarme por ser tan mal padre, pero solo tengo una vida, hijo, y no pienso sacrificarla por nadie.*

*Tu padre,*

*Darrel Symmons.*

Norwell estrujó la carta entre sus cuatro dedos y apretó con fuerza hasta que apenas ocupó espacio en su mano.

Cuando entró en la casa que había sido de su infancia, le pareció simbólico encontrarla destartada y llena de polvo. Nadie se había preocupado de tapar los muebles ni de recoger las cosas despejando el espacio lo más posible para que fuese más sencillo limpiarla después. Era como si diesen por hecho que nadie iba a volver a ocuparla. Era el fantasma de un antiguo hogar.

Colgó la chaqueta y el sombrero en el recibidor y atravesó el *hall* hasta el salón en el que su madre solía sentarse a leer todas las tardes cuando él era niño.

*—Norwell, un hombre distinguido tiene que saber leer perfectamente en voz alta —decía Jenna Symmons mirando a su hijo con una sonrisa—. Te aprenderás estos dos párrafos para mañana y tomaremos el té después de que los hayas declamado perfectamente.*

Se acercó al piano, que tenía varios cercos pegajosos por haber soportado el peso de las botellas de licor de su padre cuando ya nadie se encargaba de limpiarlo. Levantó la tapa y acarició las teclas con sus cuatro dedos. Nunca quiso aprender a tocar, a pesar de lo mucho que insistió su madre.

*—No se puede tocar el piano con cuatro dedos —dijo en voz baja y después pulsó varias notas.*

Levantó la cabeza y observó la habitación. Poco a poco en sus labios se dibujó una sonrisa. Siempre le gustó aquella casa y ahora era suya. Únicamente suya. Eso no iba a poder estropearlo ni su padre. Entre aquellas paredes vivía el recuerdo de su madre. Las imágenes que aún conservaba de ella se habían producido en aquellas habitaciones.

Caminó hasta el sofá y se sentó. Una nube de polvo se elevó a su alrededor como si alguien hubiese sacudido una alfombra llena de hollín. Se recostó pensativo. Ahora disponía de dinero, y si todo seguía yendo tan bien con su libro, las cosas no harían más que mejorar. Arreglaría la casa, contrataría de nuevo a los criados y cuando tuviese suficiente capital volvería a comprar las tierras de su madre...

Norwell entrecerró los ojos para enfocar la vista sobre un punto. Había un papel arrugado bajo la vitrina de nogal. Apenas se veía un pico del papel, pero llamó poderosamente su atención.

Se levantó despacio y atravesó el salón. Se quedó inmóvil unos segundos, dándose tiempo a desechar aquella idea, pero finalmente se arrodilló en el suelo y metió la mano bajo las patas torneadas. El papel salió sin resistencia y Norwell se quedó de rodillas, sentado sobre sus pies mientras deshacía los apretados pliegues.

Cuando leyó la nota su sangre se espesó hasta hacerse roca dentro de sus venas, mientras en sus oído escuchaba la desagradable voz de Lawton Kernow:

«Al parecer esta le contó que los hizo salir de casa precipitadamente, después de que enviase a un criado a Landrock Hoo con una nota para la señorita que ya sabes. Y le ordenó que solo se la entregase a ella en mano. ¡Una nota lacrada!».

—Agárrate fuerte a la tía Caroline —le decía Meredith a su pequeño Darcie, que se reía divertido.

Caroline estaba sentada en el columpio y sostenía sobre su falda a su sobrino, mientras ambos se columpiaban.

Meredith se movía, con la pequeña Vernette en los brazos, para que no llorase.

—¿Has probado a mojar un trapito en agua de anís? —preguntó la condesa mirando a su hija.

—Sí, mamá, y le encanta, pero en cuanto dejo de dárselo vuelve a quejarse —dijo Meredith impaciente.

—A ti te pasaba lo mismo —dijo su madre—. Es tu castigo.

—Meredith —dijo su marido mirándola reprobadoramente—, eso que dices no es muy maternal.

—Pero es la verdad —insistió la condesa con una sonrisa.

Perkins se acercó al grupo para anunciar una visita.

—El señor Norwell Symmons ha venido a ver a la señorita Caroline —dijo.

Todos miraron a la joven, que había dejado de columpiarse. Después de unos segundos bajó a su sobrino al suelo y caminó hacia el mayordomo.

—¿Dónde está? —preguntó.

—Le he hecho pasar al salón de verano —dijo el criado.

Caroline asintió y caminó hacia la casa sin mirar a los demás. Le temblaban las piernas y no necesitaba más tensión.

Norwell esperaba mirando por la ventana, que daba al lado este y mostraba parte del lago de Landrock Hoo. Caroline entró en la estancia y cerró la puerta con delicadeza.

—No esperaba volver a verle —dijo a modo de saludo.

Su amigo la miró fijamente a los ojos sin acortar distancias.

—He sabido que mi padre te envió una nota pidiéndote que lo visitaras —dijo muy serio.

Había llegado el momento de demostrarse lo que tantas veces se había dicho a sí misma. Poseía una mente inteligente y capaz, igual a la de cualquier hombre, a pesar de ocupar un cuerpo de mujer. Era capaz de soportarlo y de enfrentar la situación. Era capaz de demostrarse a sí misma lo que en su fuero interno creía. Aunque nadie más pudiese compartir ese conocimiento.

—Así es —dijo con serenidad.

Norwell esperaba que lo negase y su rotunda confirmación lo dejó momentáneamente descolocado. Sacó la nota de su bolsillo y se la mostró a Caroline, como era su intención, al tiempo que se acercaba hasta colocarse frente a ella.

—¿Puedes explicarme que ocurrió en esa reunión?

—Su padre me citó, como ha leído en su nota, y yo acudí a la cita. —Caroline siguió tratándolo de usted, y mantuvo la mirada mientras contenía el deseo de retorcerse las manos.

—¿Recuerdas la conversación que tuvimos el día del baile? —preguntó Norwell, a lo que Caroline asintió—. Aquel día me hiciste una promesa.

La joven tragó saliva y después soltó el aire entre sus labios muy suavemente.

—Ha llegado el momento de que cumplas tu palabra —dijo su amigo.

Ella asintió, apretando los labios.

—¿Qué ocurrió en esa reunión? —repitió él.

—No puedo decírselo —dijo Caroline sintiendo que los músculos de su cuello se agarrotaban—. No le mentaré, señor Norwell, pero no puedo revelarle lo sucedido porque no es de su incumbencia. Lo que ocurrió aquel día allí solo me incumbe a mí y yo no deseo que usted lo sepa.

Norwell la miraba con intensidad y ella temió que fuese capaz de leerle la mente.

—Merezco saberlo —dijo él entre dientes.

Ella levantó una ceja sorprendida.

—¿Que lo merece? —preguntó desconcertada—. ¿Por qué habría de merecerlo? Usted no tiene ningún derecho sobre mí y yo no tengo ninguna obligación con usted. He respondido a todas sus preguntas, señor Norwell, y le agradecería que se marchase y no regresase nunca a esta casa.

Norwell comprendió que no hablaría, igual que sabía que no tenía derecho a presionarla. Al pasar junto a ella tiró la nota de su padre a sus pies y después salió del salón. Caroline se agachó a coger la carta y la apretó fuertemente en su mano. Se aseguraría de que nadie volvía a encontrarla.

—Señor Symmons —lo llamó la condesa desde la puerta de la biblioteca.

Norwell se volvió hacia ella con el rostro crispado.

—Me gustaría hablar con usted —dijo la condesa haciéndole un gesto para que la siguiese.

Norwell entró en la biblioteca y cerró la puerta tras él.

—Siéntese, por favor —dijo la condesa señalando un sillón mientras ella lo hacía en el sofá—. ¿Podría decirme a qué debemos su visita?

—Es un asunto privado, condesa, espero que pueda disculparme...

—¿Ese asunto tiene algo que ver con su padre y con Caroline? —preguntó de nuevo.

Norwell frunció el ceño y después de unos segundos asintió.

—¿Qué le ha dicho mi ahijada? —preguntó una vez más.

—No ha querido responder a mis preguntas —dijo Norwell.

—¿Podría hacerme esas preguntas a mí?

El joven Symmons estaba ya completamente desconcertado, pero la mirada de la condesa era lo suficientemente elocuente como para evidenciar que sabía de lo que hablaba.

—He sabido que mi padre le escribió una nota pidiéndole que fuese a verlo... —tanteó.

Meredith Cornforth asintió.

—Una nota en la que le pedía que fuese sola —dijo la condesa.

Norwell percibió el rancio olor de la podredumbre.

—Y Caroline fue a verle —confirmó lady Cornforth—. ¿Qué es lo que quiere saber, señor Symmons? Pero piénselo bien antes de responder. Piénselo, porque su vida no será la misma después de que formule la pregunta.

Norwell salió de la biblioteca con la misma muerte brillando en sus ojos verdes. Caroline se encontró con él en el *hall* cuando volvía al jardín con sus sobrinos.

—Señor Symmons —dijo aterrada al verlo allí—. Creí que se había marchado...

La condesa salió de la biblioteca tras él y Caroline empalideció sintiendo que las piernas no la sostenían.

—¿Qué...? —no pudo terminar la pregunta.

Norwell se acercó a ella con la expresión más humillada que hubiese visto jamás en un hombre. Se paró a menos de medio metro y trató de decir algo, pero no encontraba las palabras.

Caroline miró a la condesa con la súplica en la mirada y su madrina le hizo un gesto para que supiese que se lo había contado.

—¿Cómo ha podido? —susurró—. No tenía derecho...

La condesa volvió a la biblioteca sin responder.

—Caroline... —suplicó Norwell extendiendo una mano hacia ella.

—¡Márchese! —gritó Caroline, iracunda—. ¡Márchese de aquí y no vuelva jamás!

Norwell sintió como si lo hubiese abofeteado y se mantuvo firme durante unos segundos aguantando la furia de sus ojos. Después salió de la casa sin decir nada.

—¿Por qué? —preguntó la joven cuando entró en la biblioteca.

—Merecía saber la verdad —dijo la condesa.

Caroline negó con la cabeza sin apartar los ojos de ella.

—¿Con qué derecho? —preguntó incrédula—. ¿Cómo se ha atrevido a explicar algo que era solo mío?

—Lo he hecho por tu bien —dijo la condesa tratando de sonar comprensiva—. Por el bien de los dos. Ese chico te quiere, Caroline...

—¿Qué ocurre? —preguntó el conde, que había entrado a la casa buscándolas al ver que tardaban en volver. Se acercó a ellas con preocupación—. He visto a Norwell salir galopando como si lo persiguiese el mismísimo diablo.

—No pretendía hacerte daño —dijo la condesa sin apartar la mirada de su ahijada.

—¿De verdad cree eso? —preguntó Caroline con tristeza—. ¿De verdad es capaz de engañarse tanto?

La condesa empalideció y su marido la miró asustado.

—¿Qué has hecho? —preguntó.

Su esposa lo miró y el odio pudo con toda prevención y emergió sin control reflejándose en sus pupilas.

—Se lo he contado todo —dijo deteniéndose en cada palabra—. Le he dicho a Norwell lo que hizo su padre.

Andrew Cornforth abrió los ojos conmocionado.

—Merecía saberlo —dijo la condesa con una sonrisa torcida.

—¡Pero Caroline no quería que lo supiera! —Su esposo la miró decepcionado y eso la sacudió por dentro.

Meredith Cornforth, condesa de Southbourg, se quitó la máscara y miró a su ahijada con rencor.

—Caroline tendrá que vivir con ello —dijo—. No debiste ir a aquella casa sola. No importa lo que ese hombre te dijese, una mujer decente lo sabe. Pero el pecado está en ti como lo estuvo en tu madre.

—¡Meredith, basta! —gritó el conde.

Su otra hija, que acababa de entrar, seguida del pequeño Darcie y con Vernette en los brazos, se detuvo horrorizada al escuchar a su madre.

—Al final lo ha hecho —dijo Caroline muy tranquila.

—¿Qué he hecho? —preguntó la condesa con altivez.

—Castigarme por los pecados de mi madre —dijo Caroline.

—Yo no te he castigado. Pero la vida te ha dado una lección que no deberías olvidar —dijo sin apartar la mirada—. Las mujeres decentes saben cómo comportarse en cualquier situación. No le roban el marido a las demás y no visitan solas a hombres como Darrel Symmson.

—Al menos nunca podrán decir de usted que no lo intentó —dijo Caroline con tristeza—. Sé que durante todos estos años se ha esforzado en no quererme. A pesar de que su corazón le dictaba otra cosa, a pesar de que era consciente de que yo no merecía su rencor.

—Lo solucionaremos —dijo Meredith acercándose a su hermana—. Hablaremos con Norwell...

Caroline la miró con tristeza.

—No, Meredith, no hablaremos con él —dijo tranquila—. No hay nada de qué hablar. Ahora sabe lo que ocurrió y tendrá que aprender a vivir con ello, como he hecho yo. Quería evitarle ese sufrimiento, pero no he podido.

Su padre y su hermana la miraban conmovidos.

—¿Por eso no querías decírselo? —preguntó el conde—. ¿Para que no sufriera?

—¿Qué bien podía hacerme eso a mí? —dijo ella moviendo la cabeza—. Norwell es un hombre sensible y bueno, y saber que su padre es un monstruo lo destrozará. Pero ya no puedo hacer nada por él. Nunca debí volver...

—No digas eso, hija —dijo el conde cogiéndola del brazo—, me salvaste la vida.

La condesa miraba la escena y sentía de nuevo el puñal clavado en su pecho. Había soportado durante años su afilada hoja atravesándole el corazón, pero ahora era su mano la que sujetaba la empuñadura y la retorció con saña.

—Este nunca fue mi sitio —insistió Caroline—. Quiero volver a casa.

—No dejaré que te marches —dijo el conde—, esta vez no. Tú eres mi hija.

Se volvió hacia la condesa.

—Es mi hija, sí. No mi ahijada, no mi protegida —dijo furioso—. Mi hija. Y a partir de ahora todo el mundo la tratará como tal.

La condesa sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas y salió de la biblioteca sin que nadie la detuviese.

—Por una vez quiero decidir yo —dijo Caroline rotunda mirando a su padre—. Se acabó vivir la vida que los demás quieren para mí. No es esto lo que yo quiero. Mi casa está en Winpenham y allí es a donde quiero volver.

—Eso es una tontería, tú...

Meredith soltó de golpe el aire que había contenido en sus pulmones.

—Déjala irse —dijo con firmeza—. Tiene derecho a decidir de una vez.

—Pero, ¿qué va a hacer en aquel pueblucho? ¡Y sola!

—No dejaremos que esté sola —dijo Meredith—. Iremos a visitarla. Winpenham solo está a cuarenta kilómetros de Southbourg.

Caroline miraba a su hermana con cariño.

—Gracias —dijo poniéndole la mano en el brazo para que no discutiese con su padre.

—Y tú —le dijo Meredith—, debes aceptar que formas parte de esta familia, aunque le pese a mi madre. Puedes vivir donde quieras y entiendo que no quieras estar aquí, pero papá, Jonathan, yo y los niños te queremos muchísimo y no vas a apartarnos de tu vida.

Su hermana la abrazó rodeando también a su sobrina con sus brazos.

—Está bien —dijo el conde resignándose—. Dejaré que te vayas.

Caroline sonrió ante ese falso permiso que no necesitaba.

—Pero aceptarás mi ayuda sin protestar —dijo muy serio—. Eres mi hija y recibirás lo que te corresponde.

Caroline lo abrazó en un gesto que conmovió al conde.

Norwell galopó hasta que el caballo se detuvo agotado. No tenía ni idea de dónde estaba, pero se escuchaba el sonido del agua y el equino necesitaba beber y descansar. Bajó del caballo y lo llevó de las riendas hasta el arroyo. Le acarició el lomo y lo dejó allí mientras él buscaba un árbol bajo el que sentarse.

Las palabras de la condesa se movían dentro de su cabeza golpeándose contra las paredes de su incredulidad. No puede ser, no puede ser, repetía sin descanso con resistencia. Pero él sabía que sí, que podía ser. Su padre era un monstruo, un ser depravado capaz de hacer cualquier cosa. Caroline. Ese nombre le desgarraba el alma.

¿Por qué el destino le había ofrecido aquella oportunidad? Hubiese querido matarlo con sus propias manos. ¿Que clase de Dios permite que un ser tan despreciable encuentre la felicidad después de causar tanto daño? ¿Por qué no le dio la oportunidad de arrancarse ese dolor tan intenso que le partía el pecho por la mitad?

Cuando empezaba a bajar el sol volvió a subir al caballo y buscó el camino de regreso a Southbourg. Llegó a la casa cuando ya era noche cerrada y dejó al caballo en la cuadra, sopesando la posibilidad de dormir allí con él.

Cuando entró en el salón le pareció escuchar los gritos de Caroline. La imaginó en el suelo, sobre aquella polvorienta alfombra, tratando de librarse de sus manos. Luchando por apartarlo de ella...

Salió de allí con el corazón temblando y se detuvo frente al enorme espejo enmarcado que le devolvía una imagen aterradora y paralizante. ¿Quién era aquel que veía? Podía ver a su padre en su rostro. En su boca. Pero también en su porte: hombros anchos, brazos fuertes, caderas estrechas... Se preguntó cuánto de su padre había en él. ¿Cuánto de su maligna personalidad le había transmitido al darle la vida? Se acercó para mirarse con más atención, buscando las diferencias. Sus ojos verdes eran herencia de su madre y en ellos se sumergió para encontrarla. Ella era bondadosa y su alma era pura. ¿Sería suficiente para borrar aquel rastro de maldad en su sangre?

Se llevó las manos a la cara y tiró de sus mejillas como si quisiera arrancar así el rastro de su padre. Se detuvo con la mirada clavada en aquellas manos. ¿Sería su deformación un aviso de otra mucho más oscura y oculta? ¿Una que emponzoñaría su alma hasta volverla negra como la de él?

Caroline. El dulce nombre amado volvió a sonar en su cabeza. Su sufrimiento lo golpeó en el centro del pecho. La condesa no le había omitido ningún detalle. Le había contado cómo la engañó atrayéndola hacia la casa. Cómo abusó de ella después de drogarla, pero permitiendo que fuese plenamente consciente de lo que hacía. Y luego le relató cómo quisieron obligarla a casarse con él y cómo decidió desterrarse a Winpenham para vivir como su madre.

Todo eso mientras él estaba en España tratando de olvidarla. Creyendo que lo había rechazado porque estaba en la ruina...

Miró su imagen en el espejo y sintió que la rabia se apoderaba de él. ¿Cómo pudo pensar eso de ella? Apretó el puño y golpeó el cristal haciendo que se resquebrajase. El dolor físico le produjo una extraña sensación de alivio. Volvió a golpear el espejo y siguió golpeándolo hasta que solo quedaba la pared para aguantar sus golpes y las manos eran una masa sanguinolenta de cuatro dedos cada una.

—¿Cómo has podido? —El conde miraba furibundo a su esposa.

—No he hecho nada malo —dijo ella, altiva.

—¿Por qué? —gritó su esposo—. ¡Después de tantos años, por Dios!

De pronto el rostro de la condesa se desencajó, sus manos se crisparon y se lanzó a golpear a su marido con rabia.

—¡Maldito! ¡Maldito seas! —gritó al tiempo que trataba de darle con los puños en el pecho.

El conde la sujetaba por las muñecas y la miraba sin dar crédito.

—Te has vuelto completamente loca —dijo.

La condesa rompió a llorar y se apartó de él dejándose caer en el sofá.

—Sí, estoy loca —dijo entre sollozos—, loca de dolor.

Su marido la miró incrédulo.

—¿Ahora? —preguntó—. ¿Después de tantos años?

Meredith lo miró y aquella mirada le recordó a Andrew Cornforth la mujer con la que se casó. Era aquella joven enamorada la que lo miraba desde ese rostro ajado por el tiempo.

—Me destruiste —dijo la condesa sin fuerzas—. Me hiciste pasar un infierno. Yo te amaba, sabes que te amaba con toda mi alma. Te casaste conmigo por ser quien era y después te entregaste a esa... esa...

—Ella no tuvo la culpa —dijo el conde acercándose a su esposa y sentándose frente a ella—. Al principio no supo quién era yo. Me inventé un nombre y una historia para ella. Es cierto, me enamoré en cuanto la vi. Lo siento, no pude resistirme.

La condesa lo miró ya sin lágrimas. Nunca había querido conocer la historia, pero ahora merecía que se la contase. Después de lo que había hecho...

## Capítulo 20

Caroline llegó a Winpenham al atardecer y se despidió del cochero de los condes para que volviese a casa.

—El conde ha dicho que espere hasta asegurarme de que está instalada —dijo el muchacho.

—No tardará en hacerse de noche y no quiero quedarme preocupada —insistió con firmeza—. Ya estoy en casa y le ordeno que se marche.

Lo vio alejarse con un ligero sentimiento de pérdida, mezclado con algo de alivio. Se dio la vuelta y atravesó la cancela hasta la puerta de entrada.

—Señorita Wilkie —la voz del padre de Jennie la hizo volverse hacia el camino.

—Señor Collinge —dijo tratando de disimular su desánimo.

—No sabía que volvía —dijo el anciano llegando hasta la valla.

—Ya es hora de que me decida, ¿verdad? —dijo sonriendo—. Creo que esta vez es para quedarme.

—Penny y Mayhew ya viven en su casa, la acabaron hace una semana —dijo—. Seguro que no tiene nada de comer ahí dentro.

—No se preocupe, no tengo hambre, pero la cocinera de Landrock Hoo me ha preparado algunas cosas —dijo ella dando un paso para alejarse—. Discúlpeme, pero estoy muy cansada.

—Tranquila, tranquila —dijo el anciano—, los viejos no podemos dormir, aproveche usted que es joven.

—¿Cómo está el pequeño Robin? —preguntó antes de entrar en la casa—. Espero que haya dejado esa costumbre de meterse en las casas en ruinas.

—¡Desde luego! Si no es por el susto que se llevó, será por la zapatilla de su madre, pero le aseguro que no ha vuelto a acercarse a la casa de Argenta Wilton —dijo el anciano quitándose el sombrero para despedirse.

Caroline lo vio alejarse con pasos cortos y lentos y suspiró dándose la vuelta para entrar en la casa.

A la mañana siguiente, Penny corría calle arriba sujetándose el sombrero para que no se lo llevase el viento. No se lo había atado para no perder tiempo y ahora tenía que cuidar de que no saliese volando. Era su mejor sombrero.

—¿Adonde vas con tanta prisa? —le dijo su suegra, que recogía flores de su jardín para ponerlas en el aparador.

—Perdóneme que no me pare a saludarla —dijo sin detenerse—. ¡Caroline ha vuelto!

La señora Witherden movió la cabeza con una sonrisa. Esa nuera suya era todo un torbellino, pero le perdonaría cualquier cosa porque hacía muy feliz a su hijo. ¿Y qué más puede pedir una madre?

Penny abrió la cancela y corrió hasta la puerta para llamar golpeando repetidamente.

—¡Pero, Penny, qué impaciente te has vuelto desde que eres una mujer casada! —exclamó Caroline tras abrirle.

La antigua doncella entró en la casa empujándola con suavidad para cerrar tras ella y después la llevó hasta el salón.

—¿Lo has encontrado todo como siempre? —preguntó.

—Sí, todo estaba perfectamente.

—Bien —dijo como si se quitase un peso de encima—. Pues entonces, cuéntame qué haces aquí.

Caroline sonrió.

—Yo también me alegro mucho de verte —dijo su amiga con una mueca.

—No te escaparás —dijo Penny quitándose el sombrero y colocándolo con sumo cuidado sobre el aparador. Después cogió a Caroline y la llevó hasta el sofá y la hizo sentarse junto ella.

Caroline negó con la cabeza.

—No quiero hablar de ello, Penny. —Dejó de fingir.

Su amiga la miró durante unos segundos.

—Norwell lo sabe, ¿verdad? —preguntó.

Caroline asintió.

—Todo acabó por fin —dijo con tristeza—. Al menos ya no tengo que temer que eso suceda.

Penny cogió sus manos y la miró con cariño.

—¿Seguimos siendo amigas? —preguntó.

—Claro, Penny —dijo mordiéndose el labio—. Te lo contaré todo, pero no ahora.

—Está bien —dijo su amiga y suspiró dando por terminado ese tema—. Tendremos que buscarte una criada.

—¿Qué te parece Kitty, la nieta de Annie? —preguntó Caroline.

Penny lo pensó unos segundos y finalmente asintió.

—Sí, puede valer.

Jonathan entró en la biblioteca y encontró a su madre sentada junto a la ventana con un libro abierto sobre el regazo y mirando a través de los visillos.

—Madre —dijo acercándose a ella.

Meredith Cornforth miró a su hijo sin expresión. Jonathan se quitó el cinto que sujetaba la espada y lo dejó sobre un sillón para poder sentarse con comodidad junto a su madre.

—¿Qué ha pasado? —preguntó con preocupación.

—He hecho algo horrible —dijo la condesa sin apartar la vista de la ventana—. Algo horrible. Cuando vi la foto de su madre... Era igual que ella, ¿sabes?

—Entonces es cierto... —dijo él con tristeza.

Su madre sonrió como si lo reconociese por primera vez.

—Hijo, mi querido hijo —dijo acariciándole el rostro—. Tú no lo entiendes. Esa niña es igual que su madre, igual que ella. Es dulce y cariñosa. Es buena y hermosa. Igual que ella. Igual que ella...

Las lágrimas de la condesa conmovieron a su hijo, que veía a la mujer que había tras la madre.

—¿Cómo no iba a amarla tu padre? —dijo—. Una vez más, yo perdía.

—Pero ¿de qué estás hablando, mamá? —preguntó con paciencia.

—Ella volvió a hacerlo —dijo con expresión desquiciada—. Desde la tumba volvía a quitármelo. Esta vez utilizó a su hija para hacerlo. Ella se cuidó de él, lo trajo de la muerte... Eso no era lo que debía pasar. Yo solo quería descansar, que ella lo cuidase para poder descansar. Pero él se curó, con ella se curó...

Jonathan empezaba a darse cuenta de que su madre no estaba bien.

—Me di cuenta demasiado tarde —siguió la condesa—. Os observaba y veía cómo la mirabais, como si fuese un ángel del cielo. ¡Hasta yo empezaba a verla así! ¡Hasta mi corazón estaba conmovido por su generosidad! —Negó con la cabeza repetidamente—. Tenía que hacer algo, debes comprenderlo, era mi deber. Su madre me lo robó. Él era mío. ¡Mío!

Jonathan la miró con el corazón encogido.

—Vamos, mamá, tienes que descansar —dijo cogiéndola de los hombros y sacándola de la biblioteca.

Al atravesar el *hall* hacia las escaleras, se cruzaron con el mayordomo.

—Avisé al doctor Haynes, Perkins.

Braden bajó del carruaje frente a la puerta de la casa de Norwell. Golpeó repetidamente en la puerta sin obtener respuesta.

—¡Norwell! —gritó—. ¡Abre la puerta!

—¡Señor! —gritó el cochero—. ¡Mire el piso de arriba! ¡Hay fuego!

Braden se apartó un poco para mirar hacia arriba y vio las llamas que salían del piso superior. Se asomó entonces a las ventanas de abajo. Las densas cortinas estaban echadas pero se adivinaba un fulgor tras ellas.

—¡Baje aquí y ayúdeme! —le gritó al cochero.

Los dos hombres buscaron algo con lo que romper el cristal de la ventana y al hacerlo el calor les golpeó en la cara.

—¡Busque ayuda! —le gritó al cochero antes de colarse por el hueco que había abierto—. ¡Rápido!

Lo primero que hizo fue abrir la puerta para tener una vía de escape. Había demasiado humo y no estaba seguro de si conseguiría encontrar a Norwell con tan mala visibilidad, pero debía intentarlo. Se cubrió la nariz y la boca con la chaqueta y

recorrió el *hall* arrastrando los pies, con la mano libre extendida para no tropezar. Escuchaba el crepitar de las llamas utilizando sus oídos como guía para controlar hasta dónde había llegado el fuego.

—¡Norwell! —gritó apartando un momento la chaqueta de su boca—. ¡Norwell!

Escuchó un gemido y se dirigió hacia él. El humo tiende a subir, así que se agachó tanteando con las manos y se cortó con uno de los muchos cristales rotos que había esparcidos por el suelo. Siguió buscando sin detenerse, con la certeza de que le quedaba poco tiempo para salir de allí con vida. De pronto su mano se encontró con el cuerpo inconsciente de Norwell y sin perder el tiempo lo levantó del suelo y lo cargó sobre su hombro recorriendo lo más rápidamente que pudo el trecho hasta la puerta abierta.

El editor depositó a su amigo en el suelo y se apartó de él tosiendo con desesperación. Tan solo habían sido unos segundos, pero sus pulmones parecían haberse vuelto de piedra.

Olivia le hizo beber la medicina y colocó sus manos heridas sobre la colcha después de estirarla bien.

—¿Podrás perdonarme? —preguntó Norwell mirándola con expresión mortificada.

Olivia suspiró.

—Conozco bien a mi marido —dijo caminando hacia la puerta—, sé que es un cabezota atrevido y tú eres su amigo, no iba a dejarte allí tirado.

—Si hubiese muerto por mi culpa...

—Si Braden hubiese muerto, tú no habrías podido hacer nada, porque también habrías muerto. Así que no pienses en eso y solo preocúpate de recuperarte —dijo mirándolo con severidad.

Norwell apartó la mirada y Olivia se quedó observándolo unos segundos. Después regresó junto a él, se sentó en la cama y esperó a que la mirase.

—¿Tú la amas? —preguntó cuando sus ojos se encontraron.

Norwell asintió.

—¿Y no crees que merece que luches por ese amor? —preguntó Olivia—. Yo creo que Caroline ya ha sufrido suficiente, no merece enterarse de que el hombre al que ama ha muerto abrasado por las llamas. ¿Tú crees que sí?

Norwell empalideció.

—¿Qué es lo que te sorprende? —preguntó Olivia mirándolo con atención—. ¿Qué sentirías si descubrieses que ella ha muerto de ese modo?

—¡Dios mío! —exclamó—. No digas eso.

—¿Que no diga eso? —La mujer de Braden lo miró como si tuviese a un niño delante—. ¿Crees que ella seguiría con su vida como si tal cosa?

—Tú no sabes...

—No, no sé qué es eso tan terrible que le pasó y que la apartó de ti —dijo Olivia—, y no quiero saberlo si no es ella misma la que me lo explica. Porque ella es una persona y tiene derecho a decidir qué quiere que los demás conozcan de su vida. La condesa no tenía derecho a explicártelo, sea lo que sea. Solo ella era dueña de esa verdad. Y tu comportamiento no ha hecho más que darle la razón.

—Yo tenía derecho a saberlo —dijo él orgulloso.

—¿Derecho? —preguntó muy seria—. ¿Derecho para qué? ¿Para volverte loco y morir abrasado vivo?

—Fue un accidente —dijo con aquellos ojos verdes mirándola sincero—. No soy tan cobarde.

—¿Y crees que eso habría aliviado en algo su dolor? —preguntó ella al tiempo que negaba como respuesta—. Puedes estar seguro de que ella supo lo que te ocurriría mejor que tú. Por eso te ocultó lo que sea que pasó. Para protegerte.

Los ojos de Norwell se llenaron de lágrimas. Olivia sabía que le estaba haciendo daño, pero creía que era lo que necesitaba. Quizá eso los salvase a ambos.

—Quiero pensar que Braden me ama tanto que lucharía contra los gigantes para salvarme —dijo levantándose de la cama—. Si has sido capaz de escribirlo, estoy segura de que eres capaz de vivirlo. Ahora te toca luchar, Norwell. Por ella.

Cuando Olivia salió del cuarto se encontró con Braden apoyado en la pared, con los brazos cruzados frente a su pecho.

—¿Estabas escuchando? —preguntó acercándose a él.

Braden la rodeó con uno de sus brazos mientras con el otro atraía su cabeza para besarla. Olivia sintió aquella intensa emoción que le provocaban sus besos y le devolvió la caricia con pasión. Pero de repente su esposo se apartó de ella con un quejido de dolor. Se llevó la mano a la boca y vio que sangraba.

—¿Qué haces? —preguntó dolido.

Ella lo miró a los ojos y el fuego que desprendían le recordó lo cerca que había estado de la muerte. No hizo falta que dijese nada, se apartó de él y se alejó por el pasillo, segura de que había captado el mensaje. Braden volvió a tocarse el labio sin apartar la mirada de la espalda de su esposa. Lo había oído alto y claro.

Caroline caminaba por el brezal mirando de vez en cuando a las nubes que amenazaban lluvia. El viento la acompañaba y también sus recuerdos. Ya no había amargura en ellos. Se había quitado aquella pátina áspera que le arañaba el alma desde niña. Ahora solo estaban ella y su conciencia. Ahí no había pecado ni dolor porque nunca había hecho nada de lo que tuviese que arrepentirse. Nada ni nadie le quitaría nunca más eso.

Sonrió al dejar libres sus pensamientos, ellos no sabían de costumbres ni de tradiciones estúpidas. Podían viajar libres a cualquier lugar, imaginar cualquier cosa que desearan. Podían ver animales en las nubes y creer que las mujeres podían pensar y aprender igual que cualquier hombre.

Echó a correr riendo a carcajadas, sintiendo el frescor en la cara cuando cayeron las primeras gotas. Le quedaba un buen trecho hasta su casa y no había dónde resguardarse. No le importó, caminó tranquila bajo la lluvia sin prisa, sin ningún temor.

Norwell la vio entre las flores lilas y le pareció una aparición. Bajó del caballo y caminó hacia ella. Caroline se detuvo al verlo con un ansia que le palpitaba en el corazón.

—Caroline —dijo al llegar frente a ella.

La lluvia los estaba empapando pero ninguno de los dos parecía sentirla.

—Has venido —dijo ella.

Él dio un paso más hasta que ella estuvo bajo el ala de su sombrero.

—Te amo, Caroline —dijo acariciándole el rostro.

Ella vio entonces las vendas de sus manos.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó asustada.

Él movió la cabeza.

—Me volví loco —dijo—. Loco de terror, al pensar que su sangre corría por mis venas. Que mi alma pudiese albergar algo tan monstruoso como lo que esconde la suya.

Sus ojos verdes la miraban con tanta intensidad que pensó que era capaz de verla por dentro.

—Por eso me lo ocultaste —siguió Norwell—. Querías protegerme.

Caroline asintió temblando.

—Cuando me recuperaba alguien me abrió los ojos y lo comprendí todo.

Caroline respiraba con dificultad sin apartar la mirada. Deseando que la tocara, pero temiendo el gesto. Como si adivinara lo que sentía, Norwell bajó las manos y sonrió con ternura.

—Dime que te casarás conmigo —dijo muy serio—. Sé que me amas y estoy seguro de que tú sabes lo mucho que te amo yo. Dilo, Caroline.

Caroline asintió repetidamente sin poder hablar, pero el siguió sin moverse.

—No te tocaré —dijo—. Prometo no tocarte hasta que haya conseguido borrar todo el dolor que te causaron. Seré paciente y comprensivo. Esperaré hasta el fin de los tiempos por ti, me enfrentaré a los gigantes que te acechan y los derrotaré. Es una promesa.

Caroline apoyó la cabeza en su pecho.

—Abrázame —susurró.

Norwell movió sus manos despacio y las llevó hasta su espalda. Ella cerró los ojos sintiendo cómo los pedazos de su corazón buscaban los huecos para volver a unirse. Levantó sus manos y le rodeó el cuello con sus brazos.

Las nubes se movieron rápidas y se llevaron la lluvia con ellas. Los dos jóvenes caminaron hasta el caballo que esperaba paciente para llevarlos hasta su nueva vida.

—¡Vamos, perezosa! —dijo Norwell tocándole la punta de la nariz con el dedo.

Caroline se despertó y abrió los ojos somnolienta. Al ver a su marido sonrió con ternura y se colocó de lado para mirarse en sus ojos verdes.

—¿Ha dormido bien, señora Symmons? —preguntó, sonriendo.

—Como un bebé —respondió ella.

Norwell le hizo un gesto y Caroline se arrastró hasta acurrucarse en su pecho. Cerró los ojos un instante, aspirando su olor con deleite. En ningún otro lugar se sentía más segura que entre aquellos fuertes brazos.

—¿En qué piensas? —preguntó Norwell.

—En lo paciente eres conmigo.

—¿Paciente?

Su esposa asintió.

—Ningún hombre aguantaría...

Su marido sonrió con ternura y la besó suavemente en los labios. En ese momento alguien golpeó suavemente en la puerta y abrió antes de que nadie respondiera.

—Pero ¿se van a pasar el día dale que te pego? —preguntó Lola entrando en la habitación—. Mi madre dice que ya está bien por hoy. La Venta está *abarrotá* y como no bajen ya, no desayunan.

Se acercó a ellos y dio unas palmaditas sobre la cama.

—*Señó Norgüel*, ya sabe que mi José está siempre con las orejas bien abiertas. Vigile lo que le cuenta, que es un zagal y no *tie* que saber *ná* de los asuntos de cama.

—Lola, no es necesario que me instruyas sobre lo que no debo decirle a tu hijo —dijo Norwell hablando en español.

—¡Uy, instruyas! —dijo la mujer riéndose—, menudas palabras te inventas. Anda, Norgüel y «señora», bajad a desayunar que tendréis que reponer fuerzas, digo yo. Que eso es igual en España que en Japón, ¿no?

Caroline los miraba sin comprender, pero se sentía tan feliz escuchando aquella jerga incomprensible en la tierra de Don Quijote que para ella lo mismo podrían estar alabando las bendiciones del cielo, que la calidad del guiso que se cocía en el caldero.

Mientras hablaban, los pensamientos de Caroline volvieron a lo que pensaba antes de que entrara la moza, con sus movimientos de cadera y el generoso escote de su vestido. La maravillaba que Norwell fuese capaz de demostrar tanta generosidad con ella aun después de casarse. Todavía recordaba el momento en que le prometió que esperaría hasta que se recuperase sin exigirle nada.

Con una infinita paciencia tejó una red de palabras y hechos en la que ella pudiese sentirse segura. La convenció de que podía ayudarla a recuperar la paz de su espíritu y la voluntad de su cuerpo y dibujó un simbólico círculo a su alrededor en el que juró que podría sentirse protegida. No la tocaría hasta que estuviese preparada.

Podía esperar el tiempo que fuese necesario, siempre que ella lo amase. Y Caroline lo amaba profundamente. Tan solo esperaba poder demostrárselo algún día como su esposa. Borrar todo el dolor y la humillación que dejó el monstruo...

—Lola pregunta si pensamos tener muchos hijos —dijo su marido, cortando sus pensamientos en seco.

—Si Di-os qui-ere —dijo Caroline en español, cortando las sílabas con su marcado acento inglés y mirando a su esposo con una promesa en los ojos.

La española sonrió, sacudió su falda al darse la vuelta y salió de la habitación para dejar que se vistieran. No fueran a bajar en cueros y a su madre le diese un patatús. Que esos ingleses parecen muy recatados, pero luego ya se sabe...

# Querid@ lector@,

Hola, espero que hayas disfrutado con esta emocionante historia tanto como yo escribiéndola.

Después de este saludo te ofrezco el primer capítulo de Enseñame a amarte, el primer libro de mi trilogía Worthington Hall.

Estaré encantada de recibir tus impresiones sobre la historia que he creado y sus personajes. Para ello aquí tienes mi mail: [janawestwood92@gmail.com](mailto:janawestwood92@gmail.com), al que puedes escribirme cuando gustes.

También puedes encontrarme en

Facebook: <https://www.facebook.com/JanaWestwood92>

Twitter: <https://twitter.com/JanaWestwood>

Y en Amazon: [relinks.me/JanaWestwood](https://www.amazon.com/relinks.me/JanaWestwood)

Me despido con un cálido abrazo esperando seguir contando con tu confianza. No olvides dejar tu opinión en las redes, la mejor publicidad para una autora son sus lectoras.

Jana Westwood

# Worthington Hall I. Enséñame a amarte

## Capítulo 1

Henrietta Tomlin se miraba en el espejo con aquella expresión entre ácida y deprimida con que se enfrentaba siempre a ese momento tan dramático: el visto bueno de su madre.

—Henrietta, ya te dije que el color verde no te favorece nada —dijo lady Margaret mirando a su hija con reprobadora expresión—. El de encaje blanco hubiese sido mucho más adecuado para... tu físico.

Henrietta sabía perfectamente lo que su madre estaba diciendo, en su cabeza había escuchado, una a una, todas las palabras que lady Margaret no se había atrevido a pronunciar.

«Henrietta, ese vestido fue hecho para una joven hermosa y no para alguien con un físico tan vulgar y corriente como el tuyo».

—Querida mía —dijo su madre acercándose a ella y haciéndole un gesto, que quería ser una caricia, en una de sus pálidas mejillas—. No debes angustiarte, ya sabes lo que siempre digo, lo más importante es reconocer nuestros defectos y carencias. No es aconsejable esperar a que sean los demás los que los descubran por nosotros.

—Sí, mamá. Me lo has dicho muchas veces y gracias a ti tengo todas mis carencias muy asumidas. Mi nariz es demasiado pequeña, mis ojos demasiado grandes, mi boca excesiva... —recitó la joven.

—¡Eso es! Eres igualita que tu padre. —Sonrió lady Margaret caminando hacia la puerta—. Tienes tiempo de cambiarte, pero apúrate, salimos en cuanto tu hermana esté lista. ¡Lidia! ¿A dónde vas?

—A ver a mi hermanita. ¡Oh, Henrietta, estás preciosa! El color verde hace juego con tus ojos.

Lidia era la hija menor de los Tomlin. Era una joven elegante y muy hermosa, que en nada se parecía a su hermana mayor. Lady Margaret siempre decía que era como ella cuando era joven.

—Estaba a punto de quitármelo —dijo la primogénita de la familia—. Mamá piensa que no me favorece nada.

—¿Por qué dices eso, mamá? —preguntó Lidia mirando a su madre—. Está guapísima.

—Para eso tendría que serlo —murmuró lady Margaret.

—¿Qué has dicho, mamá? —preguntó Lidia ahuecando la falda del vestido de su hermana—. No hables tan flojito, que no se te entiende.

—Debes terminar de arreglarte, Lidia. La fiesta es en tu honor y no puedes descuidar ningún detalle.

Lidia miró a su hermana con cara de fastidio aprovechando que su madre estaba a sus espaldas y no podía verla.

—Ya estoy casi lista, mamá. Solo tengo que ponerme las joyas y bajaré. Por cierto, papá te estaba buscando —mintió.

—¡Este hombre no sabe hacer nada sin mí! ¡No sé qué va a ser de él el día que yo no esté!

Lady Margaret salió de la habitación y las dos hermanas se quedaron solas. Lidia puso a Henrietta frente al espejo y asomó la cabeza por encima de su hombro.

—Estás guapísima, no hagas caso de lo que diga mamá. Nunca quiso a la abuela Nancy y tú le recuerdas a ella.

—Querida Lidia, sabes que nunca me importó no ser guapa. —La joven se encogió de hombros—. Lo prefiero, me resultaría agotador ser como tú y tener que bailar con todos los jóvenes que asistan a la fiesta, y ser agradable y tener que sonreír todo el tiempo.

Lidia se echó a reír.

—Aún recuerdo lo que le hiciste al pobre señor Bradley en el último baile del año pasado. ¡Ja, ja, ja, ja, ja! —Lidia no podía parar de reír al recordar.

—Estoy segura de que escuché a lady Natalie decir que le había reservado un baile —dijo Henrietta poniendo cara de inocente.

—¡Eres mala! ¡Ja, ja, ja, ja, ja, ja! —Lidia abrazó a su hermana y la besó en la mejilla—. Te adoro, lo sabes, ¿verdad?

—No más que yo a ti —dijo Henrietta devolviéndole los cariños.

—Hoy va a ser un baile maravilloso —dijo Lidia apartándose y dando vueltas para lucir su precioso vestido azul turquesa—. No quiero que olvides nunca lo feliz que me siento, Henrietta.

—No lo olvidaré —dijo la joven sonriendo—. Pero tú siempre te sientes feliz, Lidia.

—No es cierto —dijo acercándose y cogiendo las manos de su hermana—. Recuerda que hace un tiempo estuve muy triste, casi desesperada.

Henrietta frunció el ceño.

—Fue cuando Robert estuvo fuera tanto tiempo. Es normal, es tu prometido y lo echabas de menos.

Lidia miró hacia la puerta y luego sonrió.

—Sí, sí, fue entonces.

Henrietta percibió algo extraño en su hermana.

—Lidia, tú quieres a lord Worthington, ¿verdad?

Lidia estaba dando vueltas y se detuvo, dándole la espalda.

—Claro, hermanita.

Henrietta seguía con el ceño fruncido cuando se acercó a su hermana y se puso delante de ella, obligándola a mirarla.

—Lidia, dime la verdad. Hoy es vuestra fiesta de compromiso. Papá necesita el dinero que le ha prometido lord

Worthington, pero lo importante es que tú seas feliz. No debes sentirte obligada a sacrificarte, si no amas a...

—Tranquila, Henrietta, te doy mi palabra de que solo me casaré por amor —dijo con intensidad.

Lidia respiró hondo y luego le brindó la sonrisa más dulce a su hermana mayor.

—Tú no deberías preocuparte de esas cosas de hombres —dijo—. Lord Worthington es inmensamente rico y procede de una de las familias con mayor abolengo de toda Inglaterra. Además, es muy atractivo y culto. Es solo que preferiría que fuese un poco más divertido, menos serio.

—Todavía recuerdo las cosas que decías de él cuando lo conociste en casa de los Harrington. Estabas convencida de que iba tras Terese y decías que era demasiado buen partido para ella. Siempre estabas hablando de él, que si era muy distinguido, que si era muy guapo...

Lidia se apartó de su hermana, molesta porque le recordase aquellos tiempos.

—Yo era joven e inexperta —dijo.

—¿Joven e inexperta? ¡Lidia! No deberías hablar de ese modo, cualquiera que te oyese pensaría que te has vuelto... superficial.

—Henrietta, no quiero que te enfades conmigo —dijo Lidia abrazando a su hermana—. No podría soportarlo.

Henrietta abrazó a su hermana pequeña dándole golpecitos en la espalda.

—Claro que no, Lidia, no podría enfadarme contigo jamás. Pero no quiero que hagas algo que no desees hacer solo porque la familia cuente con ello. Si no quieres a Robert, debes hablar con papá y explicárselo. Encontrará otro modo de sanear nuestras cuentas.

Lidia se apartó para mirar a su hermana y sus enormes ojos ámbar, los ojos más bellos que Henrietta hubiese visto jamás, la miraron con tal dulzura que la joven se estremeció.

—No me extraña que todos te adoren —dijo.

Lidia sonrió.

—A ti no te gusta nada Robert —dijo.

—Mi opinión no importa —respondió la hermana mayor acariciando los rizos de la pequeña.

—A mí sí me importa. Dime qué piensas de él.

Henrietta meditó unos segundos antes de hablar.

—Pues creo que es un presuntuoso —dijo al fin—. Y he visto en su mirada algo oscuro...

—¡Ja, ja, ja, ja, ja! —Rio Lidia—. Tienes que dejar de leer esos libros que lees, hermanita, te están anegando el entendimiento. No todos los hombres pueden ser Darcy.

Henrietta sonrió.

—En eso tienes razón.

Lidia se acercó al tocador y cogió algo de debajo de los guantes de su hermana.

—¿Otra vez leyendo estas cosas? —dijo aireando la publicación feminista—. Henrietta, te vas a meter en problemas. Si nuestros vecinos descubren que eres una mujer con ideas, los jóvenes se asustarán de ti, no se atreverán a cortejarte.

Henrietta sonrió a su hermana con dulzura.

—No debes preocuparte por mí, Lidia, no podría dejar de pensar aunque lo intentase. No sería bueno que mi posible esposo creyera que se casa con una mujer fea y descubriese más tarde que, además, piensa. Eso podría ser muy traumático para él y no sería justo.

—¿No te da miedo quedarte soltera? —preguntó su hermana con cara de susto.

Henrietta pensó antes de responder.

—Sé que la vida de una mujer es mucho más dura sin la protección de un hombre, pero papá siempre me dice que mientras él esté en este mundo no me faltará de nada. Y yo espero que tenga una larga vida. —Sonrió—. Cuando llegue el momento actuaré según las circunstancias. De nada sirve que me preocupe por algo sobre lo que no tengo ningún control.

Cogió la revista de manos de su hermana y la escondió en un cajón. No le importaba que Lidia conociese sus secretos, pero no deseaba que su madre se enterase de nada.

—Si las mujeres pudiesen decidir sobre sus vidas... —Miró a Lidia y los ojos le brillaban al imaginar un mundo distinto, en el que una mujer no estuviese obligada a casarse para poder subsistir—. Algún día las cosas cambiarán, estoy segura.

Lidia negó con la cabeza, pero sin dejar de sonreír.

—Estás loca si piensas eso, Henrietta. Pero dejemos la cháchara y terminemos de arreglarnos. Estoy convencida de que esta será una noche maravillosa. Va a estar todo el mundo, incluso los Roswell —dijo Lidia caminando hacia la puerta—. Te acuerdas de Lawrence Roswell, ¿verdad?

Henrietta se quedó mirando la puerta cuando Lidia salió. Sí, se acordaba de lady Roswell y su hijo Lawrence. Conocía demasiado bien a su hermana como para no darse cuenta de que había un mensaje oculto en aquella pregunta. La joven se volvió a mirar al espejo. ¿Estaría Lawrence interesado en ella? Era un joven guapísimo, con una mirada estremecedora.

Henrietta sonrió al espejo. Quizá el baile no fuese tan aburrido para ella esta vez.